

AMOR Y PASIÓN A 30.000 PIES DE ALTURA

Amor, bienvenido a bordo

de

Elsa Jenner

Ana Suárez es una humilde joven que trabaja como dependienta. Nada puede hacerla sospechar que su despido cambiará su vida para siempre.

Víctor Lobo es un exitoso comandante de una conocida aerolínea.

El destino hará por unirlos alrededor del mundo en un viaje sin fin.



Elsa Jenner

Amor, bienvenido a bordo

A bordo - 1

ePub r1.0

XcUiDi 13-10-2020

Elsa Jenner, 2020

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1



Miro a mi compañera Cris, quien, inmersa en sus pensamientos, dobla los pantalones de la mesa de *new collection*. Hoy lleva toda la jornada comportándose de una forma extraña, no sé qué le pasará. ¿Tendrá problemas de liquidez?, ¿se habrá puesto alguno de sus hijos enfermos otra vez? Parece bastante inquieta.

Sigo ordenando la sección de complementos sin quitarle el ojo de encima. Estoy harta de que la gente toqu Shore todo, hay más pendientes y collares en el suelo que en la columna en la que deben estar. ¿Cómo es posible? A mí nunca se me ocurriría dejar algo en el suelo que yo misma he tirado.

Por suerte solo nos quedan dos horas para terminar esta jornada laboral que se me está haciendo interminable. Me agota trabajar en Zara, pero sin estudios tampoco es que tenga opciones mejores y, aunque no es el mejor de los trabajos, sí es el mejor de los que he tenido y, siendo honesta, me gusta lo que hago. Aunque, la verdad, me hubiese gustado más poder estudiar Historia del arte y trabajar como galerista: el arte es un ámbito que cambia constantemente, que te reta, te hace viajar y, sobre todo, no es para nada monótono.

—Ana, ¿puedes seguir con estos pantalones? Necesito ir al baño —me pregunta Cris.

—Claro, no te preocupes, yo continuo.

No puedo evitar quedarme observándola mientras se aleja. Espero que no esté haciendo de las suyas otra vez.

Termino de colocar la mesa de los pantalones y me pongo con los frontales de la tienda, antes de cerrar tenemos que dejar todo listo para el día siguiente.

Cris llega y me dice que se va a la sección de *Woman*, yo me quedo en *Basic*. A las diez dejamos todo tal y como está y se cierra la tienda. Sí, en Madrid cerramos a las diez, las tiendas del centro inclusive.

—Tía, no me ha dado tiempo a colocar el calzado —dice Cris, no en tono de preocupación sino más bien irónico.

—A mí tampoco. —Reímos al unísono.

Nos vamos al vestuario a cambiarnos. El resto de compañeras han sido más rápidas que nosotras y ya se han quitado el uniforme y se han puesto la ropa de calle. Me cambio y espero a Cris para salir juntas. Me ofrezco a ayudarle con unas bolsas, va demasiado cargada.

—No, no te preocupes —dice mientras insiste en llevar todo ella sola.

—Que sí, mujer. —Agarro dos bolsas.

Nos despedimos de la encargada y al salir por la puerta suena la alarma antirrobo, que siempre está activada.

La encargada nos mira. Yo a su vez miro a Cris, quien de pronto está más blanca que el maniquí que hay detrás de ella. Tardo unos segundos en ser consciente de lo que está pasando.

No es la primera vez que Cris roba ropa de la tienda para sus hijos; la ropa de niño es demasiado cara y su marido está en el paro, ella sola tiene que mantener a la familia. La última vez que la cubrí le pedí que me prometiera que no volvería a hacerlo. Me lo prometió, pero ya veo que no lo ha cumplido.

La encargada viene hacia nosotras y nos hace pasar por separado con las bolsas entre los arcos antirrobo. Cris es la primera, no sucede nada. Doy un paso al frente y en cuanto mis bolsas entran en el campo de detección del sensor la alarma comienza a sonar.

—Lo siento, Ana, pero tengo que revisarte las bolsas, ya sabes cuál es el procedimiento —dice la encargada tan incomoda como yo por la situación.

—Sí, adelante.

Cris me mira con culpabilidad. Está a punto de abrir la boca, pero yo me adelanto.

—Son unos trapitos que he comprado para mis sobrinos —digo mientras la encargada saca una por una las casi diez prendas que Cris ha robado.

Ni tengo sobrinos ni tengo hijos, tampoco una hipoteca que me asfixie, pero sí necesito pagar las facturas de la casa y la medicación de mi tía Consuelo, con su miserable pensión apenas nos da para hacer la compra del mes. Sin embargo, no puedo dejar que Cris pierda el trabajo.

—¿Comprado? —La encargada me mira y alza la ceja con incredulidad—. ¿Por qué estas dos prendas tienen las alarmas? —pregunta con prepotencia.

—No sé, se le habrá olvidado quitarlas a la cajera —aseguro sin perder la calma.

—¿Quién ha estado en caja hoy? —pregunta a gritos la encargada.

—Yo —confiesa Almudena, una joven que apenas lleva un mes en la tienda.

—¡Ven! —ordena nuestra superior que está a punto del colapso—. ¿Has cobrado estas prendas hoy?

—No lo recuerdo —musita Almudena.

—¡Haz memoria! ¿Le has cobrado estas prendas a Ana?

Almudena me mira sin saber qué decir, tanto ella como yo sabemos que no me ha cobrado nada.

—No —me apresuro a decir—. No me las ha cobrado porque las he comprado en otro sitio.

—¿Y el comprobante de compra?

—No lo tengo.

—Me temo entonces que todo esto se tiene que quedar aquí —dice mi encargada mientras recoge las bolsas para llevárselas—. Mañana vente a primera hora, el director de tienda estará aquí para hablar contigo.

Sin más Cris y yo abandonamos la tienda. Al cruzar la esquina Cris rompe a llorar.

—Tranquila, no pasa nada.

—Soy una cobarde, perdóname. Mañana vendré contigo a primera hora y diré que he sido yo —dice arrodillándose en mitad de la calle.

—Levántate que parece que estás loca. —La agarro del brazo para que se ponga de pie—. No pasa nada, total yo iba a ir a la calle el mes que viene, ya sabes que mi contrato es de seis meses, tú eres indefinida y tienes una familia a la que mantener.

—Y tú tienes que pagar las facturas y la medicación de tu tía, ¿cómo lo vas a hacer ahora?

—Ya encontraré otra cosa. ¿Cómo no le quitaste la alarma? —le reprendo.

—No sé, estaba segura de haber *desalarmado* todas las prendas.

—Si es que te has pasado, ¿cuántas has robado?

—Demasiadas, pero es que empieza el cole y los niños han crecido mucho; David tiene ocho años y Julio trece, nada les queda bien.

Cuando consigo que Cris se tranquilice un poco me voy a casa.

Vivo con mi tía Consuelo en Puente de Vallecas, a unos cuarenta minutos en metro de mi trabajo. Bueno de mi antiguo trabajo, después de lo que acaba de pasar está claro que voy a ir a la calle. La casa está hecha un asco, mi tía sufre de reuma y con sus dolores apenas puede hacer nada, así que me toca a mí limpiar, hacer la comprar y en general todas las labores del hogar. Ella lo único que hace es salir a pasear y comprarse sus propios medicamentos, porque aunque la enfermedad no tiene cura, sí que se pueden remitir los síntomas. Se toma corticoides para la inflamación y el dolor y retardar el daño articular; también unas inyecciones cuya función no tengo muy clara solo sé que cuestan casi cien euros y que todos los meses le tengo que dar esta cantidad a ella, porque su pensión no le alcanza.

Al llegar a casa saco las llaves del bolso, abro la puerta y entro sigilosa para no despertar a mi tía, no tengo ganas de escucharla, está siempre quejándose y relatando por todo.

—Siempre tan tarde —me grita desde el salón.

—Vengo de trabajar.

A veces quisiera matarla, es insoportable, por más que trato de ser empática con ella y ponerme en su lugar no lo consigo. Ojalá pudiera vivir sola, pero lamentablemente eso es un sueño fuera de mi alcance. Los alquileres en Madrid están por las nubes y es casi imposible encontrar un piso por menos de seiscientos euros al mes. Para colmo, al cumplir los veinticinco años, me quitaron la pensión de orfandad que recibía desde los diecisiete años por ser huérfana. Mis padres fallecieron en un devastador incendio que se produjo en la casita de campo en la que vivíamos. Nunca he sido de dormir siesta y aquella tarde de invierno no fue la excepción. Salí a dar un paseo por el campo mientras mis padres descansaban. Estaba sentada frente al río cuando de pronto escuché la explosión. Al parecer fue el calefactor de gas que tenía una fuga. Por suerte el gas les dejó inconscientes y no sufrieron, la autopsia lo confirmó. Aún hoy tengo pesadillas con aquel trágico suceso.

En un abrir y cerrar de ojos todo lo que había sido mi vida hasta entonces se convirtió en cenizas, no se pudo salvar nada, solo una foto y un rosario de la Virgen del Rocío que me regaló mi padre y que guardé en una cajita metálica de galletas en el cajón de la cómoda de mi habitación y allí, entre todo el hollín, lo encontré cuando los bomberos consiguieron sofocar el fuego.

Después de eso no me quedó más remedio que mudarme a casa de mi tía y aquí tendré que seguir por mucho tiempo porque con mi inestabilidad laboral y los salarios de mierda que cobro jamás podré independizarme. Pero prefiero no pensar en eso ahora. No quiero volver a trabajar limpiando casas o de camarera como cuando estudiaba el bachillerato.

Voy al baño, necesito una ducha antes de cenar algo. Contemplo mi reflejo en el espejo.

—Yo merezco algo mejor —me digo a mi misma.

De pronto me acuerdo de que mañana es el *open day* del que me habló Valeria hace unos días: se trata de unas jornadas que organiza una importante compañía aérea con el fin de reclutar futuros tripulantes de cabina de pasajeros y a las que se puede asistir sin invitación previa.

Le dije a mi amiga que no podía ir (a pesar de que la idea de ser azafata de vuelo siempre me ha llamado la atención), porque mañana tenía que trabajar y, aunque había intentado cambiar el turno, no lo conseguí. Ahora ya no tengo ese problema. Total para qué quiero ir mañana a hablar con el director si ya sé lo que me va a decir.

Cojo mi móvil y le envío un WhatsApp a Valeria:

¿A qué hora era mañana la entrevista?

A las 11, ¿has conseguido cambiar el turno?

No, pero he dejado el trabajo.

¿Cómo?

*Una larga historia, mañana te cuento.
Dime qué hay que llevar a la entrevista y cómo hay que ir vestida.*

*Tienes que llevar tu currículum impreso, una foto e ir vestida
rollo azafata.*

¿Rollo azafata? ¿Eso cómo es?

*Pues con falda de tubo por las rodillas, camisa blanca y blazer y
unos tacones de salón.
Ah, y el pelo recogido en una cola o moño y el maquillaje que
sea muy sutil.*

Perfecto, ¿dónde quedamos?

Pues es en el hotel Rith, si quieres quedamos un poco antes en la cafetería que hay al lado porque yo vivo cerca.

Genial, pues allí te veo a las 10:45

Me quito la ropa y me recojo mi larga y ondulada melena en un moño. Me pongo un gorro de plástico y me meto en la ducha. Lo último que me apetece ahora es lavarme el pelo y todo lo que eso conlleva.

El agua cae sobre mi piel y mi cuerpo entra en calor. Siento un pequeño alivio, aunque en mi mente ronda una gran preocupación que trato de mantener apaciguada. Mañana será un nuevo día con una nueva oportunidad. Tengo que arreglármelas para conseguir la ropa, porque no tengo nada de lo que Valeria me ha dicho, salvo los zapatos. Tampoco tengo dinero para comprarme nada.

Se me ocurre que puedo coger el dinero de las medicinas de mi tía e ir por la mañana a primera hora a comprarme algo a Stradivarius y después de la entrevista devolverlo. ¡Buena idea!

Termino de ducharme y, en el lavabo, me limpio la cara con una pastilla de jabón facial de rosa mosqueta para eliminar los restos del polvo bronceador. No me suelo maquillar los ojos a diario, porque, cuando lo hago, tengo la sensación de que mi mirada se ve demasiado felina. Debe de ser porque con las sombras, el verde de mis ojos se torna grisáceo y eso, junto con mi oscura cabellera, me hace ver muy provocativa.

Me voy a mi habitación y me pongo el pijama. La verdad es que no tengo hambre, así que voy a la cocina, cojo un yogur y una cuchara, y me regreso, así normal que esté tan delgada... Llego tan casada que rara vez ceno. Me tumbo en la cama a comerme el yogur mientras reviso los mensajes en Instagram. ¡Qué asco de tíos!, son todos iguales, estoy cansada de que me vean solo como un objeto sexual. Siempre recibo los mismos mensajes: “qué guapa eres”; “¡qué buenas estas!”; “¿te gustaría quedar este fin de semana?”; “¿quieres diversión?”; “¿tienes novio?”; “¡vaya! Soltera, qué raro”. Y así una larga e interminable lista de mensajes banales. No me explico cómo la estupidez humana puede llegar a ser tan extrema.

Lo que nunca he entendido es por qué a los hombres les cuesta tanto entender que una chica guapa esté soltera, ¿qué pasa que nosotras no tenemos derecho a ser exigentes ni a elegir bien con quién queremos compartir nuestro tiempo? Visto lo visto cada día estoy más feliz de no tener pareja. Desde que lo dejé con Iván, hace ya casi cuatro años, no he vuelto a estar con nadie. La experiencia fue tan traumática que creo que me va a costar volver a intentar entablar una relación de pareja. Intento disipar mis pensamientos y pongo el despertador a las ocho. Dejo el móvil sobre la mesita de noche y me acuesto.

Por la mañana, cuando suena el despertador, me levanto de un salto. No soy de las que apagan la alarma una y otra vez, prefiero levantarme a la primera, de lo contrario me podría pasar horas posponiendo el momento de levantarme y no conseguiría salir de la cama.

Me preparo un café y me lo tomo mientras busco en el ordenador mi currículum y lo embellezco añadiendo algunos cursos y alargando mis meses de contratos en las empresas de moda en las que he trabajado los últimos años. Omito toda mi vida laboral como limpiadora y camarera, aunque quizás esto último pueda beneficiarme para el puesto, sin embargo opto por eliminarlo.

Una vez listo lo paso a formato PDF y lo guardo en el *pendrive* para ir a imprimirlo.

Cojo mi neceser con las pinturas y me voy al baño. Me maquillo sutil, como Valeria me indicó. Me tomo mi tiempo en maquillarme, de ahí que haya decidido levantarme tan temprano. Intento hacerme un *look* diurno, resaltando mi mirada. Me decanto por una sombra en tonos que van desde tonalidades en *nude* y vainilla hasta colores tierra y chocolate. En el lagrimal, me pongo un dorado discreto para iluminar mi mirada. Con un *eyeliner* líquido me hago un delineado en negro a lo largo de las pestañas superiores e inferiores. Por último, me aplico varias capas de mascara de pestaña.

Contemplo atónita mi reflejo en el espejo: esto si que es un *eye-cat-look* y no lo que sale en esas revistas de moda donde todas las famosas llevan encima horas de retoques con Photoshop.

Me pinto los labios en un tono tan sutil y natural que parece invisible, como si los llevara desnudos.

Me pongo unas mallas negras, una camiseta básica de manga corta y encima un abrigo de plumas, de esos que se doblan y caben en un calcetín. Tengo que pensar que luego todo tiene que caber en el bolso, por eso he cogido un *shopper* negro ideal para la ocasión. Me coloco los tacones y salgo de casa.

Cuando por fin consigo encontrar un sitio para imprimir el currículum y la foto, busco un Stradivarius. Consigo encontrar una falda perfecta y una *blazer*, pero nada de camisas blanca. Pruebo suerte en otras tiendas cercanas y finalmente veo la camisa ideal en Máximo Dutti.

En total me he gastado noventa euros, prácticamente todo lo que tenía. Debo tener cuidado con las etiquetas y con las prendas, necesito devolverlas como sea.

Entro en una cafetería y me voy directa al baño, me quito la ropa y me pongo la que me acabo de comprar, guardo la bolsa y mi ropa dentro del bolso y me voy directa a la entrevista.

—¡Ana! —Valeria alza la mano a lo lejos para que pueda localizarla.

—Pensé que no llegaba —confieso casi sin aliento.

—Tranquila, aún faltan diez minutos. ¡Estás espectacular!

—¿Sí? Tú también —le digo mientras admiro su esbelta silueta.

Incluso con tacones más bajos que los míos sigue siendo más alta que yo, no es yo sea bajita, un metro setenta y uno está muy bien, es que ella es demasiado alta.

—Te van a seleccionar, ¿lo sabes? —asegura.

—No digas tonterías. Ojalá, pero no quiero hacerme ilusiones. ¿Piden mucho nivel de ingles?

—Qué va, lo básico, una amiga hizo la entrevista la semana pasada y dice que solo la hicieron leer un texto.

—¿En serio?

—Sí.

—Bueno, si es solo leer un texto me valdrá lo que aprendí en bachillerato.

—Claro que sí. Bueno y cuéntame, ¿cómo es que te has ido del trabajo?

—Me han echado porque me han pillado robando, bueno no he sido yo la que ha robado, ha sido una compañera, pero por cubrirla...

—¿Qué? ¿¡Estás loca!? ¿Cómo se te ocurre correr con la culpa?

—No podía permitir que perdiera el trabajo, créeme que ella lo necesita más que yo.

—¿Más que tú? —pregunta atónita

—Sí, más que yo.

—Pues sí que está mal entonces.

—Imagínate...

Ambas reímos, hay que tomarse las cosas con filosofía.

—¿Sabes que uno de los requisitos para este trabajo es no tener antecedentes penales?

—Bueno yo no los tengo —aseguro.

—Sí la empresa te denuncia los tendrás

—¿Tú crees?

—Claro, robar una prenda es delito.

—No, es una falta leve.

—Eso ya no existe, Ana. Hace tiempo que cambió el código penal. Ahora todo son delitos.

—En ese caso pediré el certificado de antecedentes penales mañana mismo, así ya lo tengo y consta como que no soy ninguna delincuente.

—Sí, pídelo por si acaso.

Valeria y yo entramos en el hotel, mientras tanto me va contando en qué consiste el proceso de selección y sus distintas fases. No doy crédito, jamás me imaginé que ser azafata de vuelo o tripulante de cabina de pasajeros, como ella lo denomina, fuese

tan complicado. Comienzo a ponerme nerviosa, sobre todo al ver la cantidad de chicas guapas que hay en el *hall* del hotel.

Nos entregan un identificador, donde aparece un número y nos obligan a colgárnoslo en el cuello.

Primero nos ponen en grupos de cinco, lamentablemente no coincido con Valeria. A ella la llaman antes que a mí. Justo cuando sale mi amiga, uno de los entrevistadores dice mi nombre y apenas puedo preguntarle en qué consiste la prueba.

Nos sientan, a mí y a otras cuatro personas, en círculo y nos dan un supuesto para que debatamos y lleguemos a una conclusión. El supuesto de hecho es que en un avión hay un grupo de cinco personas entre las que se encuentran una prostituta, un niño, un militar, un asesino y un sacerdote. A la aeronave le han fallado los motores y está a punto de estrellarse y solo hay dos paracaídas. La pregunta es ¿a quién de esas cinco personas vamos a salvar?

Comienza el debate, solo disponemos de dos minutos para llegar a un acuerdo. Uno de los entrevistadores observa y toma nota de todo lo que dicen mis compañeros. No sé a quién elegir, ¿a quién elegirías tú?

Finalmente hablo y opto por salvar a la prostituta y al niño. No sé por qué, supongo que considero la figura materna muy importante. Se forma un pequeño revuelo en el grupo, cada uno tiene una visión diferente. El entrevistador nos informa de que el tiempo ha terminado y nos invita a salir fuera y esperar. Veo a Valeria y voy a buscarla.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta.

—No sé, no entiendo el sentido de esta prueba. Ni siquiera nos dicen la solución.

—No hay solución, Ana. Buscan ver la reacción de cada uno.

—Ah. Pues vaya.

—¿Has dejado hablar al resto?

—Sí.

—¿Has escuchado antes de dar tu opinión?

—Sí.

—Entonces todo irá bien —asegura.

Me sorprende todo lo que sabe, no me extraña, esta es su cuarta entrevista en una aerolínea, se pasa el día viendo videos en YouTube e informándose sobre los procesos de selección y las convocatorias.

—¿Ahora qué viene? —pregunto.

—Esperar a que digan nuestros números, eso significará que pasamos a la siguiente fase, la entrevista personal.

—¿Ahí es donde te hacen leer el texto en inglés?

—Sí, al final de la entrevista.

—¡Qué nervios!

Al cabo de unos minutos sale uno de los entrevistadores con una carpeta en la mano. Se hace el silencio entre la multitud. Comienza a nombrar uno a uno los

candidatos que pasan a la siguiente fase.

Valeria y yo nos agarramos la mano con fuerza. Cada vez que el entrevistador nombra a alguien es una oportunidad menos.

—Cuarenta y dos —dice el entrevistador. Ese es el número que tiene asignado Valeria.

Mi amiga y yo nos abrazamos. Nombra a diez personas más. Me doy por vencida, estoy segura de que no he pasado la prueba. Tendré que buscarme otro trabajo, quizá pueda hablar con mi antiguo encargado en el bar de copas, al menos para trabajar los fines de semana.

—Ciento tres.

Escuchar mi número casi me hace gritar de alegría, por suerte me contengo. De las casi ciento cincuenta personas que estábamos hemos pasado menos de la mitad.

Nos vuelven a separar en grupos, hay seis entrevistadores, por suerte a Valeria y a mí nos entrevista la misma persona. Antes de la entrevista Valeria me recuerda que debo mentir con respecto a los tatuajes, están totalmente prohibidos, aunque no se vean, y yo tengo dos: uno en el tobillo y otro en el costado derecho. Ella insiste en que luego podré taparlos y nadie sabrá nada, pero si afirmo que tengo algún tatuaje seré descartada del proceso. También me recuerda la flota de la que dispone la compañía y el tipo de avión que volaremos si conseguimos pasar la entrevista: un Airbus 330. «Son datos que suelen preguntar», asegura ella.

La entrevista se me hace amena, el entrevistador es un chico joven, de unos treinta y pocos años. Por suerte no me hace ninguna pregunta fuera de lo normal y me siento más relajada y cómoda de lo que esperaba.

A la hora de leer el texto en inglés pongo un acento americano, el mismo que escucho en las series que veo en versión original. Creo que eso ayuda porque el entrevistador me felicita por mi nivel de inglés. Está claro que no me ha escuchado mantener una conversación.

Una vez concluida la entrevista personal podemos ir a comer; hasta las tres de la tarde no nos notificarán si pasamos a la última prueba del día: un psicotécnico con más de cien preguntas.

Valeria y yo decidimos ir a comer a un japonés que hay cerca del hotel.

Durante la comida mi amiga y yo hablamos del futuro, divagamos e imaginamos todas las cosas que haríamos si consiguiéramos el trabajo.

—Ahora que lo pienso... si nos cogen tendremos que sacarnos una titulación, ¿no? —pregunto cuando nos traen el postre.

—Sí, necesitamos la licencia de vuelo.

—Tengo entiendo que eso es caro ¿cómo vamos a pagarlo?

—La mitad la paga la empresa y la otra mitad te la pagas tú —dice Valeria tan tranquila mientras se lleva a la boca un troco de tarta de chocolate.

—¿Yo? ¿Cuándo cuesta?

—Unos tres mil euros.

—¿Qué? —En ese momento todos mis sueños se vienen abajo.

—Tranquila, la empresa te da la opción de descontártelo de las seis primeras nóminas.

—Ah, menos mal.

Por un momento he visto peligrar todos mis planes. A estas alturas estoy demasiado ilusionada.

El primer teléfono en sonar es el mío.

—¿Sí? —respondo nerviosa.

—¿Ana Suárez?

—Sí, soy yo.

—Enhorabuena, has pasado la entrevista personal. A las cuatro te esperamos en la Sala M para hacer el psicotécnico.

—Muchas gracias —digo intentando mantener la compostura y no gritar como una loca.

En cuanto cuelgo el teléfono Valeria y yo nos abrazamos. Tras el pequeño espectáculo de euforia en mitad del restaurante volvemos a tomar asiento.

Ella está feliz por mí, aunque tiene la mirada fija en el trozo de tarta que le queda en el plato. Sé que está preocupada, yo también lo estoy, no me gustaría que se quedara fuera del proceso cuando ha sido ella la que me ha motivado a mí para venir.

—Te van a coger, ya lo verás —digo positiva.

Nos terminamos el postre, más bien yo me lo termino, ella parece haber perdido el apetito, y pedimos la cuenta.

Al salir del restaurante Valeria recibe una llamada: ha pasado también, lo sé por su cara. Nada más colgar, sin necesidad de pronunciar palabra, ambas nos ponemos a gritar y a saltar como locas. Una pareja que pasa junto a nosotras nos mira y se ríe.

Caminamos felices hasta el hotel y preguntamos en recepción por la Sala M.

A las cuatro de la tarde ambas estamos en la puerta de la sala esperando a que alguien venga y nos diga algo.

Llega un señor mayor y nos invita a pasar. La sala cuenta con más ordenadores que personas convocadas, creo que seremos en total unos treinta candidatos. El señor de pelo blanco y corto, y gafas de pasta negra se presenta. Tras ello, nos lee un documento con una serie de normas a cumplir durante el test y también nos explica qué van a medir durante la prueba. Evaluarán habilidades y características de la personalidad, variables cognitivas tales como memoria, atención, concentración, velocidad de ejecución, organización y planificación. También cuestiones como la autonomía en el trabajo, liderazgo, tolerancia a la frustración y trabajo en equipo, entre otras.

Tenemos una hora para responder las cien preguntas, aunque el señor nos recomienda que las contestemos sin pensar demasiado y lo más honestamente

posible.

Una vez que termino, salgo de la sala evitando hacer ruido con los tacones para no molestar. Me acerco a una máquina de café y miro si tengo algo de dinero suelto en el bolso, encuentro cincuenta céntimos, justo lo que cuesta un café. Mientras espero a que el visor digital me indique que la bebida está lista pienso en las preguntas del test. No puedo evitarlo. Algunas eran sumamente complejas, no me ha quedado más remedio que mentir. ¿Duermes con facilidad? ¿Piensas en cosas que te alteran antes de irte a dormir? ¿Tienes pesadillas? ¿Alguna vez has cometido un delito? ¿Has tomado alguna sustancia para sentirte mejor? Son algunas de las preguntas que se me vienen ahora mismo a la mente. ¿Quién se acuesta en la cama y se queda dormida directamente sin pensar en nada? ¿Quién no tiene pesadillas nunca? ¿Quién no se ha saltado un semáforo o ha robado un boli bic alguna vez? Sí robar un bolígrafo puede ser un delito. ¿Quién no ha tomado un Valium o un Diacepan para relajarse o un ibuprofeno para disminuir el dolor de la cabeza?

Trato de no darle más vueltas. Cojo el vaso con cuidado para no quemarme y me dispongo a salir, cuando, de pronto, al cruzar la esquina, un señor choca conmigo y me tira todo el café encima. Casi grito, no por lo caliente que está (el café no él, que también), sino por el dolor que me produce ver la ropa que tengo que devolver manchada.

—Lo siento —se disculpa el señor de pelo de príncipe con cara de preocupación.

—¿Por qué no tienes más cuidado por dónde vas? —digo alterada mientras contemplo la mancha de café sobre la camisa blanca y veo como escurre por la americana.

—Deja que te ayude —insiste.

—¿Sabes cuánto me ha costado este conjunto? —grito mientras lo miro con odio.

Me quedo embobada como una tonta mirando sus chispeantes ojos azules, en ellos encuentro algunas vetas verdosas. Tiene la mirada más viva que jamás haya podido ver.

Debe de tener poco más de cuarenta años, no solo por las canas que comienzan a poblar su barba de cuatro días perfectamente cuidada, sino porque tiene algunas arrugas alrededor de los ojos y en la frente.

—Te compraré un conjunto nuevo —asegura en un tono que me saca de quicio.

Lo miro con incredulidad, me mira con una mirada impenetrable y levanta una ceja. Por un momento me planteo aceptar la oferta, sin embargo, opto por irme, no sin antes resoplar y morderme la lengua para no soltar ninguna barbaridad.

Me meto en el cuarto de baño y trato de limpiar, en vano, la mancha de café. ¡Arg!, ¿por qué me tiene que pasar esto? Estoy de los nervios cómo voy a devolver ahora las prendas. Mi tía me va a matar si no le doy el dinero de sus medicinas y con toda la razón.

Pienso en salir del baño a buscar al causante de este problema y aceptar su oferta, pero no me atrevo.

Saco la ropa del bolso, me coloco mis mallas, mi camiseta y el abrigo de plumas. Sacudo la ropa que hasta hace un momento llevaba puesta y la doblo. Con cuidado la meto de nuevo en la bolsa y me voy de allí.

Le escribo un mensaje a Valeria.

*He tenido que irme, espero que te haya salido bien el test.
Hablamos luego, besos*

Salgo de la tienda hundida, solo he podido devolver la falda, lo que quiere decir que solo he recuperado veinte euros. Sabía que esto era misión imposible, no sé de que me sorprende. Mi tía va a matarme.

Llamo a mi encargada de Zara para disculparme por no haber ido esta mañana a la reunión y para ver cuando puedo ir. Es un asunto que debo zanjar cuanto antes.

—Hola, soy Ana, no he podido ir hoy, lo siento muchísimo, pero es que mi tía se ha puesto enferma y he tenido que acompañarla al hospital. ¿Cuándo podría pasarme a hablar con el director?

—Vaya, lo siento. Pues ahora está aquí déjame que le pregunte si puede atenderte. ¿Te vendría bien ahora?

—Sí, por mí perfecto.

Al cabo de unos minutos mi encargada me confirma que el director puede verme, así que me dirijo a la tienda.

Recibo un correo de la aerolínea con toda la documentación a enviar: antecedentes penales, certificado de horas, copia del pasaporte, del CIMA, de licencia de TCP y unas hojas que debo rellenar. Lo leo todo con detenimiento por el camino.

Llego a la tienda y me preparo para cualquier cosa, aunque, en parte, estoy tranquila porque sé que el director de la tienda me adora. Desde que entré siempre me ha tratado con excesiva amabilidad e incluso me invitó a tomar algo un día después de cerrar la tienda, pero yo me negué porque apenas acababa de comenzar y quería, o mejor dicho necesitaba, mantener el trabajo.

Entro en la tienda y todas las miradas se me echan encima, mis compañeras me miran como si fuera una delincuente. Tras ello, fingen seguir con sus labores, cuchichean entre ellas mientras yo camino como si nada hasta el mostrador. Pregunto por el director, la chica me dice que espere un momento. Miro en rededor a ver si veo a Cris por alguna parte, pero no la encuentro.

El director aparece, me saluda con un apretón de mano y me pide que lo acompañe a su despacho. Pasamos por el pasillo que nos lleva también a los vestuarios, cruzamos un almacén repleto de cajas y burros con ropa.

—Tome asiento, por favor —dice mientras él se sienta al otro lado de la mesa y se desabrocha en botón de la americana.

La oficina está muy bien decorada, nunca he estado aquí porque cuando entré firme el contrato en las oficinas centrales. Destaca un cuadro que reconozco de inmediato: Hilanderas, modistas y costureras de Botero. Lo sé porque siempre me ha encantado el arte, me sacrifiqué tres años sacándome el bachillerato solo para poder estudiar el Grado en Bellas Artes, pero, lamentablemente, ni mi tía ni yo teníamos

dinero para costearnos una carrera y con los doscientos miserables euros que me daban de pensión por orfandad no tenía ni para pagar los gastos de la casa con los que yo estaba obligada a correr por vivir ahí. Así que me tuve que poner a trabajar en lo primero que me salió.

—Lo que ha sucedido es algo muy grave. ¿Sabes que es un delito y que la empresa va a tomar medidas?

De pronto pienso en los antecedentes penales de los que me ha hablado Valeria y veo mi nuevo futuro esfumarse, tengo que evitar que eso pase.

—Siento mucho lo sucedido, nunca fue mi intención, es la primera vez que hago algo así —digo entre lágrimas.

—¿Por qué lo has hecho?

—Mi tía está enferma y su medicación es muy cara, necesitaba comprar las medicinas.

—Llevabas ocho prendas de niños. Ocho —enfatisa.

—Eran para un familiar que me las había encargado, pensaba quedarme con su dinero a cambio de las prendas —miento.

El director deja sobre la mesa unos documentos y con las manos los desliza hacia mí.

—Si firmas esto la empresa no tomará represalias.

Leo los documentos por encima.

—Pero aquí dice que yo dejo el trabajo voluntariamente y si hago eso no podré cobrar el paro.

—Tú decides.

Por un momento pienso en que algo no les debe de cuadrar, quizá no tengan pruebas o quizá no puedan demostrar que he robado, de lo contrario no me estarían ofreciendo esta alternativa. ¿Por qué iban a hacerlo pudiéndome despedir por robar? Mi ignorancia en el ámbito jurídico me impide ver con claridad qué está pasando. En cualquier caso prefiero no arriesgarme, ya me las apañaré para encontrar otro trabajo, con un poco de suerte pronto seré tripulante de cabina.

Firmo los documentos sin decir nada, el director me indica que en unos días recibiré en la cuenta la liquidación del finiquito. Le doy las gracias con cierta ironía y me voy de allí.

Cuando llego a casa lo primero que hace mi tía es pedirme el dinero para sus medicinas. Cada mes me obliga a darle cien euros, además, me obliga a pagar todos los gastos de luz y agua, porque su pensión no le alcanza.

—En esta semana te los doy, he tenido un problema y aún no he cobrado —le digo mientras voy a la cocina a coger un yogur.

—¿Cómo que no has cobrado? ¿Y esas bolsas? —exclama mientras se acerca a mí cojeando.

—No hay nada en la nevera, ni un miserable yogur —me quejo.

—¡Hay que hacer la compra! Esta semana te toca a ti, la semana pasada la hice yo ¡¿No te habrás gastado el dinero de mi medicación en ropa?! ¡Contesta!

—Claro que no, esto son unas prendas que se le han manchado a Valeria de café, las iba a llevar a la tintorería y me he ofrecido a lavárselas yo.

—Pues que te dé el dinero a ti.

—No pienso cobrarle a mi amiga, bastante ha hecho ya por mí.

—A ella le sobra el dinero. A ti no.

—Siempre estás igual con el dinero, no me extraña que estés sola —grito mientras me meto en mi habitación y cierro la puerta de un portazo.

—A mí no me hables así —se queja mientras aporrea la puerta de mi habitación.

Una rabia intensa me invade por dentro, trato de respirar y mantener la calma, pero no lo consigo. Entonces abro la puerta de nuevo.

—Estoy harta de ti y de tus malditos sermones. De tu ambición ¿qué te crees que yo quiero vivir así? ¿Eh? ¡Dime! —le grito mientras me acerco a ella lo suficiente como para que tenga quedar un paso atrás—. Estoy cansada de esta pobreza, de esta casa, de ti.

—No te atrevas a faltarme el respecto en mi propia casa, porque eso sí que no te lo voy a perdonar.

—¿Perdonarme? Para qué quiero yo tu perdón —suelto una risa forzada.

—Entonces vete, pero a ver adónde, si estás sola.

Nos retamos con la mirada, en ese instante quisiera matarla con mis propias manos. Me controlo y vuelvo a cerrar la puerta en sus narices. Me tumbo en la cama y rompo a llorar.

Tiene razón, estoy sola en este mundo. Las dos personas a las que más quería en este mundo están muertas. No tengo dinero ni trabajo ni estudios que me permitan encontrarlo, si no consigo pasar esta entrevista estoy perdida. No sé en qué momento ser azafata se ha convertido en una necesidad, recuerdo que de pequeña era solo una fantasía.

Despierto al escuchar el chirriar de unas sillas, debí quedarme dormida. Me levanto y miro el móvil. Apenas son las ocho de la mañana, pero mi tía ya está haciendo ruido para que me despierte, siempre lo hace, sobre todo cuando salgo de fiesta. La odio.

Salgo de mi habitación y voy directa al baño sin ni siquiera darle los buenos días. Me asusto al verme la cara deformada toda pintada de negro, parezco una obra de Picasso. Olvidé desmaquillarme antes de acostarme, de hecho ni siquiera me quité la ropa. Necesito una ducha.

Abro el grifo y espero a que el agua salga caliente mientras me desnudo. Sentir el calor sobre mi piel me reconforta. Tengo que hacer algo con mi vida, necesito un plan B. Se me ocurre llamar a mi antiguo jefe para que ver si me puede meter a trabajar en

la discoteca este fin de semana, pero sé lo que eso conlleva. Es un baboso, está siempre encima de mí y tengo que aguantarle cosas como que me agarre de la cintura cada vez que se le antoje, roces, besos en la mejilla... Arg, solo de pensarlo ya me pongo mala.

Trato de relajarme debajo del agua, me lavo el pelo con calma, aplico el acondicionador y lo dejo actuar mientras me enjabono el cuerpo.

—Vas a gastar la bombona y no hay dinero para comprar otra —dice mi tía Consuelo al otro lado de la puerta.

Desde por la mañana tengo que aguantarla. La ignoro y sigo enjabonándome. De pronto el agua deja de salir caliente.

—¿No te habrás atrevido a apagarme el calentador de agua otra vez?! —grito desde la ducha.

Por supuesto que se ha atrevido, siempre que me lavo el pelo lo hace, dice que tardo demasiado. Suelo callarme, pero hoy estoy harta, no voy a permitir que me siga tratando como una niña tonta.

Salgo de la ducha con todo el cuerpo lleno de jabón, me enrosco la toalla y voy a la cocina. Ella está allí.

—¿Qué sea la última vez que me apagas el calentador! —Doy un golpe en la encimera de la cocina con la palma de mi mano. Ella se asusta.

—Estás mojando el suelo —dice tan tranquila.

—¿Enciéndelo ahora mismo! —le ordeno.

—Hazlo tú. —Se va al salón con su taza de té como si nada.

No la soporto, sabe perfectamente que no voy a encenderlo. Desde que mis padres murieron tengo un miedo irracional al fuego, ni siquiera me atrevo a prender un mechero o una cerilla cuanto menos encender un calentador de agua antiguo que funciona con gas butano.

Regreso al baño y me termino de enjuagar con agua fría.

Me pongo lo primero que saco del armario y me voy a la calle sin desayunar, porque no hay nada en casa para desayunar. Decido llamar a mi antiguo jefe para hablar con él. Me dice que el sábado dan una fiesta importante y que necesitan camareras, que me ponga un vestido negro corto y ajustado y que esté allí a las once de la noche.

Quedo con Valeria en Goya para desayunar y que me cuente cómo le fue en el test. Ella vive en el barrio Salamanca, una de las zonas más caras de Madrid. Su madre es cirujana y su padre tiene numerosas empresas por todo el mundo. Nunca he tenido muy claro de qué son las empresas exactamente.

Entro en la cafetería que he quedado con mi amiga y la busco entre la multitud. La encuentro al fondo ensimismada en sus pensamientos. Tiene la cabeza apoyada sobre una mano y con la otra sujeta la taza de café.

—Valeria, que te vas a quedar dormida —digo mientras le doy un toque en el hombro.

—¡Qué susto me has dado! No te he visto entrar.

Nos damos besos, me quito la chaqueta y tomo asiento frente a ella.

—¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien. Acabo de desayunar —miento.

—Pídete un café, yo te invito.

Ella sabe que me cuesta mucho llegar a fin de mes, por eso siempre me ayuda, me regala ropa y nunca me deja pagar cuando comemos juntas.

Valeria y yo nos conocemos desde hace unos tres años. Trabajamos un mes juntas en una discoteca, no porque ella lo necesitara, sino por llevarle la contraria a su padre. Siempre ha sido una niña muy rebelde y demasiado consentida, supongo que es lo que tiene ser hija única y de padres ricos. Obviamente fue algo efímero, nunca más ha vuelto a trabajar en una discoteca, por suerte hemos conservado esta gran amistad.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando empieces a volar? —me pregunta sin venir a cuento.

—No lo he pensado, prefiero no hacerme ilusiones.

—Ana, sabes que te van a seleccionar, cumples todos los requisitos: eres guapísima, elegante, alta. Sin duda la candidata perfecta, no te van a dejar escapar.

—Ojalá pasemos las dos. ¿Qué es lo primero que harías tú? —indago, pues a alguien como a ella no le debe cambiar mucho la vida un sueldo de tres mil euros.

—Operarme las tetas —confiesa.

—¿Qué? Estás loca, pero si no te hace falta. Ya no se lleva tener tanto pecho

—Claro eso lo dices tú que tienes dos buenos pechos muy bien puestos.

—Pues me gustaría tener un poco menos y lo sabes.

—No digas tonterías, cualquiera quisiera tener esos pechos naturales.

—Tu padre te va a matar si haces eso.

—Será mi dinero, no puede hacer nada para impedírmelo, por eso quiero tener independencia económica de una vez.

—Puede que yo también me haga entonces algún retoque mínimo.

—En la cara ni te ocurra, tú estás perfecta.

—Exagerada

—Bueno cuéntame, ¿cómo se ha tomado Sergio que hayas solicitado el puesto para tripulante de cabina?

—No se lo he dicho.

—¡¿No se lo has contado a tu novio?!

—No, pero ¿por qué?

—Ya sabes por qué, él no lo va a permitir.

—¿Y qué vas a hacer si te seleccionan?

—Tendrá que aceptarlo o lo tendré que dejar.

—¿Dejarlo? ¿Tú? —sonrío.

Ambas sabemos que eso no va a pasar. No porque esté enamorada como ella misma cree, sino porque sufre una dependencia emocional muy grande. Son demasiados años los que llevan juntos y han perdido lo más importante: la confianza.

El sábado por la noche voy a trabajar a la discoteca y me pagan ochenta euros.

El domingo estoy muerta, no de resaca sino de agotamiento físico, no es fácil trabajar en tacones toda la noche, por no hablar de la música que te deja la cabeza como un bombo.

Mi tía Consuelo no hace ruido, sabe que he ido a trabajar y sabe también que en la discoteca me pagan nada más terminar la jornada, así que ella espera que le dé los cien euros para sus medicinas, por lo que le interesa no sacarme de mis casillas hoy.

Al mediodía, cuando me levanto, le doy el dinero, eso significa que no tengo dinero hasta que me ingresen el finiquito.

El lunes por la tarde recibo una llamada que me cambia la vida. Me han seleccionado, comienzo el curso el próximo lunes.

La semana se me pasa demasiado lenta, estoy en una especie de limbo, estoy feliz, pero tantos cambios en tan poco tiempo me agotan psicológicamente.

Desde la compañía me han enviado un *email* con todos los detalles del curso, lo que más me ha sorprendido ha sido el *dress code*, es decir, la ropa que tenemos que llevar puesta. Se requiere una vestimenta formal, no sé de dónde voy a sacar yo ropa formal, la mayoría de mis vaqueros están rotos y en mi armario solo hay vestidos que parecen de furcia.

Valeria me ha dicho que no me preocupe que ella me puede dejar algo. De momento hoy voy a ir con la *blazer* que no pude devolver y la camisa blanca a la que he conseguido quitarle la mancha de café. Como no tengo falda me he puesto un vestido básico negro y me lo he bajado por la rodilla y encima me he puesto la camisa, así que en realidad parece una falda.

¡Estoy tan contenta! No me lo creo. A partir de hoy voy a vivir la vida me merezco.

Llego a las oficinas y me paro en la puerta, contemplo un desfile de hombres elegantes, perfectamente enchaquetados. Tengo la sensación de que este es el comienzo de algo grande.

El interior es puro lujo, todo decorado con una exquisitez y cuidado extremo. Me acerco al mostrador, una señora me pide el DNI y me entrega una tarjeta de identificación que me permitirá el acceso a las instalaciones durante todo el curso, luego tendré mi tarjeta de empleada definitiva.

Me informa de que la sala en la que se imparte el primer curso está en la segunda planta. El curso inicial, que tendrá una duración de quince días, lo da una empresa externa, pero lo hacen todo dentro de las propias instalaciones de la compañía.

Tomo el ascensor hasta la segunda planta. Se abren las puertas y me encuentro de frente con un señor cuyo rostro me resulta familiar. Él parece conocerme. Entra en el ascensor y yo salgo. Trato de disimular, pero el muy descarado me mira las tetas, me giro para decirle algo cuando de pronto él se me adelanta.

—Veo que ha conseguido quitar la mancha de café. Me alegro.

En ese momento se cierran las puertas del ascensor, él desaparece detrás de estas y yo me quedo pasmada como una tonta en mitad del pasillo.

Entro en el aula y doy los buenos días. Busco a Valeria, pero no la encuentro, supongo que aún no habrá llegado. Dejo mis cosas sobre la mesa y le cojo un sitio a mi amiga a mi lado. No me puedo creer que me haya vuelto a encontrar con ese hombre y para colmo con la misma ropa. Está claro que si estaba en el hotel el día de la entrevista y ahora está aquí es porque trabaja en esta empresa y desde luego candidato a tripulante de cabina no es, de eso no me cabe ninguna duda. Ese traje, ese maletín de piel, el reloj que llevaba... Valeria llega y se sienta a mi lado.

Los quince días que dura el curso inicial son terribles, cada día las clases comienzan a las nueve de la mañana y terminan a las ocho de la tarde. Esto no debería ser legal. Cuando llego a casa me tengo que poner a repasar y estudiar los conocimientos nuevos, porque el examen final es el último día de curso, ni siquiera nos dejan un margen de varios días libres para que podamos estudiar. Todo esto no habrá servido de nada si no apruebo ese examen, porque no podré pasar al curso de conversión de la compañía. Dicen que no es difícil, que son cien preguntas tipo test y que puedes fallar un máximo de veinte, aun así yo no bajo la guardia y estudio cada día para este primer examen, sí, luego hay otro más difícil todavía. Digamos que primero hay que sacarse una titulación general como tripulante de cabina, lo que todo el mundo conoce como licencia de vuelo, y una vez tenga esta licencia ya puedo sacarme la habilitación para volar un tipo de avión concreto, que en mi caso será el Airbus 330.

Durante el curso nos enseñan toda la normativa aeronáutica relacionada con el trabajo de Tripulante de Cabina: la OACI, El Convenio de Chicago, las partes correspondientes de la norma EU-OPS y un largo etc. También nos toca estudiar medicina y primeros auxilios, nos enseñan cómo inmovilizar miembros rotos, hacer una reanimación cardio-pulmonar, incluso practicamos con un maniquí especial que parece una persona de verdad, y nos explican la maniobra de Heimlich.

La parte más compleja y más extensa del curso son los procedimientos operacionales, aquí estudiamos toda la operativa que han de llevar a cabo los tripulantes de cabina en el interior del avión, tanto en operación normal como en emergencia. El último día de curso se lo dedicamos a la parte más tediosa: mercancías peligrosas. En este bloque nos explican brevemente el tratamiento que se debe dar a alguna de las materias consideradas peligrosas para el transporte aéreo y nos obligan a memorizar las distintas etiquetas y el significado de los colores que estas incluyen.

En ningún momento se estudia cómo tratar a los pasajeros ni cómo servir la comida o bebida, porque nuestra labor principal es la seguridad. Esto lo comprendo durante el curso, también comprendo por qué debemos llamarnos tripulante de cabina

y no azafatas, lo primero lleva implícito nuestra verdadera labor, lo segundo lo puede hacer cualquier persona.

Antiguamente, cuando la seguridad no era una prioridad se llamaba azafatas a las chicas que iban en el avión porque su principal función era hacer que los pasajeros disfrutasen de la experiencia al máximo, estaba más enfocado al servicio y a la atención.

El día del examen, a pesar de los nervios, consigo aprobar sin fallar ninguna pregunta, soy la única que ha aprobado con este airoso resultado. Valeria tan solo ha fallado una pregunta, el resto hay de todo, hay quien ha fallado cinco, diez... pero, por suerte, nadie ha suspendido. No salimos de fiesta a celebrarlo, porque hay que descansar y retomar fuerzas, el lunes comienza la aventura.

A partir de lunes comienza el trabajo, los profesores que nos darán clases son altos cargos de la compañía, vendrán sobrecargos, incluso se rumorea que el director vendrá el primer día para conocernos. Por lo que debemos cuidar más que nunca la vestimenta.

El lunes por la mañana me levanto dos horas antes para maquillarme y peinarme. Elijo un modelito elegante: una americana de tipo esmoquin, con cintura marcada, en color verde botella que me ha regalado Valeria; un pantalón *skinny* en negro; una camisa beis y unos tacones negros.

Feliz, me dirijo a las instalaciones de mi nueva compañía. Ya soy TCP, aunque aún no tengo mi licencia de vuelo, porque me lo tiene que expedir la Agencia Estatal de Seguridad Aérea y debe estar reconocido por el Ministerio de Fomento, así que aún tardaré unas semanas en tenerlo.

Hoy vamos a dar CRM y factores humanos. Por lo que nos han contado, en esta asignatura se estudia la psicología del ser humano, sus reacciones y sus motivaciones. Supongo que por eso nos hicieron un test psicológico.

Cuando llego al aula me sorprendo al ver caras nuevas y otras no tan nuevas. En la segunda fila está sentado el misterioso señor del café (sí, el mismo que me encontré al salir del ascensor el primer día de curso), enchaquetado con un traje que debe costar una fortuna. Lleva el pelo corto, perfectamente peinado hacia un lado. Tiene pinta de ser un perfeccionista obsesivo compulsivo.

¿Qué hace aquí? Me planteo salir para comprobar si este es el aula, pero veo que Valeria está sentada en la tercera fila, por lo que no cabe duda que es aquí.

De nada sirve que me haga la tonta, me ha visto mirarle. Y ahora él me mira a mí con una mirada penetrante que incluso intimida. No me queda más remedio que saludarle.

—Buenos días —digo sin más al pasar por su lado para sentarme junto a mi amiga.

—Buenos días, Ana —responde él con una sonrisa.

¿Perdona? ¿Cómo sabe mi nombre? Quiero detenerme a preguntárselo, pero en ese momento entra por la puerta nada menos que el director de la compañía.

Le pregunto bajito a Valeria que qué hacen esos cuatro señores nuevos de la segunda fila aquí.

—Son pilotos y comandantes, el curso de CRM se da en conjunto —susurra.

—No puede ser.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—¿Recuerdas que el día del test me fui antes?

—Sí.

—Pues me tuve que ir por que ese me tiro el café encima. —Señalo con disimulo.

—¿En serio? ¿Y qué le dijiste? Conociéndote seguro que le soltarías alguna de las tuyas.

—Por suerte me contuve, pero mi mirada debió decirlo todo.

—Más te vale caerle bien, los comandantes en esta compañía tienen mucho peso —asegura Valeria.

—Encima sabe mi nombre, cómo es posible.

—Aquí lo saben todo.

El director nos da los buenos días y la enhorabuena. Nos explica qué nos espera a partir de ahora y nos habla de aspectos de los que aún no sabemos más que rumores, como el salario, las vacaciones, los días libres, los destinos a los que viajaremos con más frecuencia. Nos explica que a lo largo de esta semana nos irán citando para las pruebas de uniformidad, todo el uniforme se hace a medida. También nos avisarán para recoger las maletas que nos proporciona la compañía.

Nos aconseja ir pidiendo cita en la embajada para sacarnos el pasaporte y el visado tipo C1 para Estados Unidos, requisito esencial para poder empezar a volar en la compañía. Así mismo nos dice que vayamos poniéndonos las vacunas requeridas, pues entre unas y otras se requiere que transcurra un plazo determinado y antes de comenzar a volar en la compañía debemos tener una cartilla de vacunación internacional, en la cual se especifique que estamos vacunados contra la meningitis tetravalente, hepatitis A, tifus, cólera, gripe, fiebre amarilla, poliomielitis, meningitis meningocócica y rabia.

El director antes de irse nos informa que la clase de CRM ha sido modificada y será impartida el último día del curso, no nos explica el por qué. Se despide y sale del aula, tras él salen los pilotos, cosa que agradezco.

Cuando comienza la clase me siento más relajada, esta primera semana será más teórica y al final de la misma haremos un último examen específico del tipo de avión que vamos a volar y de los procedimientos de seguridad específicos de la compañía.

El miércoles por tarde, cuando Valeria y yo salimos de clase no vamos directas a ver a la modista.

El taller de costura es inmenso, propio de una fábrica, aunque en él apenas hay cuatro personas trabajando. Todo está repleto de retales y maniquís desnudos. Una chica nos acompaña a una especie de vestidor más acogedor.

—¿Quién va a ser la primera? —pregunta.

—Yo —digo después de mirar a Valeria y ver que ella no dice nada.

—Pues pasa por aquí y ve quitándote la ropa.

Al cabo de unos minutos aparece con un vestido montado, pero sin acabar, y tres tallas más.

—Ponte esto —indica.

Le hago caso y me coloco el vestido color vino que difiere mucho de lo que había visto en las fotos. Cualquiera diría que me acabo de colocar un saco.

—Tranquila, los vestidos están inacabados, te quedará precioso. Tienes un cuerpo muy bonito —dice la costurera mientras me empieza a colocar alfileres por todos sitios.

Me siento como una princesa en un cuento de hadas.

No sé en qué momento he recuperado la ilusión, pero últimamente me siento la mujer más feliz del mundo. Estoy a punto de alcanzar un gran logro en mi carrera profesional, por fin voy a tener un trabajo del que puedo disfrutar: un sueño hecho realidad.

Una vez me ha colocado las pinzas, el vestido se asemeja bastante al que vi en la web de la aerolínea. De tubo, una sola pieza, largo hasta un dedo por encima de la rodilla con una ligera apertura y cuello tipo barco o francés. Solo le faltan las mangas.

—No te preocupes por las mangas, al ser de tipo presunto las montamos al final —dice la modista como si me leyera el pensamiento mientras toma nota en una hoja—. Ya puedes quitártelo.

Me quito el vestido con cuidado de no pincharme y me pongo mi ropa. Valeria repite el mismo proceso. Tengo la sensación de que a ella le queda mucho mejor que a mí. Está espectacular.

La modista nos indica que en cuatro días debemos volver para otra prueba y rematar los últimos detalles del uniforme.

Valeria y yo aprovechamos que hemos salido antes de lo previsto y nos vamos a recoger las maletas. Nos entregan una maleta de mano para la cabina y otra grande. El bolso nos lo entrega la modista el último día.

Ambas estamos muy contentas, pensamos en ir a tomar algo, pero finalmente optamos por irnos a casa a descansar, tampoco es plan de pasearnos por Madrid cargadas con las maletas, aunque estén vacías.

El resto de la semana es agotador, todo el día estudiando conceptos, estudiamos hasta el último detalle del avión: cómo se abren las puertas, cómo se arman y desarman las rampas, memorizamos los distintos sonidos y qué indica cada uno de ellos.

Estudiamos el sistema de oxígeno y todo el material de emergencia que llevamos a bordo, así como su uso: tipos de PBE (máscaras protectoras contra el humo), radiobalizas, botiquín, botellas de oxígeno portátiles, megáfono, extintores, linternas, incluso un hacha, sí llevamos un hacha a bordo, pero no para lo que estás pensando, sino para en caso de que se produzca un fuego en el cableado poder romper y levantar los paneles con el fin de detectar el origen del mismo y poder combatirlo. Esta hacha tiene un mango cubierto por un plástico aislante de electricidad hasta 15 000 voltios por si llegara a cortarse donde no debe.

Aprendemos el procedimiento de apertura de la puerta de cabina de mando, cómo llamar de un interfono a otro y un sinfín de procedimientos de emergencia, pero sobre todo comprendemos la importancia del trabajo en equipo, esencial en este trabajo.

Y por fin llega el penúltimo día, hoy tocan las pruebas prácticas.

Por la mañana, después de ver las oficinas en el aeropuerto y la sala donde se celebran las reuniones pre-vuelo o *briefing*, visitamos uno de los aviones de la compañía. Una tripulación perfectamente uniformada que acaba de llegar de un vuelo nos enseña todo, nos dejan abrir y cerrar las puertas, armar y desarmar rampas, nos indican dónde se encuentra todo el material de emergencia, entramos en la cabina de mando y yo me siento el asiento del comandante, ver tantos botones me hace sentir que formo parte de algo grande.

Luego nos enseñan la *crew rest* de los pilotos, que está ubicada junto a la cabina de mando, en el morro del avión, es pequeña, tiene solo dos camas. También hay otra *crew rest* para la tripulación de cabina, está en la mitad del avión bajando unas escaleras, cuenta con seis camas.

Nos dejan tocar botones de emergencias que con suerte nunca tendremos que tocar. Lo que más me impresiona es ver y escuchar a otros tripulantes tan contentos, en concreto me sorprende la sobrecargo, de unos cuarenta y cinco años, lleva volando nada menos que treinta años, y aun así todo lo hace con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de la visita al avión hacemos un breve descanso para comer y luego nos llevan en un autobús a las instalaciones donde se encuentra el simulador. Por alguna razón estoy sumamente nerviosa.

La primera de las tres pruebas de hoy es simular una evacuación, para ello debemos seguir el procedimiento que hemos aprendido a lo largo del curso. Nos indican que se tratará de un amerizaje y que debemos cumplir todos los pasos, cada paso que nos saltemos nos restará un punto. El interior del simulador en el que se llevará a cabo la prueba es exactamente igual que el de un avión de verdad, para colmo se mueve como si estuviésemos sufriendo un accidente aéreo. Para dificultar más la prueba, ponen una grabación en la que se escuchan gritos de pasajeros, también juegan con las luces, estas se encienden y se apagan simulando cortocircuitos. Todo ello dificulta que escuchemos con claridad los *call outs* de cabina de mando, por lo que debemos estar muy pendientes para saber cuando debemos comenzar la evacuación o si por el contrario esta se suspende.

En caso de evacuar cada segundo cuenta, pues solo disponemos de noventa segundos para evacuar todo el avión.

Cuando el examinador, que juega el roll de comandante, dice el *call out* de evacuación, me levanto abro la puerta y comienzo a evacuar, luego tengo que saltar por la rampa sin dudar. Lo consigo, a pesar de que la altura me impresiona.

La siguiente prueba consiste entrar, por parejas, en otro simulador que se encuentra repleto de humo, hay que buscar entre los asientos un muñeco y apagar un fuego en un horno. El humo procede de una máquina que genera un vapor denso que impide la visibilidad. En cuanto al fuego, este es real, se trata de un instrumento perfectamente diseñado que genera una llama que ha de ser sofocada con un extintor. La prueba es segura, sin embargo, yo estoy temblando solo de escuchar las indicaciones del examinador.

En este momento comienzo a sufrir un ataque de ansiedad. Dejo que mis compañeros vayan pasando primero, yo me quedo para el final. Valeria sabe que lo estoy pasando mal, pero no dice nada.

Mis compañeros se lo toman a risa, se divierten, mientras que yo apartada en una esquina veo mi sueño peligrar. No puedo. No estoy capacitada.

—Yo entraré contigo —dice Valeria.

—No sé si puedo entrar —confieso.

Ella me agarra la mano con fuerzas.

—Siguientes —el examinador nos mira a nosotras.

Valeria tira de mí, pero yo me quedo inmóvil y me resisto. Los compañeros que salen nos entregan las máscaras protectoras contra el humo. Mi cerebro está paralizado. Todo va muy lento, es como si perdiera la noción del tiempo. Imágenes sueltas vienen a mi mente.

—No puedo —confieso.

Valeria me mira con los ojos abiertos como platos. Y me hace un gesto para que disimule, ambas sabemos que si el examinador ve un ápice de inseguridad o temor no pasaré la prueba.

—Con lo que nos ha costado llegar hasta aquí no lo vas a echar todo a perder por un trauma. ¡Es hora de superarlo! Piensa que está todo en tu cabeza.

Tengo ganas de llorar. Estoy bloqueada. Todo se ha perdido. Adiós a mi sueño de ser azafata.

—¿Quieres volver a la vida que has llevado hasta ahora? Esta es tu oportunidad para dejar atrás todo, incluido lo que pasó con tus padres, y comenzar de cero —insiste Valeria.

—Chicas, por favor. No tenemos todo el día —vocifera el examinador que no tiene ni la menor idea de lo que está pasando.

—Ya vamos, que la cremallera del mono se me ha quedado atascada y no podía subirla —miente Valeria.

—No puedo, de verdad. Hazlo tú —insisto.

—Sí, yo lo haré todo, pero tú entras conmigo —me susurra al oído Valeria mientras tira de mí—. ¡Ponte la máscara!

Cojo aire y cuando quiero darme cuenta estoy envuelta por una densa masa de humo. No sé cómo he llegado hasta aquí, no sé qué tengo que hacer ahora o sí, pero no puedo hacerlo. Mi cuerpo está paralizado. Imágenes sueltas invaden mi mente, no puedo evitar recordar la casa envuelta en llamas, el fuego arrasando lo que más quería en el mundo, el humo llevándome a quienes no podré ver jamás.

Valeria me agarra del brazo y me arrastra.

—Hay que encontrar el dichoso muñeco ¡Búscalos! —ordena.

Trato de recomponerme. Las lágrimas y el humo me impiden ver con claridad. Por suerte encuentro el muñeco entre dos asientos.

—¡Lo tengo! —grito con fuerzas.

—¡Ven! ¡Corre! —suplica Valeria.

—¿Qué sucede?

—Acércame otro extintor. ¡No lo pienses! ¡Rápido!

Hago justo lo que me ordena sin pensar o reflexionar dónde estoy. Ni siquiera miro el foco del fuego, aunque el intenso naranja de la llamarada se refleja en la pared.

Mi amiga consigue sofocar el fuego sola y abandonamos la maqueta. Al salir me quito la máscara protectora y sin decir nada me voy corriendo al baño. No quiero que nadie me vea con la cara empapada en lágrimas.

Me encierro en uno de los aseos y me siento en la taza del váter. Rompo a llorar. No sé si lloro de pena, de miedo, por los nervios, por la ilusión de haber conseguido superar la prueba o por un poco de todo.

A los pocos minutos escucho la puerta del baño. Alguien entra. Le doy a la cisterna para disimular y me limpio las lágrimas con papel higiénico.

—¿Ana? —La voz de Valeria me tranquiliza.

Abro la puerta y salgo. Ella está parada frente a mí. Tiene el rostro pálido y el ceño fruncido.

—Estoy bien —aseguro.

Ella me abraza.

—Lo has hecho muy bien. ¡Hemos pasado! —dice con una sonrisa.

Escucharla me reconforta. Suspiro y sonrío algo más relajada.

—Ya solo nos quedan las pruebas prácticas de supervivencia en la piscina. Así que vamos antes de que el examinador nos eche de menos.

A pesar de la dificultad las siguientes pruebas, en comparación con la anterior, me parecen pan comido. Primeros nos hacen nadar cuatro largos en menos de dos

minutos. Luego nos tenemos que tirar al agua con el chaleco salvavidas en la mano y colocárnoslo e inflarlo dentro del agua. Nos han proporcionado un mono que hace el mismo efecto que si fuéramos vestidos, esto dificulta los movimientos.

Esta quizá sea la prueba más complicada, me sumerjo, salgo a flote, vuelvo a sumergirme e intento colocarme el dichoso chaleco hasta que por fin lo consigo.

Por último, tenemos que subir a una balsa y montar un toldo.

Acabo agotada.

Ese día decido quedarme a dormir en casa de Valeria para estudiar juntas, pues al día siguiente tenemos el examen teórico final, pero estamos tan cansadas que el estudio se nos hace muy pesado. A las dos de la madrugada decidimos acostarnos.

Por la mañana llegan las prisas, se nos echa el tiempo encima. Apenas hemos dormido, pero ambas estamos muy ilusionadas, también nerviosas. Salimos de casa incluso sin desayunar, si algo hemos aprendido en estas semanas es que en aviación llegar puntual es llegar tarde. El tiempo en este trabajo es sumamente importante.

Optamos por coger un Uber, por suerte no hay mucho tráfico, así que llegamos media hora antes de que comience el examen.

Decidimos ir a la cafetería y tomarnos un café para espabilarnos.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto a Valeria, quien no deja de toquetearse los mechones rubios.

—Un poco, ¿tú no?

—Sí, un poco también, aunque estoy segura de que lo vamos a lograr.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunta escéptica.

—Porque nos lo merecemos y porque hemos estudiado todos los días. Así que nada de nervios, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí no podemos permitir que el miedo nos juegue una mala pasada.

—Ya...

—Anda, cambia esa cara y piensa que hoy terminamos por fin —intento animarla, se ve algo decaída.

—¿No te da pena? Ha sido casi un mes muy intenso —dice nostálgica.

—Sí, pero me lo tomo como el inicio de una nueva etapa.

—Quién nos iba a decir que llegaríamos hasta aquí juntas cuando nos conocimos en aquella discoteca...

Miro el reloj y veo que faltan diez minutos para que comience el examen, así que cogemos nuestros abrigos y nos vamos al aula.

Tomo asiento en la penúltima final. El examinador entrega el examen después de explicar una serie de normas. Todo el mundo permanece en silencio. Ojeo por encima las cien preguntas. Para pasar el examen debo tener al menos noventa correctas, las incorrectas no me restarán puntos, pero no pueden ser más de diez.

Miro el papel como si del pasaporte a una nueva vida se tratara. ¿Cómo he llegado a este punto en mi vida? ¿Acaso pasar el examen me hará más feliz? En ese caso ¿desde cuándo la felicidad se reduce a un examen? Reflexiono unos minutos sobre esta cuestión y llego a la conclusión de que quizá aprobar no me haga lo suficientemente feliz, pero quizá sí que me ayude a tener una vida mejor, a hacer las cosas menos difíciles.

Una hora más tarde he completado la prueba. Compruebo que he respondido a todas las preguntas y no se me ha escapado ninguna. Recojo los folios, me levanto y camino por el aula observando como la mayoría de mis compañeros aún no han terminado. Trato de evitar hacer ruido con los tacones para no molestar al resto. Cuando llego a la mesa del profesor le entrego el examen y siento como si me hubiese quitado un gran peso de encima. La suerte está echada.

Me voy a la cafetería a tomar algo mientras espero a que Valeria termine. Me pido un té y me siento en una mesa que está casi al final. Al cabo de un rato veo entrar al piloto que me tiró el café encima, viene con dos compañeros más, son mayores que él.

Me pongo a mirar hacia abajo como si estuviera ensimismada en mi móvil. Disimulo durante un tiempo para que no me vea. Pasa por delante de mi mesa, estoy segura de que no se ha percatado de mi presencia. No puedo evitar observarle en la distancia. Está en la barra pidiendo algo. Le sonrío a la camarera y a esta parece que se le van a caer las bragas, no me extraña tiene una de las sonrisas más bonitas que he visto. Coge la taza de café y se va a la mesa donde se encuentran sus compañeros, me fijo en sus manos, grandes y gruesas. Es en lo único en lo que tengo tiempo de fijarme porque me giro de inmediato para que no me vea.

En ese momento llega Valeria.

—¿Cómo te ha ido? —me pregunta mientras se sienta frente a mí.

—Creo que bien y ¿a ti?

—Genial. Oye ¿ese no es el piloto que estaba con nosotros en la clase de CRM el otro día?

—Sí, no lo mires, no quiero que me vea.

—Igual coincidimos ahora con él. Después de que nos den la nota del examen tenemos la clase de CRM que nos cambiaron.

No sé por qué, pero me gustaría coincidir con él. Hace tiempo que ningún chico llama mi atención así, cómo es posible si apenas hemos cruzado un par de miradas. Está claro que solo me irrita. Sí eso es, estoy molesta porque por su culpa no pude devolver ni la chaqueta ni la camisa y para colmo me saca de quicio su seguridad.

—¿Ana? —Valeria me saca de mis absurdas fantasías.

—Dime.

—Estás en babia.

—¿Salimos a tomar un poco de aire? —pregunto mientras me levanto de la silla sin esperar su respuesta.

Después de un par de horas nos dan las notas del examen; tanto Valeria como yo hemos aprobado. Ella ha fallado tres preguntas y yo una. Ambas estamos muy felices. De todo el grupo solo han suspendido tres personas. Una chica se ha enfadado mucho y ha comenzado a discutir con el examinador, al final han decidido que no le van a repetir la prueba porque esos modales son inaceptables en esta compañía. Yo he presenciado la discusión y la verdad ha sido todo muy violento.

Antes de comenzar la clase de CRM nos han entregado un sobre, en él hay, además de un sinfín de papeles, una invitación para la cena de navidad que organiza la empresa en el lujoso hotel Rith, el mismo en el que hicimos la entrevista. Por lo que Valeria me ha contado las fiestas de navidad de esta empresa son bien sonadas dentro del mundo de la aviación por su exquisitez. En el sobre hay dos invitaciones para que podamos ir acompañadas, pero hay que notificar todos los datos del acompañante antes del evento.

La clase de CRM es divertida, se me pasa volando, pero no coincido con el piloto que yo esperaba, aunque hemos coincidido con otros cuatro pilotos muy majos. Me ha parecido muy interesante poder compartir esta experiencia.

Ahora sí, ya soy azafata o, mejor dicho, tripulante de cabina de pasajeros.

Ese mismo día, cuando llego a casa, mi tía Consuelo comienza a quejarse de que no hay dinero, de que llevo un mes sin limpiar, sin ir a hacer la compra, sin ayudarla, que si quiero seguir viviendo allí tengo que aportar algo y así durante más de media hora. No voy a permitir que nada empañe mi felicidad, así que hoy no voy a discutir con ella. Me pongo mis cascos, subo el volumen de la música para no escucharla y empiezo a limpiar. Primero mi habitación, luego la cocina, el salón y por último, como hoy estoy de buen humor, voy a limpiarle su habitación.

Abro la puerta y entro, todo está bastante ordenado, cualquiera diría que lleva meses sin limpiarse, no hay ni una gota de polvo, se supone que mi tía no puede limpiar, quién la ayudará.

De pronto un golpe en la cabeza me saca de mi ensimismamiento. Se me caen incluso los cascos.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho mil veces que no entres en mi recámara —grita mi tía que acaba de darme un manotazo en la cabeza.

Me quedo tan desconcertada que ni siquiera sé qué decir. Aunque no es la primera vez que me pone una mano encima me sorprende que actúe así después de que llevo toda la tarde limpiando la casa.

Sin decir nada salgo de su habitación, ella cierra la puerta de un portazo. Recojo las cosas de la limpieza y voy a la nevera a coger el último plátano que había, pero al abrirla veo que no está, voy al salón y me encuentro la cáscara sobre la mesa. No puede ser que se lo haya comido, a ella no le gustan, apuesto a que lo hace para joderme.

No voy a entrar en su juego, no hoy.

Me pego una ducha y me tumbo en mi cama. A pesar de estar contenta por lo que he conseguido me siento triste, por alguna razón me siento sola. Sí, esa es la palabra que mejor define mi estado. Esta casa me deprime, no quiero vivir aquí, no soporto a Consuelo, no considero que sea ni siquiera familia, a pesar de que es la única persona que me queda en ese mundo. A veces echo tanto de menos a mis padres, daría cualquier cosa por tenerles, por poder hablar con ellos y contarles cómo me va. Me descubro llorando sin saber por qué.

Fantaseo con la fiesta de la empresa, al menos pensar en ese evento y en que voy a conocer gente nueva me mantiene la mente ocupada. Tengo una semana por delante para elegir qué modelito me voy a ponerme. Mañana hablaré con Cris, necesito que me ayude con eso.

A la mañana siguiente llamo a Cris por teléfono y le cuento las últimas novedades: le hablo de la fiesta y le digo que necesito un vestido.

—Por supuesto, cuenta con ello, amiga. Lo que necesites, mándame una foto del que más te guste de la web y te lo consigo —dice sin poner ningún tipo de impedimento.

Me siento mal por hacer que mi amiga tenga que robar un vestido para mí, pero por otro lado tampoco me parece pedir demasiado teniendo en cuenta que yo perdí mi trabajo por ella.

Me paso la mañana buscando vestidos en la web, hay tantos que no sé por cuál decantarme, finalmente elijo uno sencillito, pero elegante, con cuello en V y espalda descubierta.

Le mando una foto y la talla.

Dos días antes de la fiesta quedo con Cris para que me lo dé.

—¡Qué alegría volver a verte! —dice mi antigua compañera mientras me abraza—. Vas a estar guapísima con este vestido, no te he podido conseguir la talla S porque no había, pero la XS te va a quedar bien seguro, tú estás muy delgada y este tejido se adapta muy bien.

—Ay, muchas gracias Cris, de verdad. Me has salvado.

—Esto es lo menos que puedo hacer por ti, después de todo.

Saco el vestido de la bolsa. Es precioso, de una sola pieza, corte mini y color metalizado.

No tomamos café, ninguna tenemos dinero para gastar, así que nos sentamos en un banco en la calle y nos ponemos al día, se pone muy contenta al saber que voy a comenzar a volar. Me despido de Cris antes de lo que quisiera, porque he quedado con Valeria para ir juntas a hacernos el reconocimiento médico para el certificado aeronáutico.

A eso de las doce llego a la clínica, Valeria ya está allí.

—¿Te vas de compras y no me avisas? —pregunta al verme llegar con la bolsa de Zara.

—Qué va, es una rebeca que me ha encargado mi tía —miento rezando por que no me abra la bolsa.

—¿Nerviosa?

—¿Yo? ¿Por qué? —Me siento a su lado en el sofá de la sala de espera y pongo la bolsa de Zara detrás de mí.

—No sé, por la prueba...

—Ah, un poco.

—Nos van a sacar sangre y todo —Valeria se toca el pelo sin dejar de mover el pie izquierdo.

—¡Qué horror! Te imaginas que no pasamos las pruebas médicas después de todo.

—¡Ay! Calla. No digas eso ni de broma.

—Nos hacen pruebas de drogas y todo por lo que he leído.

—Eso es lo de menos. Tú no te drogas ¿no? —pregunta en tono serio.

—Claro que no. Por cierto ¿al final vas a invitar a tu Sergio a la fiesta?

—No, de momento no le he contado nada de esto, así que... Aparte, él me ha dicho que ese día tiene cena de empresa.

—¿Cuándo piensas decírselo? ¿El día de tu primer vuelo?

—No. No sé. Necesito tiempo, él no va aceptarlo, siempre se ha negado a que entre en este mundillo.

En ese momento sale el médico y llama a mi amiga. Media hora más tarde entro yo.

El doctor me hace una evaluación exhaustiva y me envían de una planta a otra para hacerme todo tipo de pruebas: sistema cardiovascular, sistema respiratorio, sistemas muscular y esquelético, otorrinolaringología, sistema visual y percepción de los colores.

El médico me informa que en una semana recibiré el informe y que este indicará si soy apta o no como tripulante de cabina, así como cualquier limitación aplicable que proceda.

El día de la fiesta comienzo a acicalarme dos horas antes, quiero verme espectacular.

Ni Valeria ni yo vamos a llevar acompañantes a la fiesta. Ambas estamos muy emocionadas. Nuestro primer vuelo está previsto para finales de la próxima semana, si todo va según lo previsto. Lamentablemente no coincidimos, porque solo hay un tripulante en familiarización por vuelo, lo que quiere decir que aún me pueden echar a la calle si no supero con éxito ese vuelo en el que estaré bajo la supervisión de un instructor. Prefiero no pensar en eso ahora.

Me pongo música en el móvil y comienzo a maquillarme. En el pelo me he hecho la raya al medio y unas ondas al agua. Tenía muchas ganas de llevar el pelo suelto.

Me maquillo los ojos sutilmente y elijo un tono *Double Fudge Matte* de MAC para los labios, adoro estos labiales son tan cremosos y cubren genial.

Me pongo el vestido y unos tacones de aguja altos. Cuando me miro al espejo me siento una diva total, el vestido me queda muchísimo mejor ahora que el día que me lo probé, debe ser el maquillaje y el pelo o quizá los tacones que me estilizan. La cuestión es que me siento radiante. La noche promete.

En el metro, todo el mundo el mundo me mira como si nunca hubiesen visto a una chica arreglada.

Cuando llego al hotel, Valeria ya está allí, ella se puede permitir coger Uber para ir a cualquier sitio. Está guapísima, lleva unos tacones plateados, un vestido negro, de manga larga que hace resaltar su rubia melena y un elegante abrigo tipo poncho de piel sintética de murciélago en color rojo intenso.

—Ana, te vas a morir de frío ¿y tu abrigo? —dice mientras me abraza.

—No tengo, pero da igual en el metro se pasa mucho calor y dentro ya sabes que no va a hacer frío.

—Vamos antes de que te refríes. Por cierto, me encanta ese vestido ¿de dónde es?

—Zara.

—Voy a tener que empezar a comprar en Zara, me sorprenden. Parece de un prestigioso diseñador.

Entramos y ella deja el abrigo en el guardarropa. Luego nos adentramos en la fiesta. La decoración es exquisita, predominan las luces en tonos dorados y violetas, eso sí todo muy tenue. En el centro hay una especie de pista, en la que solo hay una pareja bailando. No hay sillas, solo mesas altas en las que hay copas y botellas de champan. El lugar está abarrotado de gente, pero no vemos a nadie del curso.

Las camareras pasan con bandejas ofreciendo todo tipo de *delicatesen*. También ofrecen bebidas, ambas cogemos dos copas de champan. Nos encontramos con Alex, un compañero. Una pena que sea gay porque está tremendo.

—Pero bueno, ¿y estos *bellezones* de dónde han salido? —dice acercándose a nosotras.

—Tú si que estás hecho una belleza. —Le doy dos besos con cuidado de no quitarme el maquillaje.

—¡Venid!, quiero presentaros a unas amigas. —Me agarra del brazo y tira de mí.

Nos presenta a dos amigas y nos quedamos con ellas. Hablamos de todo tipo de temas, la noche transcurre tranquila.

Uno de los pilotos con los que dimos el curso de CRM viene a saludarnos, en ese momento caigo en la cuenta de que puede que el misterioso piloto también esté por allí. No os voy a mentir, lo he pensado varias veces a lo largo de esta semana, pero trato de evitarlo. El contrato que he firmado es sumamente estricto, no solo prohíbe tener tatuajes o *piercing*, o llevar determinados colores de pelo y de uñas, sino también relaciones sentimentales entre los trabajadores, prohíbe incluso las muestras de afecto entre tripulantes, lo que quiere decir que no podemos darnos dos besos o abrazarnos llevando el uniforme puesto. Cualquier incumplimiento de estas normas supone el despido inmediato.

Al cabo de un rato sucede algo que nos deja, tanto a Valeria como a mí, en *shock*. Más a ella que a mí. Su novio está en la fiesta y va agarrado de la mano de otra chica. ¿Cómo es posible? De pronto, mi amiga se va corriendo hasta ellos, consigo alcanzarla y la agarro del brazo deteniéndola.

—Ni se te ocurra —le digo.

—¿Cómo se atreve? Este no sabe quién soy yo —grita mientras se deshace de mí.

—No puedes montar una escena aquí, después de lo que has luchado por conseguir esto no lo vas a echar a perder por este gilipollas —le digo mientras camino rápido detrás de ella.

—Ana. —Se detiene y se gira hacia mí—. Me ha estado engañando todo este tiempo y encima con una tripulante.

—Con razón no quería que entraras en este mundo de la aviación. ¡Menudo capullo!

—Claro, me dijo que tenía una cena de empresa porque lo último que se esperaba es que yo también tuviese invitación a este evento.

—Mira el lado positivo, al menos no haberlo invitado te ha servido para darte cuenta de la clase de capullo que es.

—Esto no se va a quedar así —dice mientras vuelve a caminar en dirección a dónde ellos se encuentran.

—Claro que no. —Vuelvo a agarrarla del brazo, esta vez con más fuerza—. Pero esta noche te vas a comportar y no vas a formar ningún numerito si quieres conservar tu nuevo trabajo.

Sin soltarla me la llevo a una de las mesas, decorada con la máxima exquisitez, y nos servimos una copa de champan. Brindamos.

—Por nuestro futuro. —Alzo mi copa para brindar con mi amiga.

—Por el futuro. —Choca su copa con la mía y luego se la bebe de un trago.

Me preocupa lo que está por venir.

Hay mucha gente alrededor, la sala está a rebosar. Llega Alex y se pone a hablar con nosotras, ambas disimulamos como si no pasara nada. En ese momento alguien me da un ligero empujón por detrás y eso hace que me vierta parte de mi copa encima. Me giro para recriminarle a la persona que me ha empujado.

«¿Será posible?!».

—¿Tú!? —expreso atónita al ver de quién se trata.

—Lo siento muchísimo, de verdad. —Su voz ronca suena sincera. Quedo fascinada al ver lo guapo que está.

Su mirada me suplica perdón. La ha cagado y lo sabe. Por suerte en esta ocasión ha sido menos grave, la mancha de champan apenas se ve en el vestido de color metálico.

—¿Siempre eres tan patoso? —digo descarada.

—No, permíteme que me presente como es debido. Soy Víctor, encantado, Ana. —Posa su mano derecha sobre mi espalda desnuda y me acerca hacia sí para darme

dos besos.

Sentir el roce de su piel me genera una corriente eléctrica imposible de describir. Su mano es tan suave que se antoja que recorra todo mi cuerpo. Se separa y mi piel extraña el contacto con la suya.

—Encantada —tartamudeo.

—Estás bellísima. —Su cristalina mirada chispea.

—Gracias. —Agacho la mirada.

¿Qué me pasa? ¿Desde cuándo me intimida que me digan que estoy bellísima? Escucho eso no sé cuantas veces al día. Estoy cansada de que los hombres me alaguen, no es algo que suela intimidarme.

—¿Me vas a negar el placer de tu mirada?

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

¿Este hombre de qué época ha salido? Alzó la vista y me contempla desde demasiado cerca. Sus pupilas se dilatan. Me tiemblan las piernas.

—Bueno veo que estabas acompañada, no quiero interrumpir —dice lanzando una mirada a Alex—. Disfruta de la fiesta. —Se da media vuelta.

—No. —Le agarro del brazo. Ha sido un impulso que no sé de dónde procede. Siento esa corriente de nuevo recorrer mi cuerpo. Él se gira y me mira. Nos fundimos en una cómplice mirada—. Déjame que te presente a mis amigos, son compañeros del curso —digo liberándole.

Pienso en decirle que Alex es gay, pero me parece de mal gusto introducir a alguien por su condición sexual.

Le da la mano a Alex, mientras que a Valeria le da dos besos.

—¿Ilusionados? —pregunta Víctor.

—Mucho —confiesa Alex.

Valeria por su parte no le quita ojo de encima a su novio que sigue con la chica, no sé cómo él aún no la ha visto a ella.

Alex se disculpa y se va a saludar a otra compañera, así que me quedo hablando con Víctor, bueno más bien él es el que habla, yo solo asiento con la cabeza embobada en sus azules ojos. Valeria es como si no estuviera.

Me habla de la compañía, de los destinos a los que suele volar, cualquier tema me resulta interesante con tal de tenerlo cerca y escuchar su voz.

Al cabo de un rato me percato de que Valeria no está. La veo en una de las mesas hablando con su novio y la chica. Me disculpo con Víctor y me voy a toda prisa a dónde ellos se encuentran.

—Ana, ¡mira a quién me he encontrado! —Suelta una risa irónica.

La cara de Sergio es de desconcierto total. La chica que lo acompaña parece no entender nada de lo que está pasando, debe pensar que Valeria es solo una borracha.

—Sergio —digo refiriéndome al novio de mi amiga que parece estar sufriendo un ataque al corazón.

Valeria se gira y coge una botella de champan de la mesa. Veo como la agita con disimulo.

—Vamos a brindar —dice ella efusiva

Trato de impedírselo, pero es demasiado tarde. Valeria descorcha la botella apuntando a su novio y a la chica que lo acompaña y los baña en champan.

—Oh, Dios mío. Lo siento muchísimo —se disculpa con falsedad.

La chica, empapada, se va corriendo al baño, casi sin poder abrir los ojos y Sergio va tras ella.

—Pero ¿qué haces? ¡Estás loca! —le recrimino a Valeria—. ¿Cómo se te ocurre montar semejante escena aquí?

La gente nos mira.

—Ha sido un accidente. —Mi amiga se encoge de hombros.

Los invitados siguen con la fiesta como si nada, creo que realmente piensan que ha sido un pequeño contratiempo.

—Nos vamos —digo mientras saco a mi amiga de allí casi a rastras.

No me puedo arriesgar a que forme otra escena, esta parece haber pasado desapercibida entre los invitados, pero ya comienza a estar algo borracha y eso puede acabar mal.

Recogemos su abrigo y esperamos en la puerta del hotel a que pase un taxi, su móvil se ha quedado sin batería, por lo que no puede pedir un Uber y yo no tengo ni idea de cómo funciona eso.

Justo en ese momento sale Víctor.

—¿Ya os vais? —pregunta.

—Sí —afirmo muerta de frío.

—¡Qué pronto! —Se acerca a nosotras.

Valeria no para de llorar, pero como está de espaldas él no puede verla.

—Son las tres de la mañana —digo mirando el reloj.

—¿Y tu abrigo? Te vas a helar —pregunta Víctor.

—Me lo han perdido en el guardarropa —miento.

—Ponte esto. —Se quita su chaqueta y me la coloca por los hombros.

—No es necesario —insisto.

Demasiado tarde, el aroma que desprende su chaqueta me embriaga.

—¿Se encuentra bien tu amiga?

—Bueno, digamos que se encontrará bien pronto.

Valeria parece ausente, no para de llorar en silencio. No dice nada, no nos mira. Yo trato de disimular delante de Víctor, no podemos dar esta imagen nada más entrar en la compañía.

—No, no voy a estar bien, mi novio de cinco años no quería que yo fuese tripulante de cabina y resulta que es porque él lleva no sé cuánto tiempo acostándose con una tripulante de esta compañía —suelta Valeria entre lágrimas.

—Vaya, lo siento muchísimo —Víctor parece consternado por el sufrimiento de mi amiga— ¿Esperáis a alguien?

—Sí, a un taxi —digo con la voz temblorosa. He cogido frío.

—Puedo llevaros yo, tengo el coche aquí al lado.

—No es necesario de verdad —Sonrió.

—De verdad, insisto. Permíteme que os lleve a ti y a tu amiga a casa, mira como está —dice señalando a Valeria que no para de sollozar.

—Está bien —acepto.

—Esperadme aquí para que no tengáis que andar, voy a buscar mi coche.

Al cabo de unos cinco minutos un flamante Jaguar en color rojo se detiene frente a nosotras y comienza a tocar el claxon, me percató de que se trata de Víctor.

Cojo a Valeria y bajamos. La ayudo montarse detrás. Yo me siento delante, porque de otro modo parecería que lo utilizamos de chofer. El interior del coche es puro lujo.

Le dirijo a casa Valeria.

—Muchas gracias por llevarnos —insisto.

—No me cuesta nada.

Contemplo la ciudad a través de la ventanilla.

—¿Te has gustado la fiesta? —Se dirige exclusivamente a mí, porque Valeria parece haber muerto en el asiento de atrás.

—Sí, no ha estado mal.

—Ahora es cuando empieza lo mejor.

—Ah, ¿sí? —pregunto asombrada.

—Sí, aquello se convierte en un hervidero de hormonas y surgen un sinfín de historias que mañana serán noticia en la compañía.

—Y ¿por qué no te has quedado?

—No quiero ser noticia —sonríe.

—¿Muchos años siéndolo? —pregunto descarada.

—Puede ser...

Menudo Don Juan, con ese porte no me extraña. Permanezco en silencio.

—¿Ya tienes toda la documentación para volar?

—Solo me falta el certificado médico que me han confirmado que lo tendré esta semana y el ID de la compañía.

—¿Te han programado vuelo ya?

—En principio, me han dicho que mi primer vuelo será la próxima semana, pero no sé ni fecha ni destino aún.

—¿Dónde te gustaría ir?

—No sé, a Nueva York, quizá. Nunca he estado y es una ciudad que me llama bastante.

—A ti y al noventa por ciento de la gente nueva, pero créeme, no es para tanto.

—Tú ya estarás aburrido de ir... Lo conocerás todo.

—No te creas, lo único bueno de Nueva York es que cuando crees haberlo visto todo siempre te puede sorprender.

—Lo mismo sucede en la vida, en general.

«¡Cállate, Ana! La estás cagando con este tipo de reflexiones filosóficas baratas».

—Sí, ahora que lo dices es cierto, cuando crees haberlo visto todo y que nada va a captar tu interés, aparece alguien y...

—Es aquí, a la derecha —le interrumpo para indicarle antes de que se pase la calle.

—Si quieres puedo acercarte a casa a ti también —ofrece.

—No te preocupes vivo aquí al lado, puedo ir caminando —miento sin saber por qué. Supongo que para evitar quedarme a solas con él y no dejar a mi amiga en estas condiciones.

—De acuerdo.

—Muchas gracias —dice Valeria adormilada mientras se baja del coche.

—Gracias. —Le sonrío y me bajo yo también.

Víctor espera hasta que entramos en el portal, luego acelera y desaparece.

—¿Por qué le has mentido? —pregunta Valeria.

—¿Qué?

—Que ¿por qué le mientes? ¿Te avergüenzas de tu barrio?

—¿Qué dices? En absoluto, es solo que no quería irme a solas con él, además mira como estás no te mantienes ni en pie, cómo voy a dejarte sola en este estado.

—Gracias, Ana. —Me abraza y rompe a llorar—. Quédate a dormir conmigo, por favor.

—Claro que sí.

El treinta de diciembre me programan mi primer vuelo de familiarización, casualmente a Nueva York. Me pregunto si habrá tenido algo que ver el hecho de que se lo comentará a Víctor. Seguro que no, ha debido ser el destino. Estoy motivadísima, no me lo creo, aunque los nervios me traen loca porque si no paso este primer vuelo todo el esfuerzo y todo lo que he conseguido no servirá de nada, pues se considera que el vuelo de familiarización es como el último examen que confirma que todos los conocimientos aprendidos están asentados y que el tripulante se maneja con soltura en el avión.

Me apena mucho no poder volar con Valeria, pero solo hay un tripulante en familiarización en cada vuelo. Debe de estar pasándolo fatal, al final lo ha dejado con su novio, más bien su novio la ha dejado a ella, era lo mejor, se guardaban demasiado secretos el uno con el otro y una relación así no llega lejos. Al menos ahora está en Miami, ya ha hecho su primer vuelo de familiarización y le ha ido muy bien, así que le vendrá bien para desconectar.

Termino de guardar las cosas en la maleta, tampoco llevo mucho: unos vaqueros, un jersey, una sudadera, dos sujetadores, unas deportivas, un abrigo, una camisa del uniforme de repuesto y muchos tangas. Para cuarenta y ocho horas que voy a estar allí me sobra.

Tengo mucha suerte de que mi primer vuelo sea largo radio, podría haberme tocado corto y haberme pasado el día haciendo escalas por Europa y conociendo aeropuertos.

Me maquillo y me pongo el uniforme. El vestido me queda espectacular, es de esos vestidos sencillos, pero que te estilizan y te marcan las curvas.

En el metro, de camino al aeropuerto, me pongo a repasar los procedimientos de seguridad que me preguntaran en el *briefing* (reunión que tenemos antes de cada vuelo). En esta reunión pre-vuelo se habla de la previsión de pasaje, de si habrá turbulencias durante el vuelo, la duración, las características especiales que puedan darse, se asignan las posiciones, es decir la puerta que va a cubrir cada uno de los tripulantes, también se repasan las zonas de evacuación y cualquier otra cuestión relacionada con el vuelo.

Cuando llego al aeropuerto, después de haber pasado el ligero control de seguridad para tripulantes, entro en las oficinas de la compañía. Hay tres compañeros ya sentados alrededor de una mesa gigantesca. Nos presentamos y tomo asiento.

Cuando llegan todos, incluida la sobrecarga comienza la reunión. Me han asignado la puerta L1. Respondo a las preguntas sobre los procedimientos correctamente, todo parece ir sobre ruedas hasta que entran los pilotos en la sala. No me lo puedo creer, esto no es casualidad. Víctor es el comandante del vuelo.

—Buenos días, soy Víctor Lobo, para quienes no me conozcáis.

Todos dan los buenos días y sonríen, yo incluida. Me mira en dos ocasiones, pero yo me hago la despistada. Cuando vi su chequeo “lobo”, jamás me imaginé que podría tratarse de él.

—La duración del vuelo es de nueve horas diez. En cuanto a la previsión, hay una tormenta tres horas antes de llegar a Nueva York, por lo que puede que haya turbulencias, pondré la señal de cinturones y si vemos que es necesario que os sentéis avisaremos a la sobrecarga. Buen vuelo —se despide y antes de salir me vuelve a mirar.

No puede ser, como si no tuviera bastantes nervios ya con mi primer vuelo como para también tener que lidiar con esto.

Cuando terminamos nos vamos al avión, comenzamos nuestros chequeos de los equipos de emergencia, revisamos hasta el último detalle y luego, cuando ya está todo, antes de que entre el pasaje hacemos un *security search*. Una vez hecho todo eso, firmamos para que quede constancia de que está todo ok y podemos comenzar con el embarque.

Durante el embarque me siento más relajada, la gente entra muy contenta.

Llega el momento del despegue, tomamos asiento en el trasportín, después de haber hecho la demostración de seguridad y asegurado la cabina. Realizo el *silent review*, se trata de un repaso mental de los procedimientos de emergencia. Durante la fase de rodaje y todo el despegue debemos pensar en las posibles adversidades que podrían presentarse y como las afrontaríamos tomando conciencia de la puerta en la que estamos y del material de emergencia del que disponemos. Nada debe distraernos en estos minutos cruciales.

Al cabo de unos minutos ya estamos en el aire.

Me fascina el avión, cómo vuela, los ruidos que hace, la magia que lo envuelve, cómo ese pajaraco con tantísimo peso consigue despegar y mantenerse en el cielo... Increíble.

Preparamos el servicio, una vez listo lo ofrecemos al pasaje. Cuando terminamos la sobrecarga me dice que entre en la cabina de mando para ver si los pilotos necesitan algo. Me acerco a la puerta y de pronto no recuerdo el código de acceso. Con disimulo le pregunto a una compañera.

—Veinte, treinta, tú acuérdate del año en el que estamos y de los años de la compañía, así no se te olvida —dice mi compañera a la vez que me guiña un ojo.

Introduzco el código, la luz parpadea en verde y se desbloquea, empujo y entro. Por alguna razón siento que aquel espacio es una especie de templo sagrado y me siento incómoda de estar ahí, aunque al mismo tiempo me gusta la sensación de tener acceso al lugar más importante de un avión.

—¿Necesitáis algo? —pregunto cuando el comandante y el segundo me miran.

—Yo estoy bien —dice Víctor con una sonrisa.

—¿Voy al baño puedes quedarte aquí un momento? —pregunta el segundo.

Obviamente se trata de una pregunta retorica, por seguridad está establecido en los procedimientos que ninguno de los pilotos puede quedarse solo cuando el otro salga, por lo que cualquier otro miembro de la tripulación entrara hasta que regrese.

—Claro —respondo con una sonrisa forzada.

—Siéntate —sugiere Víctor cuando su compañero sale de la cabina y nos quedamos a solas.

Tomo asiento en un trasportín que hay junto a la puerta, detrás del asiento del segundo oficial. Víctor tiene sus ojos clavados en mí.

—Te queda muy bien el uniforme —dice.

—Gracias, a ti también —se me escapa.

Mierda, mierda, debería controlar mis pensamientos.

—¿Cómo está tu amiga?

—Ahí va, al final ha roto con su novio —digo algo apenada al recordar a Valeria.

—Las relaciones...

No sé muy bien qué quiere decir con eso, supongo que se refiere a que las relaciones no son lo suyo, aunque eso solo son suposiciones mías. Quiero preguntarle acerca de ese tema, pero no me atrevo, así que me limito a sonreír.

No puedo parar de mirarle está guapísimo, no sé si es el uniforme que le hace más sexy o es que las alturas le sientan bien.

—¿Qué tal tu primer vuelo?

—Muy bien, muy contenta, la verdad. Me gusta mucho este trabajo.

—¿Qué tal esta sobrecarga?

—¿Miguela? Muy bien, es maja.

—No la conocía, debe ser nueva.

—No lo sé. Quizá.

En ese momento entra el segundo a cabina. Me levanto para irme.

—Quédate un rato más —sugiere Víctor.

—Es que no sé si mis compañeros necesitan algo —digo mientras me acerco a la puerta—. Luego vengo, si necesitáis cualquier cosa avisad.

Salgo de allí.

Al cabo de un rato comienza mi turno de descanso, tenemos dos horas para dormir y descansar, no está nada mal. Bajo a la *crew rest*, me quito los zapatos y me acuesto. No puedo pensar en otra cosa que no sea en Víctor.

Cuando los compañeros nos despiertan me voy al baño y me retoco el maquillaje, esto de tener que estar maquillada a todas horas es horrible.

Comienza el descenso a Nueva York, al final no ha habido turbulencias durante el vuelo, al menos yo no las he notado.

Tengo ganas de llegar a Nueva York, aunque estoy agotada, en cuanto lleguemos al hotel creo que me voy a ir directa a la habitación a dormir porque no puedo con el cansancio.

Terminamos el desembarque y hacemos nuestro chequeo de seguridad. Por suerte no tenemos que limpiar ni colocar cinturones, algo muy común en las compañías *low cost*.

—Habrá que hacer algo ¿no? —dice Laura, una compañera.

Y entonces se forma el revuelo, unos aseguran que van a dormir, otros ya tienen planes. Víctor se une a la conversación y dice que él también va con Cristina y dos compañeras más a dar un paseo por la gran manzana.

—Son las diez de la mañana, hay que aprovechar el día. ¿No te animas, Ana? —me pregunta Víctor.

En ese momento comienzo a dudar, si no voy no podré dormir pensando que podría haber estado con él visitando la ciudad.

—Está bien —digo por fin.

Cuando llegamos al hotel en pleno Manhattan, en la zona cero, recogemos las llaves y quedamos en el *hall* en veinte minutos, el tiempo de quitarnos el uniforme, ducharnos y poco más.

El día en Nueva York promete.

A la una ya estoy lista en *hall*, Víctor está allí cuando bajo. Luego llegan Laura y otra compañera y nos dicen que al final las otras dos compis se han echado para atrás, pero que también viene la sobrecarga.

Salimos y damos un paseo por la zona cero, entramos en el centro comercial World Trade Center solo para tomarnos la típica foto, vemos los nuevos rascacielos contruidos en esa zona, uno de ellos es ahora el más alto no solo de Nueva York, sino de todos los Estados Unidos. Me quedo horrorizada cuando veo los dos agujeros en los que se han construido como unas piscinas, llamadas National Memorial, que reflejan la ausencia de las antiguas Torres Gemelas, a su alrededor, en el frío metal están grabados los nombres de las casi tres mil personas que murieron en los ataques terroristas.

Comemos en un sitio de comida rápida. Después de comer paseamos por la Fifth Avenue, veo la Biblioteca Pública de Nueva York y se me antoja entrar, pero a nadie le apetece acompañarme.

—Si quieres te acompaño —sugiere Víctor.

—No te preocupes no quiero que me tengáis que esperar.

—Entrad vosotros y luego nos encontramos —asegura Laura.

Y así, sin planearlo me quedo a solas con Víctor. La librería me deja fascinada, me transmite una serenidad indescriptible.

Víctor me observa con deleite, me pregunto qué pasará por su cabeza en estos momentos. Ojeo varios libros y para no aburrir a Víctor salgo rápido de la librería y continuamos los dos solos con el paseo. Veo la publicidad de una exposición: *Dorothea Lange - Words & Pictures*, se trata de una exposición en el MoMA dedicada a la obra de la fotógrafa norteamericana Dorothea Lange.

—¿Te gustaría ir? —pregunta Víctor al verme contemplar con admiración la publicidad.

—Me encantaría —le confieso.

Miramos los horarios, pero lamentablemente no podemos ir, porque no nos cuadran. Hablamos de mi pasión por el arte, él me cuenta que tiene un amigo que dirige una galería en París. También hablamos de Nueva York y de la frecuencia con la que se hacen vuelos aquí, de la gran oportunidad que te da este trabajo de conocer diferentes ciudades... Le pregunto qué destinos ha visitado él gracias a nuestro trabajo y comienza a enumerarme más de medio mundo, me quedo atontada.

Nos topamos con el Empire State Building.

—¿Quieres una foto? —me pregunta.

—Vale —dijo algo tímida.

No sé por qué me da tanta vergüenza que él me haga una foto. Me hace varias y me las enseña.

—Sales guapísima —asegura.

Me sonrojo.

Continuamos caminando por la *Fifth Avenue* y nos topamos con algunos edificios cuyos nombres desconozco.

Nueva York es una pasada.

—¿Te importa si entramos? —le pregunto al ver la tienda de *Victoria's Secret*.

—No, en absoluto.

Hay tantos modelitos... Quiero comprarme un conjunto sexy, pues los precios son más económicos que en Madrid y la variedad no tiene nada que ver. La tienda tampoco tiene nada que ver, esto parece un palacio.

Le enseño un conjunto de lencería íntima a Víctor

—¿Te gusta? —pregunto con inocencia.

Pronto veo que se ha puesto algo colorado y me percató de mi imprudencia.

—Mejor no te voy a decir lo que pienso —asegura.

—Sí, a mí tampoco me gusta mucho, no sé por qué lo he cogido. —Dejo la prenda de nuevo en la mesa.

—No, no. No me has entendido. Me refería a que puesto... —Le tiembla la voz.

Yo hago como si no hubiese entendido el sentido de su comentario y continuo mirando ropa.

—Podrías comprarle algo a tu pareja —digo con disimulo.

—¿Qué te hace pensar que tengo pareja? —responde con una sonrisa pícar.

—No sé...

«No vayas a decir una tontería», me digo a mí misma intentando no seguir hablando.

—No, no tengo pareja, así que como no le lleve un conjunto a mi hermana...

—Pues seguro que le gusta.

—¿Tú sí tienes pareja? —Sonríe y se deja caer sobre una columna en mitad de la tienda.

Un calor me recorre todo el cuerpo.

—No. —Miro unas braguitas de encaje negras, aunque lo hago solo para disimular mi vergüenza y para que no se percate de que estoy nerviosa. Quizá entrar en esta tienda no fue buena idea.

—Deberías dejar de enseñarme esa lencería tan sexy, no sabes la imaginación que tengo.

De pronto se me cae todo de las manos. Sonrío con disimulo. Su comentario me deja totalmente desubicada.

Finalmente me compro un sujetador con aro y un poquito de relleno en color negro y con encaje, y un tanga a juego.

Bajamos por Broadway, aprovechamos y visitamos el Madison Squared Park, el Flatiron Building, Florbes Galerías y el Washington Square Park.

—¿Te apetece un café para llevar? —pregunta Víctor al ver un puesto en la calle —. Aquí están buenísimos —asegura.

—Pero ¿me lo vas a tirar encima? —Suelto una risotada.

—Intentaré no ser tan patoso esta vez.

—Entonces sí.

Entre parques, edificios, calles representativas y otros encantos de Nueva York la noche nos alcanza y aunque estamos cerca del hotel decidimos cenar algo antes de irnos a dormir.

Víctor me lleva a un romántico restaurante en Tribeca llamado Antique Garage.

El sitio es precioso, decorado con grandes lámparas y una luz débil y cálida que me hace sentir confortable. Me dejo llevar por él a la hora de pedir.

—No sé por qué me imaginaba Nueva York diferente —digo.

—¿Diferente cómo?

—No sé, quizá de tanto verlo en las series y en las películas me había creado una imagen más... glamurosa de la ciudad.

—¿No te ha gustado?

—Sí, sí. Me ha encantado, es solo que, no sé.

—De todas formas no has visto nada, necesitarías más de una semana para ver todo lo que esconde esta ciudad.

—¿Tú sueles venir mucho?

—Sí, a Nueva York vuelo bastante —asegura.

—Espero venir mucho yo también.

—Estoy seguro de que sí —dice mostrándome su perfecta sonrisa.

—¿Cuántos años llevas en la compañía?

—Pensé que iba a preguntarme la edad —dice entre risas.

—Podría verla en *General deck* si quisiera.

—Vamos que no te interesa lo más mínimo —su voz suena algo débil.

—No es eso, me refiero a que... bueno si quisiera verla...

—Llevo doce en la compañía y tengo cuarenta y dos años para que no tengas que mirarlo en la *General deck*.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiséis.

—Parecías mayor.

—¿Mayor? ¿Me estás diciendo que estoy estropeada?

—No, no. Perdona, no era mi intención ofenderte, quiero decir que se te ve muy madura hablando y...

—Sí, inténtalo arreglar ahora.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

—Ya nada.

—¿Un postre? —dice él muy resuelto.

—Te perdono si es tarta de *Apple pie* típica de Nueva York.

Terminamos con el postre y pedimos la cuenta. Víctor mete la mano en el bolsillo y saca su cartera de piel negra de Hugo Boss.

—No voy a permitir que pagues la cena —digo indignada.

—Esto es por haberte dañado la camisa con el café.

—La camisa está perfecta, con un lavado quedó como nueva —saco mi cartera del bolso dispuesta a pagar.

Aún me queda parte del finiquito que cobré de Zara.

—Por favor, Ana —Víctor pone su mano sobre la mía para detenerme y en ese momento yo siento una corriente recorrer mi cuerpo.

Le miro a los ojos e intento hallar una respuesta a esto que siento, pero me acabo perdiendo en ellos. Cómo puede ser tan guapo, tan atractivo, tan sexy, tan varonil, tan... ¡Basta! ¡Ana, para!

Él retira de inmediato su mano.

—Lo siento —se disculpa como si me hubiese ofendido.

No sé qué decir. Ojalá no hubiese apartado su mano de la mía, ojalá me hubiese besado aquí mismo. Sus labios son tan carnosos...

Nos vamos al hotel. Caminamos despacio, como si no quisiéramos llegar nunca. Al menos yo no quiero que este momento se acabe. Me parece que todo es un sueño del que voy a despertar pronto. Solo por esto ya ha merecido la pena todo lo que he tenido que pasar en el dichoso curso.

Víctor me enseña algunas de las calles principales y disfrutamos del alumbrado navideño. Quedo impresionada con las incontables luces y la mágica decoración en general. Las luces navideñas que decoran las casas son impresionantes. Se ve que aquí la gente vive la navidad con intensidad e ilusión. Los escaparates de las tiendas parecen auténticas obras de arte.

Llegamos al hotel, cogemos el ascensor en silencio, presiono el botón 12, él presiona el 21, está casi a diez plantas de distancia de mí. El ascensor se abre, por un momento casi le doy dos besos para despedirme, pero recuerdo que en esta compañía no es costumbre hacer eso y no se me puede olvidar que somos compañeros de trabajo, bueno en realidad más que compañeros él es un superior en rango, no se me puede olvidar ese detalle.

—Hasta mañana —me despido cuando el ascensor se detiene.

—Hasta mañana, descansa —dice él con cierta tristeza en el tono.

Las puertas del ascensor se cierran.

Entro en mi habitación con la sensación de que he dejado algo atrás, después de pasarme todo el día con Víctor.

Tiene unos ojos como faro, y yo soy estoy perdida en el mar, lo único que veo es su mirada. Decido ponerme una serie en Netflix para desconectar antes de dormir. Trato de conectar mi cuenta a la televisión del hotel, pero algo falla. En ello me encuentro cuando recibo un mensaje. No puede ser, miro la foto de perfil, es Víctor, ¿cómo ha conseguido mi teléfono? Qué pregunta tan absurda, está en el grupo que creó la sobrecarga para esta operativa.

Lo he pasado muy bien hoy contigo.

¿Conmigo? Si no hubiese añadido eso no le habría dado importancia, pero ha dicho conmigo. No tardo ni un minuto en responderle.

Yo también lo he pasado muy bien contigo, gracias por enseñarme la ciudad.

De nada, ha sido un placer. Bueno voy a dormir. Descansa

Yo voy a ver si consigo poner mi cuenta de Netflix en la TV de la habitación para ver una serie.

Tienes que conectarla por bluetooth a tu dispositivo y ponerla como pantalla secundaria.

¿Qué? No sé cómo se hace eso.

Es muy fácil ¿quieres que vaya a conectártelo?

En realidad, quiero que me conectes otra cosa...

No quiero molestarte

No es ninguna molestia, bajo. ¿Qué habitación tienes?

1205

No recibo más mensajes de él. Me pongo nerviosa solo de pensar que está a punto de llegar. Me miro en el espejo de baño, menudas ojeras. Me suelto el cabello y me lo agito un poco.

Llaman a la puerta. Abro y me lo encuentro con una sonrisa de oreja a oreja.

—A ver qué le pasa a esta televisión...

—Entra.

—Vamos a conectarle a la princesa su cuenta de Netflix para que pueda ver su serie favorita.

—En realidad ahora no estoy engancha a ninguna serie.

Aunque me da a mí que pronto sí voy a estarlo, la serie en cuestión se llama Víctor.

—Yo estoy viendo La casa de papel, al final un colega me ha enganchado, tanto hablar de la puta serie... La cuarta temporada es brutal.

—No la he visto.

—Pues te la recomiendo.

Coge el mando y toquetea un poco la tele y la conecta a mi móvil.

—Tendré que verla entonces.

Deseo que la operación dure mucho, no quiero que se vaya tan pronto.

—Listo —dice.

—¿Ya? —digo sin dar crédito.

—Sí.

—Qué rápido eres.

—No siempre soy tan rápido.

Se me caen las bragas.

Nos quedamos mirándonos, no sé por cuanto tiempo.

Cada vez siento que estamos más cerca el uno del otro. Me pierdo en el azul de su mirada, aunque no sé si azul sea el nombre más apropiado para un color tan chispeante, pigmentos verdosos se funden con un verde agua embriagador. El tiempo parece haberse detenido.

—Será mejor que me vaya —dice demasiado cerca de mis labios.

—Víctor... —Se me corta la respiración.

Cierro los ojos y siento como si se acabara el mundo. Nos besamos, no sé si ha sido él quién me ha besado a mí o si por el contrario he sido yo, que no he podido resistirme, la cuestión es que nuestras lenguas están enredadas. No quiero que se vaya a su habitación, pero tampoco puedo permitir que esto que hemos comenzado continúe. No puedo saltarme las normas en mi primer vuelo.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta en tono serio.

He debido hacer algo que me ha delatado. Quiero decirle que sí, pero también quiero decir no. Finalmente, ningún monosílabo sale de mi boca. Me limito a besarle.

Sus manos se aferran a mí, me agarra con tanta fuerza que parece que quiere fusionarme a él. Le bajo la cremallera de la sudadera que lleva puesta y se la quito dejándola caer en el suelo. Ese primer paso desencadena en un juego de despojo de prendas que nos deja en una deleitable desnudez.

Contemplo su fornido cuerpo, me encanta ese vello recortado del pecho. Siento que estoy ansiosa por devorar su cuerpo, no sé qué me pasa, debe ser que hace tiempo que no me encuentro en esta situación o quizá es que este hombre me pone demasiado cachonda.

Recorro su torso con mis labios bajando lentamente. Su miembro bombea pidiéndome a gritos que lo introduzca en mi boca.

No puedo resistirme, me arrodillo y saboreo su sexo.

Pasa su pulgar por mis labios, le miro a los ojos. Se quita los zapatos y los calcetines. Me ayuda a incorporarme y me desnuda.

Quiero tenerlo dentro de mí. Él parece leer mis pensamientos y me besa fogoso, luego me tumba en la cama.

Desliza sus dedos por mi cuerpo y se detiene en mi clítoris. Estoy húmeda, muy húmeda. Introduce un dedo, luego otro. Estoy lista para él. Saca sus dedos y me penetra.

Está bien dotado, siento mis músculos acomodarse a su tamaño lentamente. Víctor se mueve despacio, hasta que se hunde en mí por completo. Entra y sale sin prisas. Gimo de placer. Estoy muy excitada, él lo percibe, porque acelera el ritmo de sus embestidas. Un calor recorre todo mi cuerpo.

Estoy a punto de desvanecer, siento que todo se torna negro, agarro las sabanas con fuerza y grito de placer. Víctor derrama toda su esencia en mi pecho y se desploma junto a mí.

Se levanta a por papel y me limpia con delicadeza.

Permanecemos tumbados en la cama sin decir nada. Ha sido todo tan rápido que apenas tengo tiempo de asimilarlo.

—Me voy yendo, querrás ver tu serie —susurra al cabo de un rato.

Su comentario no me gusta. No digo nada y supongo que él toma eso como un sí porque comienza a vestirse. En realidad, no quiero que se marche, pero parece que él prefiere irse.

Me levanto de la cama completamente desnuda y bebo un poco de agua. Él está de pie, frente a mí completamente vestido.

—¿Tienes prisa? —pregunto sin rodeos.

—No, en absoluto, pero he supuesto que querrás ver la serie.

—¿Y por qué lo has supuesto?

—Porque te he preguntado y te has quedado callada.

—No siempre hay que decirlo todo tan claro.

—Entonces ¿quieres que me quede?

—Sí.

—¿Ves?, a veces es mejor decir las cosas claras, todo sería más sencillo ¿no crees?

—Bueno, hoy en día nada es sencillo en las relaciones.

—Nosotros lo hacemos complicado.

—Vosotros los hombres —digo de broma para ver su reacción.

—Nosotros en general, hombres y mujeres —dice en tono serio.

—Estaba bromeando.

—Tengo que conocerte más para saber cuando bromeas. —Sonríe.

—¿Me estás diciendo que te gustaría conocerme?

Permanece callado. Se sonroja.

—Me encantaría ¿crees que es posible?

Sin responderle a su pregunta le beso en los labios. La situación me parece de lo más rocambolesca, el completamente vestido y yo completamente desnuda.

—Uf, si no me voy ahora no respondo de mí —dice tocándose su miembro que vuelve a estar muy duro.

Sonríó y sigo besándole al tiempo que le quito la ropa. Me besa con ansia y de nuevo me pierdo en su boca.

Pasa sus manos por mis muslos y las lleva hasta mi húmeda entrepierna. Juguetea. Estoy empapada. Introduce varios dedos, luego los saca y me los mete en la boca. Percibo el sabor salado de mi sexo.

Mis pezones se endurecen y él los muerde.

Regresamos a la cama, me abre las piernas y lleva su boca directa a mi clítoris, comienza a chuparme, lo succiona, me restriega su barba. Gimo de placer. Estoy muy excitada.

Me pone a cuatro patas y coloca la punta de su polla en mi vagina. Noto como mis fluidos se deslizan por mis piernas.

Víctor se introduce en mí.

—Estás empapada —susurra en mi oído.

Continúa penetrándome al tiempo que con su mano acaricia mi clítoris.

Jadeo.

Mis pechos se mueven al compás de sus embestidas.

—Me pones demasiado. Voy a correrme —jadea Víctor.

Me dejo ir al tiempo que él lo hace. Caigo agotada.

—No me puedo creer que hayamos hecho dos veces esto sin preservativo —digo mirando al techo.

—Ya, ¿tú tenías?

—No.

—No sabíamos que esto iba a pasar. De todas formas yo estoy bien, no suelo hacerlo así.

«Eso le dirás a todas».

—¿Vas al gym? —pregunta.

—No, ¿por qué?

—Qué suerte, tienes un cuerpo perfecto.

—Y tú.

—Yo me paso horas en el gym para estar medio decente —ríe.

—Medio decente dice... Tendrás poca vergüenza —me río.

Me agarra por la cintura y tira de mí. Me besa. Se tumba sobre mí y me mira a los ojos.

—¿Por qué eres tan hermosa?

Me encojo de hombros y sonrojo, pero no le aparto la mirada, soy incapaz de dejar de contemplar sus ojos.

—¿Siempre eres tan halagador?

—Solo cuando me gusta alguien.

Solo de escucharle decir eso, con ese tono de voz tan seductor ya me arde la entrepierna.

Entre juegos, besos, caricias y abrazos vuelve a hacerme suya, pero en esta ocasión es una mezcla extraña entre hacer el amor con alguien a quien parece conocer de toda la vida y practicar el sexo duro de una noche loca.

—¿Sabes? Es la primera vez que lo hago tres veces seguidas —confiesa casi sin aliento.

Me limito a sonreír. Su comentario me gusta, me hace sentir especial.

—Me vas a volver loco.

Loca estoy yo. No sé qué me pasa, pero hacía tiempo que no sentía esto por nadie, tengo miedo a que mañana todo haya terminado, a que dentro de un rato él se marche y yo me sienta usada. No sería la primera vez que algo así me sucede.

Tengo que evitar dejarme llevar tan rápido. Él estará acostumbrado a tener a la tía que quiera, si se lo pongo fácil perderá el interés, pero es que no puedo resistirme. Me acerco a él, huelo su piel y me vuelvo loca. Le beso en el cuello, el aroma a sexo me seduce. No quiero que esta noche acabe nunca.

Me quedo dormida entre sus brazos hasta que el vibrar de su móvil me despierta. Se levanta de la cama sigiloso. Finjo seguir dormida. Se mete en el baño y cierra la puerta con cuidado. Le oigo hablar con alguien muy bajito, pero apenas distingo de qué están hablando. Me parece escuchar el nombre de Estrella, pero no estoy muy segura.

Él sale de la habitación con sumo cuidado, como si no quisiera despertarme, aunque en realidad estoy segura de que lo que no quiere es decirme que se va.

En cuanto cierra la puerta siento un vacío en el pecho que me duele. Parece que me hubiese tragado un erizo y se me hubiese quedado atravesado en las entrañas.

Paso una noche malísima, no puedo dejar de pensar en lo sucedido.

Por la mañana me levanto muy temprano, me ducho y bajo a desayunar. Apenas hay dos personas desayunando en mesas diferente y nadie de la tripulación. Hoy tenemos el vuelo de regreso a las tres, bueno a esa hora firmamos nosotros, el vuelo sale más tarde. Supongo que mis compañeros estarán descansando.

Me sirvo algo de fruta del bufet y tomo siento. Agradezco que Víctor no esté por aquí no me atrevería a mirarle a los ojos después de lo que pasó anoche. Aún no entiendo cómo pude permitir que sucediera esto en mi primer vuelo. Soy una estúpida por pensar que yo para él soy diferente, estará cansado de follarse a todas las azafatas monas con las que coincide.

Termino el desayuno y me subo a la habitación, hago las maletas y plancho mi uniforme. Una hora antes del vuelo comienzo a maquillarme.

A las dos y veinte estoy en el *hall* del hotel, hago el *check-out* y me siento en un sofá, saco mi libreta para repasar los procedimientos antes del *briefing*, justo en ese momento aparece Víctor, con tu espectacular uniforme, dejando tras de sí un aroma embriagador. Se dirige al mostrador y le deja la tarjeta de su habitación a la recepcionista. Tras ello, viene directo a donde yo y dos compañeras más nos encontramos sentadas. Disimulo y me pongo a leer los procedimientos en silencio, incluso muevo los labios para que piense que concentrada.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —digo sin levantar la vista de mi libreta.

Mis compañeras se han puesto a darle conversación, pero él parece no entrar.

—¿Y tú, Ana? ¿Cómo has dormido? —pregunta.

—A partir de media noche bastante bien —levanto la cabeza y sonrío.

Como si no me hubiese dolido que me dejara sola.

—¿Y qué pasó antes de la media noche? ¿No podías dormir? —Me reta delante de mis compañeras que no sospechan nada.

—Digamos que tuve un... pequeño traspies.

—Vaya, ¿en la ciudad?

—No, en el hotel —fuerzo una sonrisa.

—Espero que no sea nada grave y te impida llevar a cabo tus labores durante el vuelo.

—En absoluto, ya estoy completamente recuperada —vuelvo a sonreír.

Él no dice nada, parece que se ha quedado sin palabras. Vuelvo a concentrarme en mi libreta. De pronto noto vibrar mi teléfono. He recibido un mensaje de un número que no tengo guardado. Desbloqueo la pantalla.

Con esa sonrisa es imposible negarte nada.

No le contesto, pero no importa, mi sonrisa acaba de hacerlo por mí. Me pone nerviosa con el uniforme, esperemos que esto pase cuanto antes, necesito volver a casa y olvidarme de lo sucedido, juro que no me volveré a liar nunca más con un piloto.

Comenzamos el *briefing* y la sobrecarga nos da todas las indicaciones relativas al vuelo, luego hablan los pilotos, tras ello nos recogen y nos llevan al aeropuerto.

El vuelo transcurre con normalidad hasta que escucho a dos compañeras cotillear y hablar de Víctor en el *galley* (pequeña cocina). Me pongo a preparar un café como si no estuviese prestando atención a lo que están hablando.

—A mí también me parece raro que Estrella no esté en este vuelo.

—Sí, es raro, ellos siempre vuelan juntos.

Escuchar el nombre de Estrella hace que me ponga nerviosa y se me caiga el vaso con el agua caliente que había preparado para el café.

—Ana, ten cuidado te vas a quemar —dice una de ellas.

—Lo siento, ¿estáis bien?

—Sí, espera te ayudo.

Recojo el agua con su ayuda, quiero preguntarle quién es Estrella, pero no quiero parecer chismosa y resulta bastante obvio quién es. No me puedo creer que haya sido tan estúpida de pensar por un solo segundo que este tío quería algo serio conmigo.

Las chicas continúan hablando, pero no puedo enterarme de la conversación, porque me toca entrar en *cockpit* para ver si los pilotos necesitan algo. Cuando entro en la cabina, el segundo me pide que me quede unos minutos que quiere salir a estirar las piernas.

Obviamente no me puedo negar, aunque quisiera, así que me quedo a solas con Víctor. Deja los documentos en una carpeta y me mira. Quiero preguntarle por qué se fue anoche, quién es la tal Estrella, pero sé que la respuesta no me va a gustar. Opto por no decir nada.

—¿Cómo va tu segundo vuelo? —pregunta sonriente.

—Bien.

—Tranquila, no te voy a hacer ninguna pregunta de procedimientos.

—Gracias —respondo seca.

—Anoche lo pasé muy bien —parece sincero.

—Me alegro.

—¿Te pasa algo? —pregunta sorprendido.

—No, ¿debería sucederme algo?

—No, por eso pregunto.

Se acerca lo suficiente como para que su aroma embriague todos mis sentidos. Tiene los ojos brillosos. Se humedece los labios como si fuese a besarme. Se acerca, creo que va a besarme. En ese instante me aparto.

—Esto no está bien —digo decidida mientras me pongo de pie.

—Lo sé, pero me da igual. —Se levanta, me gira hacia sí y me besa.

Sus carnosos labios se unen con los míos en una encrucijada, siento el dulce paladar de su boca inundar todos mis sentidos, su lengua se mece con la mía en un baile que me hace perder la cabeza. Mi cuerpo reacciona a cada estímulo.

—Será mejor que me vaya —digo decidida.

—No puedes, te estarías saltando el protocolo, ya sabes que no me puedes dejar solo en la cabina de mando.

Será capullo.

En ese momento se escucha a alguien introducir el código de seguridad, la puerta de *cockpit* se abre, es el segundo que llega con un café en la mano.

Estoy salvada.

—Bueno si no necesitáis nada más me marchó, que mis compañeros me necesitaran.

—Gracias —dice el segundo

—Hasta luego, Ana —dice Víctor con una sonrisa.

Salgo y cierro la puerta tras de mí. Me apoyo en ella y miro hacia arriba, necesito un poco de aire fresco, esta situación me asfixia.

—¿Te encuentras bien? —pregunta una compañera que me ve al pasar.

—Sí, sí, es solo que estaba mirando esa luz.

—¿Qué le pasa? —Se acerca y mira hacia arriba comprobando que está todo bien.

—Nada, es solo que quería identificarla con las que estudié en el manual.

—Ah, vale, como sois los nuevos. Yo ni me acuerdo del nombre.

—Es una luz de emergencia de techo, hay veinticuatro en todo el avión —digo salvada por mi imaginación y mis conocimientos teóricos aún frescos.

—Pues muy bien.

El vuelo continua sin mayor complicación.

Al llegar a Madrid nos despedimos todos y me dirijo a coger el metro. Estoy esperando el ascensor cuando su voz me sorprende por detrás.

—¿Dónde vas? —pregunta Víctor.

—A coger el metro.

—Sí, me refiero ¿adónde?

—Hacia mi casa.

—Te acerco si quieres, me pilla de paso.

En ese momento recuerdo que no, que no le pilla de paso porque no vivo donde él cree que vivo.

—No te preocupes.

—Sí, claro que me preocupo, estás cansada del vuelo, no tienes por qué esperar el metro, puedo acercarte yo sin problema.

—De verdad.

—¿Prefieres coger el metro antes que venir conmigo? ¿Tan mal huelo? —bromea.

—Un poco sí, pero no es por eso.

—Ah, gracias y... ¿entonces?

—¿No te vas a dar por vencido?

—No.

—Está bien, voy contigo —digo resignada, pues cuando me deje donde cree que vivo tendré que coger un metro hasta mi casa, por lo que tardaré el doble.

Sería tan sencillo explicarle dónde vivo y porque aquella noche le dije que vivía en el mismo barrio que mi amiga. No sé por qué me cuesta tanto decírselo.

El ascensor se abre y ambos entramos. Estar tan cerca de él me estremece.

—¿Estás bien? —pregunta sin quitarme ojo de encima.

—Sí, solo estoy algo cansada.

—Es normal, ha sido un vuelo largo y el cambio de hora también afecta, bueno y el hecho de que solo durmieras después de la media noche.

—¡Qué gracioso!

—¿Te espera alguien en casa al llegar? —pregunta como si quisiera saber si estoy con alguien.

—Sí.

—¿Sí? ¡Qué suerte!

—Bueno...

—¿Quién te espera? —pregunta curioso.

—¿Tanto te interesa?

—Mucho.

—Mi tía. ¿A ti te espera alguien?

Mierda, mierda, para qué le pregunto.

—No.

—¿Entonces vives solo?

—¿Tanto te interesa?

—En realidad no —respondo altiva.

Las puertas del ascensor se abren y él hace un gesto con el brazo indicándome que salga primero. Agarro la maleta y salgo del cubículo.

—Por aquí —me indica en dirección al *parking* del aeropuerto.

Llegamos a su espectacular Jaguar. Abre el maletero, me coge la maleta y la sube al coche. Se apresura a abrirme la puerta y me siento ridícula.

—¿Qué estamos en una película? —pregunto entre risas.

Él no dice nada, solo sonrío. Cierra mi puerta con cuidado y se monta en el coche. Arranca y salimos del *parking*.

Nos adentramos en el tráfico de las concurridas carreteras que dan acceso al centro de la ciudad.

—¿Quieres que lo ponga descapotable? —pregunta cuando paramos en un semáforo.

—Quizá haga algo de frío ¿no crees?

—¿No será que no quieres despeinarte?

Sonríó y hago un movimiento negativo con la cabeza.

—Tienes razón, hace frío. Ya tendremos tiempo de dar un paseo con el escapotable cuando llegue el buen tiempo.

Su comentario me deja pensativa, ¿quiere eso decir que piensa seguir viéndome?, pero ¿y la tal Estrella? Según él no tiene pareja, pero algo tiene que haber entre ellos, de lo contrario él no dejaría mi habitación a media noche para hablar con ella ni la gente iría diciendo que siempre vuelan juntos. ¿Qué pretende?, ¿engañarla?, ¿engañarme? Me siento tan confundida. No digo nada, solo apoyo mi cabeza en el asiento y miro el paisaje.

¿Qué es esto que siento en el pecho? Por un lado estoy deseando llegar a casa, darme una ducha, encerrarme en mi habitación y desahogarme, pero por otro quiero hablar con él, preguntarle por esa tal Estrella, saber qué tiene exactamente con ella y qué va a pasar entre nosotros.

Hacía tanto que no estaba tan sentimental que este descontrol de emociones va a acabar conmigo.

—¿En qué piensas? —Curioseas.

Ojalá pudiera responderle con sinceridad a su pregunta, pero en pleno siglo XXI estamos obligadas a ocultar nuestros sentimientos si no queremos parecer unas románticas empedernidas.

—En que tengo ganas de llegar y descansar.

—¿Qué planes tienes para mañana?

—Pues no sé aún, supongo que quedaré con Valeria, ¿por qué?

—No sé había pensado que quizá podríamos cenar.

—¿Nosotros?

—Claro, ¿quién si no?

—Ah.

—¿Qué pasa?

—No, nada.

—¿No te apetece?

—Sí —no me da tiempo a pensar la respuesta cuando este dichoso sí sale de mi boca.

—Perfecto, entonces mañana te llamo para concretar.

Y eso es lo último que hablamos, porque dos semáforos más llegamos a la calle de Valeria, justo donde él cree que vivo yo.

Detiene el coche y antes de bajarme le doy un beso en la mejilla, bueno esa era mi intención hasta que él ha girado la cabeza y me ha besado en los labios.

—Te llamo mañana —ha dicho seguro de sí mismo, luego se ha ido.

¿Lo peor?, alejarme de él y tener que ir hasta el metro caminando con la maleta para llegar a mi verdadera casa. ¿Lo mejor? No hay mejor.

Llego a casa, mi tía está sentada en el sillón del salón. Me saluda, pero no me pregunta por mi primer vuelo. Dejo la maleta en mi habitación y voy directa a la cocina, me apetece un yogur o algo de picar, pero mi sorpresa es que está completamente vacía, apenas hay un par de tomates, un pimiento, queso y leche.

No voy a discutir con Consuelo, no merece la pena alterarme. Me meto en el baño, me desnudo y entro en la ducha.

Dejo que el agua caliente mi cuerpo. Necesito un poco de calor. Mis lágrimas se mezclan con el agua. No sé qué me pasa, debería estar contenta por tener nuevo trabajo, sin embargo estoy algo deprimida.

A la mañana siguiente me despierta el teléfono, es un número que no tengo guardado.

—¿Sí?

—Buenas días, bella durmiente o quizá debería de decir buenas tardes.

Esa voz es demasiado bonita para ser real.

—¿Qué hora es? —pregunto desorientada

—Las dos de la tarde.

Vaya, qué raro que mi tía no me haya despertado con sus habituales ruidos.

—¿Qué sucede Víctor?

—Nada quería confirmar que nuestro plan de esta noche sigue en pie.

—No lo sé, es que aún no he podido hablar con Valeria.

—Entonces tengo preferencia, yo he propuesto el plan primero.

—¿Y cuál es el plan exactamente? —sonrío, aunque estoy segura de que él no lo percibe.

—Tengo planeado llevarte a un restaurante que te va a encantar.

—Ya lo tienes planeado y todo.

—Ya tengo hecha incluso la reserva.

—¿A qué hora es la reserva?

—A las nueve.

—Intentaré estar lista entonces

—¿Eso es un sí?

—Luego te veo —sonrío y esta vez me aseguro de que lo percibe, luego cuelgo sin despedirme.

Comienzo el día con mucha más energía, el haber podido descansar parece que me ha despejado la mente.

Mi tía parece callada, pero solo lo parece, en cuanto abro la puerta de la habitación ya está el lío formado.

—Vaya horas de levantarse, menuda holgazana —recrimina.

—Estaba cansada, ha sido un vuelo largo y además tengo *jet lag*.

—Tú lo que tienes es mucho cuento. Estoy enferma y no puedo sola con la casa. Hay que ir a la compra, que no hay de nada y también hay que limpiar la casa o no ves cómo está todo.

Me muerdo la lengua para no entrar en una discusión interminable.

El día se me pasa volando, aprovecho para ir al supermercado a comprar algunas cosas y para limpiar la casa.

Llamo a Valeria un par de veces, pero no responde a mis llamadas, tampoco a mis mensajes, eso me preocupa. Espero que no esté peor por lo de Sergio, su ex.

A eso de las siete de la tarde empiezo a arreglarme para la cena. Opto por un *look* casual, me pongo un mono de pierna ancha en color burdeos que me compré en rebajas. Elijo unos tacones bajos negros y un bolso a juego. El pelo me lo dejo suelto con ligeras ondulaciones.

A las ocho y cuarto salgo hasta el barrio Salamanca donde he quedado con Víctor, él sigue pensando que vivo ahí. No sé como le voy a explicar la verdad, va a pensar que me avergüenzo de mi barrio y que por eso le he mentido o peor aún, que soy una busca fortunas y solo he tratado de aprovecharme de él. Pero conforme más tiempo pasa más raro es contarle la verdad, debí decírselo ayer cuando me trajo después del vuelo, seguro que ahí lo hubiese entendido, ahora resulta muy extraño.

En el metro, como de costumbre, me mira todo el mundo, no me sorprende.

Quince minutos antes de las nueve, justo a la hora que hemos quedado por mensajes, estoy en mi supuesta calle. Su coche aparece un minuto más tarde.

—¡Qué puntual! —digo tras montarme.

—No está bien hacer esperar a una chica guapa.

Me quedo embobada como una tonta en esa sonrisa tan *sexy*. Me debato entre darle un beso y no hacerlo, opto por lo segundo.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, sin parar, aproveché para hacer la compra, cocinar y limpiar.

—Qué chica tan responsable.

—Bueno...

—Seguro que cocinas genial.

—Digamos que no se me da mal.

—Espero algún día tener el honor de que cocines para mí.

—Mientras sea solo un día...

A lo largo de la cena hablamos de todo, las conversaciones surgen sin que ninguno de los dos tengamos que forzarlas.

No sé en qué momento me atrevo a preguntarle si está comprometido.

—Pensé haberte dicho que estoy soltero.

—Sí, pero no sé...

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé —miento.

—¿Crees que si estuviera comprometido estaría aquí contigo? ¿Ese es el concepto de hombre que tienes de mí?

—Te escuché hablar con una tal Estrella la otra noche y en el *galley* se escuchan chismes.

—¿Qué chismes?

—Tampoco he prestado mucha atención, solo que voláis siempre juntos.

—Volábamos —aclara.

—Entonces... ¿es cierto?

—Estrella era mi pareja, hace más de dos meses que no volamos juntos.

Por alguna razón confirmar lo que ya me imaginaba me rompe el alma.

—Te has quedado muy callada.

—Estoy escuchándote.

—Pero yo ya he terminado de hablar.

Está claro que él está acostumbrado a cambiar de chica como de traje.

—No te creas todo lo que escuchas en los *galleys* —me advierte—. Sí, Estrella y yo hemos estado saliendo unos meses, pero la cosa no ha funcionado.

—¿Y por qué no ha funcionado?

—Buscamos cosas diferentes.

—¿Qué cosas?

—Ella se preocupa demasiado por cosas banales, es una persona muy superficial y yo busco algo más que un físico, algo más que sexo.

Me sorprende su respuesta.

—No pienses que no me gusta el sexo, quizá demasiado —aclara al ver que yo no digo nada—, es solo que me gustaría construir algo solido y duradero.

—Eso está bien. —Le doy un sorbo a mi copa de vino.

No sé por qué estoy algo nerviosa.

—¿Y tú? —pregunta sin rodeos.

—¿Yo qué?

—¿Tienes pareja?

—Pensé que esa respuesta ya quedó clara.

—No sé... quiero corroborarlo por segunda vez.

—¿Esa es la imagen que tienes de mí?

—No, absoluto —ríe.

—Llevo cuatro años soltera.

—Pues será porque quieres.

—Efectivamente —respondo y suena algo arrogante.

—Bien de ego.

—No, a ver es solo que... me gusta estar sola, prefiero estar sola a tener una relación con un hombre que no me satisfaga solo por decir tengo novio.

—Te entiendo. Y... ¿qué es lo que tiene que tener un hombre para satisfacerte?

—Buena pregunta —digo para ganar tiempo.

Él permanece en silencio, lo que me obliga a hablar de nuevo.

—No sé, sobre todo tiene que ser auténtico, sincero, que se muestre conmigo tal y como es y no una fachada que con el tiempo se cae.

—¡Con qué poco te conformas! —bromea.

—¿Poco? A mí ya me parece pedir demasiado, pero bueno también me fijo en que sea atento, caballeroso, fiel, que me haga sentir especial... No quiero aburrirte con eso.

—No me aburres en absoluto, al contrario, me interesa bastante.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero ver si cumplo con todos tus requisitos.

Me atraganto al darle un sorbo a mi copa, pero intento mostrar seguridad.

—¿Y los cumplés? —pregunto descarada.

—Hasta el momento sí.

Me sonrojo. Quiero preguntarle que cómo le gustan a él las chicas, pero eso me dejaría en evidencia, está claro que hasta ahora cumplo con lo que él espera de una chica, de lo contrario no estaría aquí sentado, no habría reservado en este sitio tan caro, ni me estaría preguntando por mi prototipo de hombre. Así que lo que mejor puedo hacer es mostrar un poco de seguridad en mí misma y omitir esa pregunta.

Cambiamos de tema cuando el camarero nos trae el postre. Luego Víctor pide la cuenta y salimos del restaurante.

—¿A dónde vamos? —pregunto cuando nos montamos en su coche y veo que toma una dirección distinta a la de mi supuesto barrio.

—¿A caso importa?

Conduce rápido, como si tuviese prisa por llegar a donde quiera que me lleve. Quizá me lleva a su casa, a tomar una copa. Qué más da, total ya me he acostado con él, no tiene sentido que me haga la estirada ahora, a parte yo también me muero por hacerlo de nuevo con él.

Continuo imaginando teorías hasta que detiene el coche frente al Hotel Palacio de los Duques Gran Meliá.

—Pensé que iríamos a tu casa —digo algo desilusionada.

No es que no me gusté la idea de pasar la noche en un hotel de lujo, es solo que me parece demasiado frío e impersonal. Me hace sentir como si fuera una...

—Es que vivo aquí.

—¿Aquí? —pregunto extrañada.

—Sí, tengo mi casa propia en Sevilla, pero aquí en Madrid como apenas paso las imaginarias y algunos días, pues me alojo en el Hotel.

Deja el coche en el Parking y cogemos el ascensor. En cuanto se cierran las puertas se acerca con deseo a mí, pega mi espalda al ascensor y su pecho al mío. Me penetra con la mirada y posa sus labios sobre los míos.

Llevaba toda la noche esperando este momento. Sentir su dulce paladar me lleva a otra dimensión. Mi cuerpo se estremece.

Las puertas se abren y él se separa. Una pareja espera para entrar en el ascensor y nos mira con cierto... rencor. Ambos reímos. Víctor saca la tarjeta y abre la puerta de su habitación. Todo está decorado con una exquisitez sublime. Predominan los tonos en pastel y dorado, mezclados con un blanco impecable.

Sobre la mesa hay una cubitera con hielo y champan, y un plato de fresas, junto con algunos pétalos de rosas rojas alrededor.

En el baño también hay pétalos de rosas rojas y unas cuantas de velas encendida, parece que se ha encargado de que todo esté a punto para cuando llegásemos.

Me pongo un poco nerviosa al ver las velas, no me gustan, me incomodan bastante.

Abre el grifo del agua caliente y comienza a llenar el *jacuzzi*. Pone algo de música y abre la botella de champan. Me da una copa y me sirve, luego se sirve él.

Acerca su copa a la mía para que brindemos. Nuestras copas chocan, bebo sin apartar mi mira de la suya, él hace lo mismo. Luego va al baño y mira el *jacuzzi*.

—Ya casi está —asegura.

Me acerco con cuidado para comprobarlo.

—¿Estás bien? —pregunta al verme nerviosa.

—No me gustan las velas.

—Eres la primera persona que conozco a la que no le gustan, pero las apago ahora mismo, no hay problema. —Se acerca una por una y las apaga con un soplo.

Me besa, lo hace despacio, pero con deseo. Comienza a desvestirme lentamente hasta dejarme completamente desnuda frente a él.

Se desabotona la camisa, mientras yo le ayudo con el pantalón y cuando ambos estamos completamente desnudos me ayuda a entrar en el *jacuzzi*. El agua está caliente, en su punto, siento una cálida sensación recorrer todo mi cuerpo.

Víctor regresa a la habitación y coge las copas y la botella. No puedo evitar mirarle el culo. Menudo culazo tiene. Se gira y su viril miembro apunta erecto hacia a mí. Me excito.

Me da la copa de champan y se mete en el agua. Apenas tenemos tiempo de relajarnos, porque me agarro a su cuello y comienzo a besarle. Su miembro roza mi sexo bajo el agua, siento una sensación sumamente placentera.

Deslizo mis manos por su pecho cubierto de espuma, noto como su corazón bombea con intensidad. Nuestras lenguas juegan sin cesar. Entierra su mano

derecha en mi cabello, me agarra con fuerza y tira hacia atrás, luego clava su boca en mi garganta. Siento que me arde la piel.

Le acaricio la cara, el pelo, cuello, hombros, brazos... y acabo agarrando con fuera su miembro, lo masajeo debajo del agua. Percibo como su nivel de excitación aumenta por segundo. Doy un respingo cuando con su mano comienza a acariciar mi clítoris. Me pone a cien con ese movimiento.

Apenas nos conocemos y siento que me he vuelto adicta a él, necesito tenerlo dentro de mí, ni siquiera espero a que termine de masajearme o a salir del *jacuzzi*. Retiro su mano, abro bien las piernas y me siento sobre él, coloco su miembro en mi entrada y dejo que fluya. Gimo cuando lo siento dentro.

Él jadea y ruge con mis movimientos de cadera mientras me come a besos sin dejar de masajearme los pechos.

En una de sus embestidas resbalamos y ambos nos sumergimos por completo, salimos del agua envueltos en carcajadas.

Con delicadeza aparta la espuma de mi rostro.

Besos.

Caricias.

Saliva.

Mordiscos.

Placer.

Morbo.

—Pídeme que te folle duro —susurra.

—Fóllame hasta que me tiemblen las piernas —le suplico.

Al oírme a mí misma pronunciar esas palabras entró en un descontrol de sensaciones.

Sus embestidas adquieren un rito imparable. Su miembro se introduce hasta mis entrañas. Está a cien, lo veo en su mirada.

Comienzo a temblar de placer, tengo convulsiones. Un grito de placer sale de mi boca, sabe que he llegado al clímax y eso lo pone a mil. Sale de mí y un bufido sale de su boca.

Aún me tiemblan las piernas.

—Joder nena.

Le respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Estamos en la cama, abrazados, cuando el teléfono de Víctor suena.

Por un momento me imagino que es la misma persona que le llamó la última vez que estuvimos juntos. En esta ocasión él no se levanta de la cama para responder.

—¿Sí? —Parece tranquilo—. ¿A qué hora?

No escucho nada, ni me imagino quién puede ser a esta hora.

—Perfecto. Gracias —cuelga.

Quiero preguntarle quién era, pero no puedo inmiscuirme en sus asuntos de esa forma.

—Era Crew Control —dice como si me leyese el pensamiento—. Ha salido un vuelo.

—¿Ahora? —pregunto asustada.

—No, mañana por la tarde.

—¿Adónde?

—A Verona.

—La ciudad del amor. ¡Qué guay!

—¿Te quieres venir? —Me mira y descubro un brillo en sus ojos que me encanta.

—Ojalá, pero...

—¿Cuándo tienes programado tu próximo vuelo?

—No tengo programado próximo vuelo aún.

—Perfecto —coge el teléfono y hace una llamada.

—¿Qué haces? —le digo en voz baja, pero él ya está hablando con alguien de Crew Control.

Me llevo las manos a la cabeza cuando le escucho decir mi chequeo: Suárez. Definitivamente se ha vuelto loco.

Cuelga el teléfono y al instante recibo un SMS notificándome la modificación de mi plan de vuelo mensual. Me acaban de programar el mismo vuelo que a él.

—¡Esto no está bien! —le recrimino intentando parecer seria.

—No es algo que haga todos los días.

—Por Estrella lo hacías.

No me puedo creer que haya sido capaz de decirle eso.

—Es por la única que lo he hecho desde que estoy en la compañía.

—Parece que no será la última —digo con cierto resentimiento.

—No, lo serás tú.

—¿Yo? —pregunto sorprendida, no esperaba esta respuesta—. ¿Cómo estás tan seguro?

—Llámalo intuición.

Después de que Víctor me hable de Verona y compartamos fragmentos de Romero y Julieta nos quedamos en silencio el uno frente al otro. Tumbados en la cama. Observo como sus pupilas se dilatan, me fijo en el largo de sus pestañas, en el grosor de sus cejas y en lo poco pobladas que son. Me pierdo en sus labios sensuales y rosados. Le beso despacio porque por alguna razón sentir su boca junto a la mía se ha convertido en una adicción.

Él me agarra del cuello y desliza su lengua hasta mi clavícula. Noto como su bulto se atisba detrás de los bóxeres blancos que lleva puestos.

Me lame los pechos, juguetea con mis pezones y me excito. Sentir el roce de sus manos en mis muslos me pone muy húmeda. Junto a él experimento una sensación que hacía siglos que no experimentaba.

Me abre las piernas y mi sexo queda a su disposición. Me mira lascivo. Dirige su boca hasta mi vientre y me besa, desliza sus labios por mi piel con delicadeza hasta llegar a la parte más interna de mis muslos. Coge la copa de champan y me vierte un poco sobre mi sexo, luego lo absorbe con su boca y masajea mi clítoris con su lengua. Jadeo.

Se incorpora y se tumba sobre mí, noto como su viril miembro se abre paso entre mis piernas, no le cuesta demasiado introducirse en mí.

—Joder —ruge.

Se balancea hacia atrás y hacia delante. Sale de mí unos centímetros y de pronto me embiste por sorpresa. Grito de placer o de dolor, no lo sé, estoy demasiado excitada.

Le agarro el cuello y le beso en los labios mientras él me penetra con energía. Me mira a los ojos y repite la acción, vuelvo a sentir como su polla se clava en lo más profundo de mi ser.

Siento que me va a partir en dos. El sudor le recorre por la frente. Percibo como el orgasmo crece en mi interior, mis músculos se contraen, agarro con fuerza las sabanas.

Víctor se percata que estoy a punto de estallar y comienza a embestirme con mayor intensidad. Entra y sale cada vez más fuerte. Grito sin contención. Él jadea. Mi cuerpo explota y la habitación se inunda de placer.

Sale de mí y derrama su esencia sobre mi vientre y parte de mis senos. No puedo evitarlo y extendiendo su loción por todo mi cuerpo sin dejar de mirarle.

—Uf, no hagas eso porque me vas a poner muy malo otra vez.

Me besa en los labios y cae agotado a mi lado. Nuestra agitada respiración es lo único que se escucha.

Me incorporo y voy al baño.

—¿Quieres que te traiga papel? —Víctor se incorpora de inmediato.

—No, no, tranquilo, estoy bien.

Me meto en la ducha directamente. Siento el agua caer por mi cuerpo y un sinfín de dudas se apoderan de mí. ¿Será solo sexo? ¿Qué esto que siento? No puedo esperar de esto un cuento de hadas. Tengo que verlo como lo que es, sexo y diversión, sí eso es. Hace tanto tiempo que no me siento bien con un hombre que esto que experimento me supera, es como tener los sentimientos a flor de piel, como si tuviese la regla y hasta la más mínima estupidez me afectase. Sí, eso es, quizá me va a bajar. Ah, no, aún no me toca, en realidad hasta dentro de dos semanas no me tengo que poner mala. Entonces no sé por qué estas absurdas ganas de llorar.

Víctor abre la mampara de la ducha, me mira, le miro. Creo que me está pidiendo permiso para entrar, pero no veo que lo necesite a estas alturas, así que no digo nada, no hago nada.

Entra y pone sus manos en mi cintura, yo pongo las mías sobre su pecho, tienes unos pectorales muy trabajados, pero no es eso lo que me gusta, sino la sensación tranquilizadora que me provoca sentir sus latidos.

Me abraza con delicadeza, como si él también necesitara el contacto de mi piel. El agua empapa nuestros cuerpos, sus manos se deslizan sin prisas por mi espalda. Me besa el cuello y luego enjabona mi cuerpo.

Terminamos de ducharnos y nos metemos en la cama sin ropa.

Me da un beso en los labios y me gira poniéndome de espaldas a él pegándome a su pecho.

Por la mañana me despiertan los rayos de sol. Abro los ojos e inspiro, la habitación huele a sexo, a él. Es un olor embriagador, un olor que despierta todos mis sentidos. Mi incorporo y miro la hora de mi teléfono. No puede ser son casi las dos, apenas tengo unas horas para ir a mi casa, preparar las maletas, ponerme el uniforme y estar en el aeropuerto.

—¿Qué hora es? —pregunta Víctor frotándose los ojos.

—Demasiado tarde, son casi las dos —digo acelerada.

—No te preocupes, tenemos tiempo —me agarra por la cintura, me lleva hacia sí y me besa en los labios. Me aparto con disimulo, pues no me he lavado los dientes.

Él se percata y sonrío, pero no dice nada. Le beso en la mejilla y me levanto de la cama.

Estoy en el baño terminando de arreglarme cuando él aparece completamente desnudo tras de mí.

Me agarra por la cintura y me gira.

—¿Ahora sí puedo besarte con lengua o me vas a obligar a cepillarme los dientes primero? —pregunta entre risas.

Le beso y me inunda con su tórrida fragancia. Tengo que apartar el miedo de mi mente. Estoy aterrada, esto es demasiado perfecto para ser real. No quiero que se acabe.

—¿Estás bien? —pregunta al verme callada.

—Sí, es solo que vamos a llegar tarde —miento y me dispongo a seguir maquillándome.

—¿Dónde quieres comer? —pregunta mientras orina delante de mí.

—Me da igual, algo rápido.

—¿Te apetece *sushi*?

—Mucho.

—Pues entonces ya sé donde vamos a comer.

Después del almuerzo Víctor me deja en mi supuesto barrio y tengo que insistirle para que se marche, pues quiere esperarme ahí hasta que esté lista para ir juntos al aeropuerto. Por suerte consigo convencerlo y se va. Ahora me toca coger el metro e irme a mi casa de verdad.

Pienso en Víctor durante todo el trayecto, en que si lo pierdo me muero, nunca me había sentido tan bien con alguien.

Apenas nos hemos separado y ya le echo de menos. Abro la aplicación del trabajo y miro con detenimiento la hora de firma y la hora de salida del vuelo, también aprovecho para cotillear quién va en la tripulación, aunque no conozco a nadie aún. De pronto veo el nombre chequeo de Valeria entre la tripulación de cabina: *valemar* ¡No puede ser!

La llamo de inmediato.

—Ana, perdóname por no haber respondido a tus llamadas ni a tus mensajes, tengo mucho que contarte —me sorprende su efusividad.

—¿Sí? Yo también tengo mucho que contarte. —Sonrío.

—Me estoy preparando que hoy tengo un vuelo a Verona.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque vamos juntas! —grito y casi salto de alegría en mitad de la calle.

—¿Cómo que vamos juntas? Es imposible miré ayer la tripulación y no vi tu chequeo.

—Me lo programaron por la noche.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! —Parece ilusionada.

—Sí.

—Cuando te cuente te vas a morir —dice misteriosa.

—Bueno dame un adelanto.

—He conocido a un chico —confiesa.

—¿Dónde?

—En mi primer vuelo.

—Dime que no es piloto, por favor —digo en tono broma-verdad.

—No, es mecánico. Bueno, ingeniero, perdón.

—¡Tenemos mucho de que hablar! —aseguro.

—Te diría de quedar un poco antes en el aeropuerto para tomar café, pero no me da tiempo.

—Tranquila, yo también voy justa, pero ya tendremos tiempo durante el vuelo y en Verona.

—¡Qué guay! Un día entero allí sin hacer nada.

—Ya te digo. Bueno pues te veo luego.

—Un beso.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa de oreja a oreja, me alegra tanto escuchar así de ilusionada a Valeria. El hecho de que haya conocido a alguien y esté así de ilusionada confirma mi teoría de que ella no estaba enamorada de Sergio, solo era apego.

Mi felicidad dura solo unos segundos más, los que tardo en entrar en casa y escuchar a mi tía quejarse desde el salón.

—¿Dónde has estado? —Me regaña como si tuviera quince años.

—No te importa.

—¿Tú ves normal salir y entrar sin avisar? Esto no es un hotel, a ver si ahora te vas a creer una niña rica solo porque tengas ese trabajo de azafata.

—No soy azafata, soy tripulante de cabina de pasajeros.

—Lo mismo es, llámalo como quieras, pero no te creas ahora más fina que nadie, que sigues siendo una camarera solo que en el aire.

Pienso en lo que acaba de decir y me siento algo desilusionada. No le respondo y me encierro en la habitación.

Me tumbo sobre la cama y me siento como si todo lo que hubiese vivido en los días anteriores fuese un sueño y está la realidad. Mi vida real, de la que nunca podré salir.

—Si quieres comer tendrás que cocinarte tú, porque no hay nada preparado —dice mi tía desde el otro lado de la puerta.

—No voy a comer. ¡Déjame en paz! —grito.

No la soporto, me amarga la vida, lleva años haciéndolo.

Trato de no pensar demasiado en todo lo negativo que me rodea y comienzo a preparar las maletas para mi próximo vuelo. Me centro en el viaje en el que estoy a punto de embarcarme junto con mi mejor amiga y Víctor. Cuando le cuente a Valeria lo que ha pasado entre él y yo no me va a creer. Ni siquiera yo misma me lo creo.

Recibo un mensaje de Víctor por WhatsApp.

Deseando volver a verte.

Seguido de un emoticono de corazón. Quiero contestarle, pero no lo hago, no sé por qué, a veces soy así de estúpida. Supongo que la vida me ha enseñado a serlo, a

no dejarme llevar tanto como quisiera.

Me pego una ducha, me maquillo, me coloco el uniforme y salgo para el aeropuerto, no sin escuchar antes otro sermón de Consuelo, a la que dejo con la palabra en la boca tras cerrar la puerta de casa de un portazo.

—Me he acostado con Víctor —le confieso a Valeria después de que se haya llevado más de medio vuelo preguntándome qué es lo que tenía que contarle.

—¿Qué? ¿No?

—Sí —me tapo la cara.

—¿Te has acostado con el comandante? —suelta casi a gritos.

—Shh, baja la voz loca —le regaño, pues, aunque no haya nadie en el *galley*, cualquiera podría llegar.

De hecho es justo lo que sucede.

—Ana, te llaman en *cockpit* —dice María José, una compañera.

—¿A mí? —pregunto sorprendida y estoy segura de que me acabo de poner roja.

—Sí, a ti.

Valeria se ríe con disimulo.

—Vale, ahora mismo voy.

María José se va y a Valeria le falta tiempo para saltar.

—Me parece fatal que no me hayas contado esto antes, cuando yo te he contado todo lo mío con Raúl.

Raúl es el mecánico que se está tirando y del que está colada.

—Por eso mismo no te lo he podido contar antes, porque estábamos hablando de ti, pero tranquila aún no queda vuelo.

—Aterrizamos en menos de una hora —se queja.

—Bueno, pues cuando lleguemos. Voy a ver qué quiere.

—Que le des un beso, que va a querer...

—Me voy —digo entre risas.

Me recorro la cabina a toda prisa para que ningún pasajero me pida nada. Me parece escuchar alguien haciendo «shh, shh», «señorita» continua. Sé que se está dirigiendo a mí, sin embargo me hago la sorda. Me molesta mucho que me llamen así.

Llego al morro del avión y me detengo frente a la puerta de Cabina de mando, respiro antes de introducir el código de seguridad.

Entro y casi cometo el error de saludar. Aún no me acostumbro a tanto procedimiento. Permanezco en silencio al menos un par de minutos, Víctor me hace un gesto con la mano indicándome que me siente. Tanto él como el copiloto están hablando por radio, parecen concentrados. Toquetean algunos de los miles de botones que hay en cabina. Aprovecho para asomarme por la ventanilla desde aquí todo se ve diferente a como lo vemos desde la cabina de pasajeros, no sé si porque los ventanales son más grandes, por el tipo de cristal o sencillamente porque estoy en el cerebro de este aparato que nos mantiene en el aire a más de 30 000 pies de altitud.

—Voy a salir —dice el segundo.

Me limito a esbozar una sonrisa. En cuanto sale, Víctor se levanta y se abalanza sobre mí para plantarme un apasionado beso.

—¿Qué haces? ¡Estás loco! —digo nerviosa por si alguien nos ve.

—Tú me tienes así.

Una sonrisa se dibuja en mi cara.

—¿Dónde vas a dormir? —me pregunta mientras regresa a su asiento.

—En mi habitación.

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues como que no, quiero que duermas conmigo.

—Podrían vernos, acabo de conseguir este trabajo no quiero perderlo.

—No lo vas a perder.

—Claro que sí, si descubren lo nuestro estoy en la calle por saltarme el manual. A quien no van a echar es a ti.

—Eso no va a pasar.

—Por si acaso dormiré en mi habitación —aseguro.

—Entonces yo dormiré también en tu habitación.

Me río.

—No vas a darte por vencido, ¿verdad?

—¿Parezco desesperado? —Pone cara de niño bueno.

Quiero responderle que no, que yo estoy igual o más desesperada que él por pasar la noche juntos, pero pienso en hacerme la interesante.

—Un poco —digo al fin.

En ese momento noto como sus facciones cambian, parece afligido. No debería haber dicho eso, la he cagado. No sé jugar al amor, he perdido práctica.

—Estoy de broma —le digo al fin—. Pasaremos la noche donde tú quieras.

Esto último parece haberle gustado porque sus ojos vuelven a brillar.

—¿También haremos lo que yo quiera?

—Y lo que yo quiera.

—¿Y qué es lo que quieres hacer tú? —Su voz se vuelve provocativa.

—No te lo voy a decir ahora.

—¿No? Pues yo sí.

—¿Y qué es lo que quieres hacer? —pregunto ansiosa por saberlo.

—¿Llevas tanga o braguitas?

—¿Qué?

—¿Qué si llevas tanga o braguitas?

—Braguitas.

—A ver, enseñámelas.

—¿Aquí? —pregunto avergonzada.

—Sí.

Me subo el vestido y hago lo que me pide. ¿Cómo negarme?

—Umm ¡Qué bonitas! ¡Quítatelas!

—No.

—Pensé que íbamos a hacer todo lo que quisiera...

—Y lo que yo quisiera, también.

—Y ¿no quieres complacerme? —Pone la misma cara que un perrito esperando su galleta.

Me bajo las braguitas, me las quita y se las doy.

En ese mismo instante alguien marca el código de acceso y se abre la puerta. Víctor se guarda mis braguitas en el bolsillo interior de su chaqueta.

Una de mis compañeras entra. No recuerdo su nombre, pero sí lo mal que me cae. Desde el instante en que la he visto no me ha transmitido buenas vibraciones.

—¿Interrumpo algo chicos? —suelta con cierta ironía mientras se coloca bien la cola en la que lleva recogida su larga y rubia cabellera.

—No, yo ya me iba —digo al tiempo en que me levanto.

Ella aprovecha que he dejado el asiento libre para sentarse.

Miro a Víctor que permanece mudo y me dispongo a abrir la puerta.

—Vamos a comenzar el descenso en quince minutos —dice Víctor.

—Perfecto —me despido sin más.

Reconozco que me he puesto celosa, aunque ese «Vamos a comenzar el descenso en quince minutos» era una indirecta para que ella se fuera, aunque por procedimiento una de las dos debía quedarse hasta que llegue el segundo y está claro que tenía que ser ella, de otro modo hubiese sido demasiado evidente.

¿El qué hubiese sido demasiado evidente, Ana? Buena pregunta.

No me puedo creer que Víctor me haya dejado sin ropa interior.

—¿Qué te han hecho en *cockpit*? Traes mala cara —dice Valeria cuando me ve.

—Nada.

—Ah, entonces es eso, te has quedado con ganas de que te hicieran algo.

Ambas reímos. Por supuesto no le cuento a Valeria que voy sin ropa interior por el avión y cachonda como una perra.

—Ha llegado la tonta esa, la...

—¿Qué tonta? Hay tantas —me interrumpe.

—La rubia alta.

—¿La de las gafas?

—No, la otra.

—Ah, Elena.

—Eso.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que se ha quedado allí en *cockpit* con Víctor.

—¿A solas?

—Sí.

—¿Y tú por qué te has venido?

—Pues porque allí no pintaba nada, me da miedo a que alguien sospeche.

—Pero cómo no vas a pintar nada si él ha sido quien te ha llamado. La próxima vez no le des el gusto. Aquí saben mucho, que no te vean la cara de tonta.

Cuando llegamos al hotel, mientras esperamos a que nos asignen habitación hablamos de ir al centro de la ciudad a cenar, hacemos dos grupos de cuatro y cuatro para el Uber y quedamos a las ocho y media en el *hall* para salir juntos.

Valeria ha sido rápida y ha distribuido los grupos, así que yo voy con ella, Víctor y Cristian, un compañero.

Entro en mi habitación y no me da tiempo a desnudarme cuando ya he recibido un mensaje de Víctor.

Tengo algo que te pertenece. Déjame visitarte antes de salir.

No nos da tiempo, tenemos cuarenta minutos para ducharnos y vestirnos.

Yo solo necesito diez para llenarte de amor.

Seguro que puedes esperar.

Me vas a matar.

A este último mensaje le respondo con un emoticono de un beso. Me desnudo y me meto en la ducha.

A la hora prevista estoy en el *hall*, él aún no ha bajado, Valeria tampoco. Solo está Cristian, luce un pantalón chino en color verde botella y una camisa celeste que marca considerablemente sus bíceps.

—Pareces otro sin el uniforme —pienso en voz alta y me sonrojo.

—¿Eso es un piropo? —pregunta tímido.

—Sí —me río. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Valeria llega monísima, le ha dado tiempo a arreglarse el pelo y todo. Yo me he dejado una coleta.

Víctor baja el último, desde lejos puedo oler su perfume. Huele a él. Lleva puesto unos vaqueros y una camisa blanca.

—¿Me esperabais a mí? —pregunta rojo como un tomate.

—Sí, princesita —digo descarada.

Cristian me mira con sorpresa, mientras que Valeria abre los ojos como platos. Por suerte nadie más estaba presente. Este tipo de confianzas no son propias entre tripulantes y pilotos.

Pedimos el Uber y a los cinco minutos aparece en la puerta del hotel. Víctor se monta en el asiento del copiloto y yo me siento detrás, en el medio.

—¿Habíais estado antes aquí? —pregunta Víctor.

—Yo sí, es una ciudad con mucha magia —asegura Cristian.

—Ana y yo nos dejamos llevar entonces —suelta Valeria y noto como en sus palabras hay un doble sentido.

Llegamos al centro antes de lo que pensaba, el hotel está bastante cerca del casco antiguo. El conductor nos deja junto a Piazza Bra, una plaza enorme en el corazón de la ciudad, repleta de bares y cafeterías se convierte en un punto de encuentro lleno de vida.

—Ese es el Arena de Verona —dice Víctor señalando al anfiteatro romano.

—Es uno de los anfiteatros mejor conservados del mundo y el segundo más grande, por detrás del famosísimo Coliseo de Roma —añade Cristian.

—Fue construido en el siglo I d. C. y en el siglo XII resultó severamente dañado por un terremoto. En la actualidad se utiliza su interior para celebrar conciertos y diversos eventos —replica Víctor.

—¡Qué bien lo vamos a pasar! —dice Valeria con una sonrisa y percibo la ironía en su tono, porque la conozco demasiado bien.

En vista de que nuestros cuatro compañeros no llegan decidimos continuar sin ellos. Paseamos hasta llegar a Piazza delle Erbe.

—Esa torre de allí es... —Cristian nos explica.

—La Torre dei Lamberti —interrumpe Víctor.

—Nosotras queremos ir a la casa de Julieta —dice Valeria entre risas para quitar un poco de tensión al ambiente. Parece que Cristian y Víctor han entrado en una competición a ver quien sabe más de la ciudad.

—Eso, vamos a la casa de Julieta y luego a comer algo que me muero de hambre —añado risueña.

Víctor se acerca a mí con disimulo.

—Eso te pasa por no haberte querido comer el aperitivo antes de salir —me susurra al oído.

Caminamos unos metros y enseguida nos encontramos con uno de los símbolos más conocidos de esta ciudad.

—Esa es la residencia de Julieta —señala Cristian.

—Bueno, así se conoce, no hay evidencias de que en la vida real existieran uno Romeo y una Julieta —añade Víctor.

—Tampoco hace falta romper la magia —añado en defensa de Cristian, pues comienzo a cansarme de esta absurda competición.

Víctor enmudece.

—¿Quién me cuenta algo de esta casa? —suelta Valeria para quitar un poco de tensión.

Silencio.

—¿Ahora nadie habla? —insiste ella entre risas.

Silencio.

—Vamos Valeria hazme una foto aquí —digo señalando el gran portón.

—¿Os hago una juntas? —añade Cristian.

—Sí por fa —le ruega Valeria.

—Pero que se vea el balcón —puntualizo.

Nos hacemos varias fotos y veo que Víctor se acerca a la estatua de Julieta. Me acerco a él.

—¿Qué haces? Pervertido —pregunto al verle tocarle una teta a la estatua.

—Cuenta la leyenda que quien le toque a Julieta su pecho derecho, encontrará el amor —susurra.

—Así tiene la pobre mujer el pecho desgastado.

—¿No vas a tocárselo? —pregunta mirándome a los ojos.

—Sí, aunque creo que ya lo he encontrado —esto último se me escapa.

Víctor posa su mano sobre la mía y juntos tocamos el pecho de Julieta. Siento su aliento rozar mi cuerpo y la piel se me eriza.

—Yo no lo creo, estoy seguro de haberlo encontrado —me susurra al oído y noto sus labios rozar mi oreja.

—Vamos parejita —grita Valeria.

Continuamos con el paseo hasta llegar al restaurante que Cristian y Víctor han elegido.

La mayor parte de la cena transcurre sin más roces entre Víctor y Cristian, el vino parece haber relajado el ambiente y cenamos entre anécdotas y risas. Cristian nos cuenta sus experiencias en los viajes, él lleva varios años en la compañía, por el contrario Víctor parece muy callado.

Decido escribirle un mensaje de texto, porque está justo en frente de mí y no tengo como preguntarle si está bien sin que Valeria y Cristian se enteren.

¿Todo bien?

Ni siquiera se percató de que le he escrito, así que le doy una ligera patada por debajo de la mesa.

Me mira y se ríe. Señalo mi móvil con la mirada y lo pongo sobre la mesa. Parece haberme entendido y coge su móvil. Lee mi mensaje y lo ignora.

Se me cambia el semblante.

—Lo siento, tengo que atender esta llamada —dice Víctor mientras se levanta de la mesa y se va.

Recibo un mensaje suyo.

Levántate de la mesa y di que vas al baño.

No me lo pienso y hago justo lo que me dice.

—Voy al baño un segundo chicos —me disculpo.

Llego al baño y me encuentro a Víctor en la puerta, me siento como una adolescente. Abro la puerta del baño de chicas, compruebo que no hay nadie.

—Pasa —le indico.

Entra y cierro el pestillo.

—¿Qué sucede? —pregunto asustada.

Me besa con pasión.

—Esto sucede. No aguantaba más tenerte en frente y no poder besarte.

Me acaricia con ternura y vuelve a besarme. Me aparto discretamente.

—¿Por qué estás tan callado en la mesa?

—Porque no soporto ver como te mira Cristian.

—Es un compañero.

—Un compañero que te quiere follar.

—¿Qué dices? —pregunto sin dar crédito.

—¿No me digas que no te has dado cuenta?

—No.

—Quizá por eso me gustas tanto.

Vuelve a besarme.

—Anda, volamos a la mesa —digo intentándome apartar de él.

Me agarra del brazo y tira de mí hacia sí.

—¡Suéltame! —me quejo entre risas.

—Quiero follarte aquí.

—No —niego con la cabeza y me muerdo el labio inferior.

—Entonces sal antes de que me arrepienta de dejarte salir.

Volvemos a la mesa juntos y tanto Valeria como Cristian se nos quedan mirando, aunque ninguno dice nada.

Pedimos el postre y al rato la cuenta. Víctor paga y aunque Cristian pone impedimento, finalmente acepta la invitación.

Cuando llevamos más de diez minutos caminando Valeria se da cuenta de que se ha dejado el móvil en el restaurante, Cristian la acompaña mientras que Víctor y yo le esperamos en mitad de la silenciosa calle.

—Me encanta esta ciudad, es especial —confiesa.

—¿Has venido antes con Estrella? —suelto sin poder evitarlo.

—Sí.

—¿Por eso es especial?

Por alguna razón entristezco y él lo percibe.

—Mírame —me ordena mientras posa la palma de sus manos sobre mi rostro—. Esta ciudad nunca ha tenido tanta magia como la que tiene ahora que tú estás en ella.

Me besa y siento que el mundo se tiñe de color de rosa y corazones.

De pronto vuelvo a la vida real y me percato de que me estoy besando en mitad de la calle con él y que algún compañero puede estar paseando por la zona y vernos. Me separo.

—Nos van a ver.

Él resignado se aparta, me agarra la mano y me da un beso en los nudillos antes de soltarme.

Al momento Valeria y Cristian aparecen. Mi amiga levanta la mano en la que lleva el móvil y sonríe.

Regresamos al hotel y cogemos el ascensor todos juntos. Cristian y Valeria se bajan en la segunda planta, yo tengo pulsado el botón con el número tres y Víctor se baja en la quinta y última planta. Nos despedimos de mi amiga y Cristian, y nos quedamos solos en el ascensor. Apenas en unos segundos vuelven a abrirse las puertas en la tercera planta. Voy a bajarme cuando Víctor coloca su brazo impidiéndome el paso.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Usted hoy va a la *suite*.

Las puertas del ascensor se vuelven a cerrar y subimos hasta la quinta planta.

Entramos en su habitación, me coge de la mano y me lleva hasta el dormitorio. Predominan los colores blancos y los muebles con cristales y espejos.

Un cristal separa el baño del resto de la habitación generando un ambiente amplio y luminoso.

No tengo tiempo de seguir admirando los detalles de la estancia, porque Víctor comienza a desnudarme. Lo hace sin prisas. Se deshace de sus zapatos, se quita los pantalones y la camisa y se queda en ropa interior. Le observo expectante. No puedo evitar fijar la vista en la punta de su miembro, que asoma por su bóxer. Acaricio su polla con mi mano y masajeo su glándula con mi pulgar. Noto ese líquido gelatinoso en la yema de mis dedos y se me hace la boca agua.

No puedo evitarlo y me arrodillo ante él. Le bajo sin prisas la ropa interior y paso mi lengua por su erección. Poco a poco, me la meto en la boca hasta que mi garganta se relaja y entra entera. Él gime de placer.

Su nivel de excitación es tal que apenas me deja degustar su miembro. Me levanta y me deja caer sobre el colchón.

Comienza a darme mordiscos en los muslos. Juguetea con su lengua alrededor de mi clítoris.

—Uff, qué húmeda estás.

Sin dejarme lugar a réplica coloca su polla en mi entrada y de una estocada me lo introduce sin consideración.

No puedo evitar gritar. Él me tapa la boca con su mano para silenciarme y continúa follándome duro. No hay dolor, en este momento solo hay lugar para el morbo y el disfrute de dos cuerpos deseosos de consumarse sin censuras.

Saca y mete su polla sin cesar. Cada embestida me provoca un escalofrío. Me tiembla todo el cuerpo.

La lujuria recorre todas mis terminaciones. Siento que es dueño de mi cuerpo y esa sensación me excita.

Estoy a punto de correrme de placer.

—No te corras todavía, nena —me suplica.

Asiento con la cabeza buscando mi autocontrol, pero estoy a punto de explotar. Noto como mi orgasmo interior avanza descontrolado.

Víctor comienza a jadear, su ritmo es acelerado, da un alarido y entonces sé que ha llegado el momento de dejarme llevar.

Me permito explotar y ambos culminamos a unísono.

Nunca me ha gustado el sexo duro, nunca he dejado que alguien me follara con tanta intensidad, pero la forma en que él lo hace es muy diferente a lo que he

experimentado con otros hombres. Él me hace el amor con la mirada, con su boca, mientras que me folla con su miembro. Es una combinación inexplicable.

Víctor entrelaza sus brazos a mi cuerpo desnudo. El roce de su barba y su intensa respiración me reconfortan.

En este momento me siento la mujer más afortunada del mundo. Mi mirada se pierde en el gran ventanal de la habitación, a través del cual se puede contemplar a lo lejos la ciudad.

¿Y si la felicidad es esto? ¿Qué más podría pedir? Tengo un trabajo maravilloso, estoy en una ciudad de ensueño, en la suite de un hotel y junto a un hombre increíble. Sin embargo, me sigue pareciendo demasiado bonito para ser real.

En algún momento cierro los ojos y me quedo dormida.

Por la mañana bajamos por separado al desayuno, yo voy a mi habitación a ducharme y ponerme otra ropa. Aprovecho para llamar a Valeria y quedamos para bajar juntas.

Cuando llegamos al bufet del hotel nos encontramos que casi todas las mesas están ocupadas, esto nos pasa por venir tan tarde.

Veo al fondo a Víctor está sentado en una mesa con el segundo oficial, en la mesa también está Elena. Víctor me ve y me sonríe, yo le giro la cara sin saber por qué, puede que en el fondo me moleste verlo con otra o quizá es solo que me doy cuenta de que esta historia no va a ninguna parte.

No quiero tener que estar escondiéndome toda la vida, yo quiero una relación normal en la que ambos podamos hacer lo que nos dé la gana sin necesidad de ocultarnos, pero eso no va a pasar nunca porque el manual de la compañía prohíbe las relaciones sentimentales.

Valeria encuentra una mesa y nos sentamos antes de que nos la quiten.

—Voy a coger un poco de zumo, ¿quieres? —pregunta mi amiga.

—Vale.

No puedo evitar mirar a la mesa en la que se encuentra Víctor. Elena no para de mirarle y sonreír, está claro que esa tía le mola.

—Deja de mirar, pareces una quinceañera —ordena Valeria cuando llega a la mesa con los zumos.

—Tienes razón.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara.

—Nada.

—Nada, no. Algo te pasa. ¿No estarás así porque Elena esté sentada con ellos?

—No. Es solo que esta situación no me gusta.

—¿Qué situación?

—Pues esto —señalo la distancia que nos separan a él y a mí—. No quiero tener que estar escondiéndome.

—De momento es lo que toca, será algo temporal.

—No, no será temporal, no te has leído el manual.

—Sí, por eso mismo sé que es temporal. Si estáis casado no hay problema.

—Sabes que no pienso en casarme. Además esto no va a ninguna parte.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sé.

—¿Hay algo más que no me hayas contado?

—Hay algo que no le he contado a él y no sé cómo voy a hacerlo.

—¿El qué?

—Pues que se cree que vivo en tu barrio.

—Ay, qué tontería, Ana. Eso es una cagada.

—No, no lo es.

—Pues le dices la verdad, que se lo dijiste para que te dejara conmigo y no dejarme sola esa noche.

—Hemos quedado en Madrid y me ha recogido en tu zona.

—¿Qué?

—Sí, como lo oyes.

—¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé.

—¿Te avergüenzas de tu barrio?

—Muy orgullosa de vivir allí tampoco es que esté, pero no es por eso, es solo que tenía miedo de decírselo porque va a pensar que soy una materialista y que le he mentido intencionadamente.

—No creo, yo estoy segura de que si se lo explicas lo entenderá sin más.

Le doy un sorbo al zumo y permanezco en silencio un rato.

—Por cierto —interrumpe Valeria—. ¿Sabes qué me pregunto Cristian ayer?

—Sorpréndeme.

—Que si tenías novio.

—¿Yo?

—No, mi madre. No te digo.

—Pero... ¿y eso?

—¡Le gustas!

El resto del día lo pasamos juntas, Víctor me llama, pero ignoro sus llamadas, necesito estar con Valeria y pensar.

Bajamos a la ciudad y damos un paseo, nos encontramos un mercadillo y se nos pasa el tiempo volando. En realidad cuando estamos juntas las horas pasan demasiado rápido.

Caminamos por las calles de Verona sin un rumbo cierto. Vemos una terraza y nos sentamos a tomar unos vinos. Brindamos por la vida que tenemos, por lo que juntas hemos conseguido y por lo que somos gracias a nosotras mismas.

Me encanta verla sonreír y feliz, sobre todo después del palo que se llevó con su ex. Menudo capullo.

—¿Has hablado con tu mecánico?

—No le digas así, es ingeniero.

—Bueno, con Raúl el ingeniero —digo en tono de burla.

Ambas reímos.

—Sí, he hablado con él, hemos quedado mañana.

—¿Te va a poner a punto?

—Como te pusieron a ti anoche —bromea Valeria.

No digo nada y volvemos a reír.

—¿La tiene grande? —Curioseas.

—Demasiado —confieso.

—¿En serio?

—Sí, pero mi cuerpo la acoge bien.

—Ese tío lo tiene todo ¿no?

—Eso parece, pero en algún sitio tiene que estar la tara.

—Pues ya me dirás dónde, tengo curiosidad.

—¿Y tu ingeniero qué tal?

—¿Qué tal de qué?

—De herramienta, de qué va a ser.

—Bastante bien, aunque después de Sergio cualquier cosa me parece grande.

Rompemos a carcajadas.

Estoy descansando en la habitación del hotel cuando alguien llama a la puerta. Debe ser Valeria, así que abro casi sin pensarlo.

Para mi sorpresa me encuentro una figura mucho más masculina que la de mi amiga.

—¿Víctor?

—¿Puedo pasar? —pregunta en tono serio.

Abro la puerta y le hago un gesto con la mano para que pase. Me asomo al pasillo, para asegurarme de nadie nos ha visto y cierro la puerta.

—¿Cómo sabes mi número de habitación?

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas ni a mis mensajes?

—Responde —me cruzo de brazos.

—Ana, siempre le hago una foto a la lista de asignación de habitaciones. No tiene ningún misterio. Ahora dime ¿por qué no me has devuelto las llamadas ni contestado los mensajes?

—Porque he estado en el centro de la ciudad con Valeria y acabo de llegar hace un momento, me apetecía descansar. No tiene mayor misterio.

—¿Quieres que me vaya?

Parece muy serio, no me gusta verlo así.

—Quiero descansar un poco, estoy agotada.

De pronto camina hacia la puerta sin decir nada. Me adelanto y me interpongo entre él y la puerta.

—He dicho que quiero descansar, no que te vayas —aclaro.

Él respira hondo y mira.

—¿Y eso qué quiere decir? Porque me vas a volver loco.

—Que te quedes a descansar conmigo —confieso mientras le beso los labios. Huele tan bien que me lo comería entero.

Víctor responde apasionado. Me agarra de la cintura, me lleva hacia él y nuestros cuerpos chocan.

—No te prometo que vayamos a descansar solo —dice cuando nuestros labios se separa.

Efectivamente no solo descansamos, que también, pero después de ver una peli juntos, la cosa se pone muy caliente y acabamos haciendo el amor.

Tengo mi cabeza apoyada en su pecho, su respiración es calmada, tanto o más que la mía.

—Me da miedo esto —confieso honesta.

—¿El qué?

—Lo que hacemos.

—No hacemos nada malo.

Me incorporo y le miro a los ojos.

—Me refiero a nosotros.

—¿Por qué tienes miedo?

—Víctor, apenas nos conocemos —afirmo.

—En eso estamos ¿no?

—Sí, pero no sé...

—No hace falta ponerle nombre a todo —me corta—. Lo pasamos bien, disfrutamos, nos gustamos.

—No quieres nada serio, vaya.

—No es eso, a ver tampoco me lo he planteado. ¿Tú sí?

Parece sorprendido.

—No, claro que no me lo había planteado —miento.

—Pues ya está. No tenemos que darle más vueltas.

El ambiente en la habitación se tensa, al menos yo lo percibo tenso. Siento que me falta el aire, que me asfixio y solo pienso en que quiero que se vaya para dejar mis lágrimas aflorar. No sé por qué me ha afectado tanto esta conversación. Tampoco me ha dicho nada malo.

Al cabo de un rato él se marcha para prepararse antes del vuelo y yo me quedo un tanto desconsolada, porque en cuanto sale por la puerta siento que me falta algo.

El vuelo de regreso es mucho más tranquilo, además ya hay confianza con los compañeros y el ambiente es bastante agradable, aunque no faltan los cotilleos.

Cuando terminamos con el servicio voy al *galley* de la parte trasera. Las cortinas están echadas, me dispongo a correrlas cuando escucho el nombre de Víctor. No puedo evitarlo y me quedo quieta escuchando.

Aunque ningún pasajero me está viendo disimulo y me pongo a hacer como la que está colocando el enganche de la cortina.

—Él está enamorado de ella a pesar de todo.

Creo que es la voz de María José, pero no estoy segura.

—No entiendo como ella lo dejó —dice otra voz femenina.

—La dejó él, porque se enteró de que ella lo quería solo por su dinero —sin duda es María José la que habla.

—No, no, lo dejó ella, mi mejor amiga es amiga de Estrella y me lo ha contado todo.

Escucho el nombre de Estrella y el mundo se me viene encima. Un agujero se abre en la moqueta del avión y siento que me hundo.

—¿Perdone? —Una pasajera me saca de mi estado.

—Dígame —trato de disimular.

—¿Podría darme un vaso de agua?

¿No te han enseñado a volar con tu propia botella?

—Claro que sí, un segundo.

Abro la cortina, entro en el *galley* y mis compañeras se callan de inmediato. Cojo la botella de agua y le sirvo un poco en un vaso a la señora.

—Aquí tiene —digo ofreciéndole el vaso.

De nada. Pienso cuando se va sin dar ni siquiera las gracias.

—¡Qué mal educados son! —comenta una compañera.

—Demasiado —dice María José.

Tras ello salgo y busco a Valeria. Cuando voy por mitad del pasillo escucho a un pasajero llamarme con ese sonido tan agradable (nótese mi ironía).

—Ssh, ssh...

—Vaya, ¿hay un perrito por aquí suelto? —digo en voz alta delante de los pasajeros cuando me giro casada de escuchar ese “ssh, shh”. Es que me ha parecido escuchar a alguien llamar a un perrito.

Nadie dice nada, una señora mayor me mira y me sonríe cómplice.

Llego al *galley* delantero y me encuentro con Valeria, está hablando con Elena.

—Valeria, ¿me acompañas a revisar los baños?

—Sí, claro —dice cuando me mira y ve que la necesito.

—No puedo más —le confieso cuando nos quedamos a solas.

—¿Qué sucede? —pregunta preocupada.

—Todo el mundo habla de Víctor. He ido al *galley* trasero y no paraban de hablar de él y de la tal Estrella, al parecer ella lo dejó a él, aunque también dicen que él fue quién la dejó a ella por materialista.

—¿Por materialista?

—Sí, por lo visto ella estaba con él solo por eso. Ay, yo ya no sé qué creer de verdad —digo agotada.

—¿Por qué no hablas con él directamente?

—¿Y qué le digo? ¿Que si es verdad que dejó a Estrella por ser materialista?, ¿y luego qué?, ¿le cuento que le he mentado, que no vivo en el barrio Salamanca, sino en Puente de Vallecas?

—Ay, Ana, para qué le tuviste que mentir aquella noche.

—Ya te lo he explicado, porque...

—Ya, ya —me corta—. Sé perfectamente que no lo hiciste porque te avergonzabas, sino porque no querías quedarte a solas con él y a parte no quisiste dejarme sola en mi estado. Lo sé, pero creo que a él le va a costar verlo así ahora y cuanto más tiempo pasé peor. Tienes que contárselo de una vez.

—Sí, tienes razón, pero por otro lado no sé si haga falta. Creo que él solo busca divertirse.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque esta tarde en el hotel hemos hablado de eso y es lo que he entendido.

—A ver, es que os acabáis de conocer ¿qué pretendes? ¿Qué ya te considere su novia?

—No, pero...

—Pero nada Ana. Anda no le des más vueltas. Entra en Cabina de mando a visitarle.

No lo pienso dos veces y le hago caso a mi amiga, aviso al sobrecargo de que voy a entrar en cabina de mando y entro. Para mi sorpresa me encuentro que Elena está allí sentada riendo a carcajada con los pilotos.

—Ana, ¿qué tal lo llevas? —pregunta Elena sonriente.

—Muy bien, venía para ver si necesitabais algo, pero ya veo que estáis bien atendidos —esto último lo digo sin que suene a ironía.

Llegamos al aeropuerto y nos despedimos. Antes de que me aleje con Valeria hasta donde nos espera su Uber, Víctor nos alcanza.

—¿Te llevo?

—Hoy voy con Valeria —digo en tono seco sin saber por qué.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta él impaciente.

—Llámame —respondo mientras me alejo con Valeria.

Mientras esperamos el Uber le escribo un mensaje a Víctor, siento que he sido demasiado distante con él, cuando en el fondo me muero por volver a besarle.

No puede ser que todavía huela a ti.

Su respuesta no se demora ni un minuto.

Lo que tampoco puede ser es que haga 5 minutos que nos hemos despedido y que ya tenga ganas de estar contigo de nuevo.

El coche que mi amiga paga me deja primero a mí. Entro y me encuentro que la casa está hecha un desastre, pero no voy a decir nada. No tengo ganas de discutir con mi tía.

Dejo las maletas en la habitación, me quito el uniforme y me coloco un chándal.

Pongo música en mi móvil y me pongo a limpiar la casa. Estoy agotada, pero cualquier cosa antes que tumbarme en la cama a pensar.

Al día siguiente Víctor me llama y quedamos a las nueve en el barrio Salamanca, donde sigue creyendo que vivo.

He tomado la determinación de hablar con él sobre mi situación familiar y económica, le voy a contar toda la verdad de principio a fin, quiero que me conozca de verdad, quiero ser honesta con él, sé que la noche en que le mentí sobre donde vivo fue en parte por lo que Valeria piensa, pero no es la primera vez que le miento a un chico sobre dónde vivo.

Nunca he traído a nadie a esta casa, puede que en el fondo sí me avergüence o puede que solo sea miedo a que me rechacen por parecer una pobre necesitada. Siempre he querido que los hombres me valoren por mí y no por lo que no tengo o dejo de tener.

No he parado de pensar en Víctor en todo el día y tengo miedo a lo que pueda suceder esta noche. Hace mucho que dejé de creer en el amor, desde que lo dejé con Iván hace ya cuatro años. Jamás he vuelto a abrirme a un hombre, porque la verdad solo me ha traído problemas, por eso siempre me he visto obligada a decir ciertas mentiras, pero en esta ocasión siento que tengo que ser honesta con él si quiero que lo que quiera que sea esto que tenemos llegue a algún sitio.

Pongo mi móvil a cargar y lo dejo sobre la cama de mi habitación. Me desnudo, me enrosco una toalla alrededor del cuerpo y me voy a la ducha.

Cuando termino de ducharme abro la ventana del cuarto de baño para que se vaya el vapor. Le doy volumen a la radio para no escuchar el programa de televisión que está viendo mi tía.

Me maquillo sin prisas, hago especial hincapié en la mirada, esta noche quiero estar radiante.

Cuando termino me voy a la habitación y me coloco el vestido que he elegido. En ello estoy cuando mi tía aparece por la puerta.

—Te han llamado por teléfono, mientras estabas en el baño.

Miro mi móvil y no veo ninguna llamada perdida.

—¿Quién?

—Un tal Víctor.

—¿No te habrás atrevido a cogerlo?

—No paraba de sonar, ¿qué querías que hicieras?

Por un momento pienso en matarla, y no hablo en sentido figurado. Tengo que respirar varias veces para calmar mis demonios.

—¿Qué quería? —digo controlando la ira que me invade en estos momentos.

—Al parecer ya había terminado y quería ver si estabas lista ya para venir a buscarte un poco antes.

Me tiemblan las piernas.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que venga y suba sin problemas.

—¿Cómo que suba? ¿Que suba dónde? —Esto último lo digo gritando a voces y muy cerca de ella.

—A casa.

De pronto suena el telefonillo. No, no. Esto no puede estar pasando. Estoy a punto de darle un manotazo en la cabeza a Consuelo, porque estoy segura de que lo ha hecho de forma intencionada.

No me puedo creer que esto esté pasando. Me quedo inmóvil, petrificada. Mi tía se va a abrir la puerta. Trato de pensar rápido en algo, pero los pensamientos no fluyen. Estoy bloqueada, solo quiero llorar.

Suena el timbre. Mi tía abre la puerta y tras esta aparece Víctor.

Por su semblante parece que hubiese visto un fantasma, no me extraña, este lugar parece la casa del terror.

—Pasa hijo, pasa —dice Consuelo con una amabilidad forzada—. Estás en tu casa. ¿Quieres algo de beber? Aquí apenas tenemos de nada, pero creo que hay un poco de jugo o agua...

—Déjanos solo —la interrumpo y la miro con odio.

Víctor permanece en silencio. Mira con detenimiento cada recoveco de mi casa.

—Puedo explicarlo —aseguro.

—Creo que está todo muy claro. Solo he venido para corroborar lo que no quería creer.

Abre la puerta y sale. Pienso en detenerle, pero me doy cuenta de que estoy descalza, me debato entre ir a ponerme los tacones o salir tras él así. No lo pienso mucho y corro tras él. Lo alcanzo a la salida del portal. Le agarro del brazo.

—Escúchame por favor —le suplico—. No es lo que parece.

—Y ¿qué es lo que parece? Ana. ¡Dime! —Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

Un grupo de jóvenes escuchan música a todo volumen mientras fuman marihuana y beben cerveza en unas escaleras cercanas. Víctor mira la escena con asombro.

—Yo... Quería explicártelo.

—¿Explicarme el qué? —grita.

No puedo hablar, las palabras no me salen.

—No lo hagas más difícil. —Se deshace de mi brazo que aún le agarra y se va.

Comienzo a llorar, pero no le detengo. Lo he perdido, no hay nada que pueda hacer.

Siento que el mundo se me cae encima. Camino descalza y regreso al piso. Mi tía está viendo la televisión tan tranquila me voy hasta ella y me controlo las ganas de...

—Ya lo has echado de mi vida, antes incluso de que pudiera entrar en ella ¿contenta? —le grito entre lágrimas y demasiado cerca de su cara.

Ella parece no inmutarse.

—Aparta, que no ver el programa.

—¿Dime qué te he hecho para que me odies tanto? —pregunto entre lágrimas.

—Yo no te odio. Anda, deja el drama y vente a descansar, te noto alterada.

—Yo a ti si te odio, no te imaginas cuanto —confieso antes de irme a mi habitación.

Me tumbo sobre la cama y me abrazo a la almohada y sigo llorando hasta que en algún momento me quedo dormida.

Amanezco con el vestido puesto y la cara convertida en una careta de *Halloween*.

Me lavo la cara y cuando me vuelvo a mirar en el espejo rompo a llorar, lo hago sin consolación, como si hubiese perdido al amor de mi vida y es que aunque apenas nos conocíamos, nunca antes había sentido esa sensación al rozarme con otro cuerpo. Es recordar su piel suave y removerme entera por dentro.

Las historias de amor no se cuentan por días juntos, sino por momentos compartidos y aunque Víctor y yo hemos compartido pocos días, han sido muy

intensos, me atrevería a decir que los días que hemos estado juntos han sido los mejores de mi vida, junto a él me he olvidado de esta mierda de vida que me rodea.

Recuerdo cómo me comía con la mirada y desvanezco. No sé cómo voy a olvidarme de él, ¿cómo voy a conseguir sacarlo de mi cabeza?

El resto de la mañana lo paso hundida en una profunda tristeza. Por suerte mi tía no está. Aprovecho para buscar un tranquilizante entre sus pastillas, algo que me relaje y me quite esta ansiedad que experimento y que va a terminar conmigo.

Pongo patas arriba el salón y solo encuentro una caja de Valium completamente vacía. Aprovecho que ella no está para entrar en su dormitorio y buscar entre sus cosas. Nada. Encuentro su tarjeta sanitaria y se me ocurre ir a la farmacia más cercana a sacar una caja de calmantes, ella los debe tener recetados.

Me pongo lo primero que encuentro en el armario y salgo a la calle. Hace un día de mierda, está nublado y la tristeza se palpa incluso en el ambiente.

—Me puedes decir lo que tengo recetado —le digo a la farmacéutica mientras le entrego la tarjeta sanitaria de mi tía.

—Tienes cuatro medicamentos, ¿cuál necesita? —pregunta la farmacéutica sin apartar la vista del ordenador.

—Uno debe ser para la reuma y los otros tres no recuerdo... —digo con el objeto de que me dé alguna pista.

—No, para la reuma no hay nada. Tiene recetado hidroclorotiazida, dos ansiolíticos y un antihipertensivo.

—¿Hidro... qué?

—Es un diurético tiazídico, indicado para controlar la presión arterial y en el tratamiento de edemas o hinchazón o por algunos problemas en el funcionamiento de los riñones.

—Ah, sí, sí. Ya recuerdo —miento—. ¿Qué precio tiene ese?

—Ahora mismo tenemos Diurex 25 que con la receta te sale a 5´90€.

No doy crédito a lo que me dice la farmacéutica, pero entonces cuál es el tratamiento tan caro que necesita mi tía. Por qué no está en la tarjeta.

—¿Y el otro que me ha dicho? ¿El antihipertensivo?

—Este son 3´64 euros.

—Bueno no se preocupe deme los dos ansiolíticos, solamente.

Pago las dos cajas de ansiolíticos y me voy a casa. Por el camino no puedo dejar de pensar en la receta y pienso lo peor. Se me ocurre llamar a Valeria, su mejor amigo es médico de la Seguridad Social.

—¿Qué? Pero tú estás loca —grita mi amiga al otro lado del teléfono cuando le pido que por favor hable con su amigo para que me consiga una copia del historial médico de mi tía.

—Si no fuera importante no te lo pediría, pero necesito saber si me está mintiendo. Ya te he explicado lo que me acaba de pasar en la farmacia.

—Quizá la receta de esa medicación no aparezca en la tarjeta sanitaria.

—En cualquier caso, dónde con total seguridad aparecerá es en el informe médico.

—Está bien. Haré lo que pueda, pero no te prometo nada.

—Valeria, es importante.

—Lo sé. Bueno, tú pásame una foto de la tarjeta sanitaria en la que se vea bien el nombre y el número para pasársela a mi amigo.

—Vale, ahora mismo te la envío.

—Por cierto ¿qué tal anoche con Víctor?

—Mejor ni te cuento.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora no es buen momento, Valeria, créeme. Hablamos.

—Pero..., ¿estás bien?

—Lo estaré en cuanto tenga el informe que te he pedido.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

Cuando llego a casa, dejo la tarjeta sanitaria de mi tía en el mismo sitio en el que la he cogido. Guardo una caja de ansiolíticos en el cajón en el que ella mete su medicación y la otra me la quedo yo. Espero que no se dé cuenta, aunque si lo hace tampoco me importa.

Me tomo una pastilla y al cabo de un rato comienzo a sentir que el cuerpo me pesa. Me tumbo en la cama y me dedico a escuchar música, así hasta que me quedo dormida.

Mi teléfono suena y me despierto. Casi sin fuerza estiro el brazo y miro quién es. Me activo al ver que se trata de Valeria.

—¿Alguna novedad? —pregunto medio dormida aún.

—Te acabo de enviar a tu correo una copia del informe.

—¿En serio? Ay, Valeria no sabes cuanto te lo agradezco. Te debo una.

—Pues ve buscándome un vestido bien mono, porque tu favorcito me va a costar una cita con el médico.

—¡Qué suplicio! —ironizo, pues sé que le encanta.

—Sí, porque te recuerdo que estoy conociendo a Raúl. No sé cómo voy a hacerlo. Bueno tú consígueme un modelito de esos que tú encuentras, que ya es hora de que tengas un detalle con tu amiga.

—Tienes razón, aunque tienes miles de vestidos.

—Sí, pero ninguno sin estrenar. A parte tú consigues modelitos muy exclusivos. No sé cómo lo haces.

Teniendo una amiga en Zara que me los roba o pidiéndolos a china y modificándolos en casa con mi máquina de coser.

—Buscando, cariño. Buscando —digo.

—Pues busca, busca —bromea.

Cuelgo y abro el *email* de inmediato. Me descargo el informe y comienzo a leer. No veo nada de reuma por ningún sitio. Tampoco veo ningún medicamento recetado distinto a los que me ha indicado la farmacéutica.

No me lo puedo creer, mi tía me ha estado engañando durante todos estos años para sacarme el dinero. Mi propia familia me engaña, esto es lo último que me faltaba para terminar de hundirme.

Salgo al salón como alma que lleva el diablo. En este momento soy capaz de cualquier cosa, por suerte me tomé el ansiolítico y aún me encuentro algo adormecida.

Me encuentro a mi tía sentada en el salón viendo la tele.

—¿Te has tomado la medicación para la reuma?

—Claro. Ya me queda poco, hay que comprar la caja de este mes —responde.

—A ver, déjame ver la caja, yo te la compro.

—No hace falta, hasta el momento puedo valerme sola para eso.

—¡Déjame verla! —insisto.

—Ay, niña déjame ver la televisión.

—¿En qué gastas el dinero que te doy para la medicación? ¿En el bingo?

—A ti lo del chico este te ha afectado a la cabeza ¿no?

—Lo que me afecta es que durante todos estos años me hayas estado engañando para gastarte mi dinero en el bingo con tus amigas. ¡Lo sé todo!, he leído tu informe médico, he visto todas las recetas de tu tarjeta sanitaria.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo yo?

Me alejo de ella, porque no puedo ni verla. En este momento soy capaz de cualquier cosa.

Tengo que irme de aquí, no aguanto más. Se acabó esto ha llegado demasiado lejos.

—Me voy —grito.

—¿Adónde? Si no tienes dónde ir —se ríe.

Ni siquiera sé dónde voy a ir, pero me da igual, así tenga que pasar la noche en la calle. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario con tal de irme de aquí. No quiero volver a ver a esta mujer en mi vida. Ni a esta casa.

—Me has amargado la vida. Quiero que lo sepas. Has hecho de estos años un infierno. Ojalá te pudras aquí sola. Para ti estoy muerta.

—Anda márchate y deja el drama.

—Claro que me voy, pero ahora mismo. A ver quién te va a pagar ahora la comida, la luz, el agua y las partidas con tus amigas, porque con tu miserable paga no

te va a alcanzar.

—Pero si te vas, no vuelvas —continúa.

—Ja. Ja. Ja. No me hagas reír por favor, antes muerta que volver a esta pobreza —grito mientras cojo la maleta y meto las cosas que más valoro.

Abro el cajón y veo la única foto que conservo con mis padres y el rosario de la virgen del Rocío que me regaló mi padre. No puedo evitarlo y rompo a llorar. Si ellos supieran el infierno que he pasado junto a esta mujer.

—No dejes nada, porque lo tiraré todo —vocea.

—Mejor véndelo, te va a hacer falta.

Ella, sin decir nada, se queda apoyada en la puerta mirando como recojo mis pertenencias entre lágrimas. No lloro de pena, lloro de rabia, una rabia que me consume por dentro. Debí haber hecho esto hace muchos años, pero el maldito dinero siempre me lo ha impedido, pero se acabó. No voy a permitir que esta pobreza me arrastre un solo día más.

Cuando termino cojo la maleta y paso por delante de este monstruo. La empujo con fuerza y casi cae al suelo.

—Adiós —digo antes de cerrar la puerta de un portazo.

Salgo a la calle y a pesar de no saber dónde ir me siento libre. Como si por fin me hubiese quitado un gran peso de encima, como si hubiese conseguido soltarme de una cuerda que me impedía avanzar.

Camino hasta llegar a la parada de metro sin mirar atrás. Arrastro la maleta y las dos bolsas con ropa que llevo colgadas como buenamente puedo.

Después de meditarlo el tiempo suficiente decido presentarme en casa de Valeria y contarle lo ocurrido.

—¿Qué haces aquí? —pregunta aterrorizada al ver las bolsas de la compra en las que llevo metida mi ropa y la maleta del uniforme a punto de reventar.

—No sabía dónde ir, ¿puedo quedarme al menos hoy?

—Claro, claro. Pasa. ¿Qué ha ocurrido?

—Me he ido de casa.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué?

—No aguantaba más, Valeria —rompo a llorar—. Mi tía me trataba fatal, además me ha estado engañando todo este tiempo, es mentira, no está enferma.

—¿Cómo que no está enferma?

—Pues que no tiene nada, se lo ha inventado todo para sacarme más dinero todos los meses, no tiene suficiente con lo que me gasto en las facturas de la luz y el agua y en la compra.

—No me lo puedo creer, pero qué clase de persona sería capaz de hacerle eso a su propia sobrina. Esa mujer es el diablo en persona.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Sigo envuelta en un mar de lágrimas.

—Tranquila se solucionará todo.

—No quiero volver, no puedo volver.

—Y no lo harás. Tienes tu trabajo, me tienes a mí y tienes a Víctor que te apoyará.

—Víctor no quiere saber nada de mí.

—¿Cómo? Pero eso por qué.

—Anoche quedamos para cenar y mientras yo me duchaba me llamó y mi tía le cogió el teléfono ¿sabes lo que hizo la muy...?

—¿El qué?

—Le dio la dirección de la casa y él se presentó allí.

—¿En serio? ¿En tu casa?

—Sí.

—Y ¿qué dijo?

—Imagínate. No paraba de mirar todo con... asombro. Por supuesto piensa lo peor de mí. Creerá que le he engañado y que solo quería aprovecharme de su dinero.

—En parte le has engañado.

—Fue una mentira espontánea. Ni siquiera lo pensé.

—Lo sé, aunque entiendo que él lo verá de otra forma muy diferente

—Todo se ha acabado —me lamento.

—No digas tonterías. Tu nueva vida acaba de comenzar. En cuanto cobres tu primera nomina te vas a dar cuenta de que por fin tendrás la vida que te mereces y sin necesidad de tener a un hombre a tu lado. Venga levántate que vamos a buscar un modelito para esta noche.

—¿Qué? No, no voy a salir, no me apetece.

—Por supuesto que vas a salir, es el cumpleaños de Ernesto, el jefe de pilotos de la flota Airbus y han cerrado la terraza Picalagartos para celebrarlo.

—A mí no me ha invitado.

—A mí sí y puedo llevar acompañante, así que no tienes excusa. Venga vamos a arreglarnos que no vamos a llegar y cambia esa cara que parece un fantasma.

Me agobio al pensar que en la fiesta podría encontrarme con Víctor, pero eso no me frena, al contrario. Siento que no estoy disfrutando de todo lo que he conseguido, debería estar celebrando mi nuevo trabajo y todas las oportunidades que este me brinda, en vez de estar en este estado. ¿Qué me preocupa? En unas semanas cobraré mi primera nomina y con ese dinero tengo para pagarme el alquiler de un piso sin problemas.

Valeria me aconseja el modelito que debo llevar a la fiesta, elegimos de su armario un elegante vestido de seda en color rosa palo, estilo cóctel con cuello de barco, manga larga holgada y puño ancho y fruncido, con parte superior holgada y falda entubada con una cinturilla ancha repleta de pedrería.

También me deja los complementos a juego. Ella va espectacular con un vestido negro recto y sin mangas. Con su figura y su elegancia puede permitirse ponerse cualquier cosa.

Mi amiga recibe un mensaje, su Uber ha llegado. Bajamos y el chofer, perfectamente enchaquetado, se baja a abrirle la puerta. Ella siempre selecciona la opción Uber black el servicio de alta gama de Uber. Básicamente es como tener chofer propio, solo que más rentable.

Llegamos a la fiesta y Valeria saluda a varios invitados, me sorprende que conozca a tanta gente para el poco tiempo que lleva.

—Te presento a Raúl —dice mi amiga agarrando a su chico de la mano.

Por fin conozco al famoso mecánico.

—Así que tú eres quien le ha puesto a punto el corazón a mi amiga —bromeo mientras le doy dos besos.

—El corazón y otras cosas —dice mi amiga entre risas.

Él se tapa la cara avergonzado.

—Tranquilo, estamos en confianza —afirmo.

—¿Aquel no es Cristian? —pregunta Valeria.

—Sí —respondo sin quitarle el ojo de encima.

Lleva un traje de chaqueta negro, con pajarita del mismo color y camisa blanca.

Le saludo discreta con la mano, aunque él ya me ha visto y camina en dirección a nosotras.

—¡Estás... preciosa! —Cristian me da dos besos.

—¿Y yo qué? —se queja Valeria.

—A ti ya te lo habrán dicho varias veces —asegura mirando a Raúl.

Se saludan con un apretón de manos.

—¡Qué alegría veros! He estado a punto de no venir —confiesa Cristian.

—¿Y eso? —Curioso.

—Me dan un poco de pereza estas fiestas, pero no tenía anda mejor que hacer. Oye ¿no estáis bebiendo nada?

—Acabamos de llegar, pero vamos a pedir algo —Valeria camina directa a la barra sin esperarnos.

La noche transcurre amena y divertida, hablo con Cristian de muchas cosas y me doy cuenta de que tenemos demasiado en común, a ambos nos gusta la ginebra con tónica, el vino espumoso, el helado de pistacho, las películas de misterio, el arte... Nos pasamos parte de la noche hablando de arte, me sorprende encontrar a alguien tan apasionado como yo, se conoce todos los museos de Madrid y me habla de obras que yo ni siquiera conozco.

—Podríamos ir esta semana a una exposición de arte privada.

Me encantaría, pero esas galerías privadas suelen ser muy caras y no tengo dinero, soy pobre, ni siquiera tengo casa.

—No puedo.

—¿Por qué? Si tenemos la semana libre.

En eso no puedo mentirle, él sabe que estoy libre, porque hemos hecho el último vuelo juntos y tenemos seis días libres seguidos. En realidad no quiero mentirle en

nada, estoy cansada de mentir, de llevar siempre una careta puesta.

—La verdad es que aún no he cobrado.

—Bueno no te preocupes por eso, además es barato, son como sesenta euros.

—¿Barato? Hasta hace una semana ese era el dinero que tenía para hacer compra de toda la semana.

—Lo siento —dice afligido.

—No te preocupes.

—¿Me dejarías invitarte?

No respondo, no quiero que piense que soy una aprovechada.

—Me haría mucha ilusión —continúa.

—Está bien, pero solo si me dejas llevarte a exposición temporal en el Museo del Prado cuando nos paguen la nómina.

—Trato hecho —inclina su copa a la mía para que brindemos.

En ese momento me percaté de que Víctor está en la fiesta. Cristian había conseguido por un momento que me olvidara de él, pero ya el destino se encarga de recordármelo.

Víctor me mira, su mirada se clava como una espina. Por un momento siento como si me falta el aire. Me planteo ir a hablar con él y explicarle la situación, pero qué voy a decirle.

«La verdad, Ana. La verdad».

La verdad no tiene ningún sentido.

Víctor se pierde entre los invitados. Busco a Valeria con la mirada para hablar con ella, pero no la veo.

—¿Estás bien? —pregunta Cristian extrañado por mi ausencia.

—Sí, solo estoy buscando a Valeria, no la veo por ningún sitio.

—Estará saludando —bromea.

—Sí, le encantan las relaciones públicas.

Ambos reímos.

—¿Pedimos otra? —sugiere Cristian mientras mira mi copa vacía.

—Sí, vamos.

Continuamos bebiendo y charlando, no puedo negar que la compañía de Cristian me hace sentir bien, sin embargo desde que he visto a Víctor no puedo dejar de pensar en otra cosa que no sea ir a hablar con él. Quiero explicarle que no es lo que parece, necesito contarle que no soy la clase de mujer que piensa que soy.

Al cabo de un rato veo a Víctor ir solo en dirección a los baños. Es ahora o nunca.

—Voy a un segundo al baño, ¿me esperas aquí? —le digo a Cristian sin darle opción.

Camino apresurada detrás de Víctor, pero de pronto me cruzo con Valeria.

—¿Dónde vas? —me pregunta y no suena bien el tono que utiliza.

—Al baño.

—No, no es buena idea hablar con él aquí.

—Necesito hablar con él, Valeria. Tiene que saber que no soy la clase de persona que él cree.

—Por favor no vayas a montar ningún numerito

—¿Cómo el que tú montaste en la fiesta de navidad de la empresa? No, gracias.

Valeria se aparta y camino hasta el baño. Al llegar no veo a nadie. Abro sigilosa la puerta del baño de caballeros y parece que no hay nadie. Entro y veo que las cuatro puertas de los retretes están abiertas. ¿Dónde se habrá metido?

Abro la puerta para salir y me encuentro a un hombre entrando. Me mira incrédulo, luego mira la placa que hay en la puerta con la palabra “Caballeros”.

—Me he equivocado —digo con una sonrisa inocente.

—Tranquila —sonríe sin dejar de mirarme.

Entro en el baño de chicas y para mi sorpresa me encuentro a Víctor hablando con una chica con una larga y ondulada cabellera rubia, ojos azules y complexión normal.

Ella me lanza una mirada fulminante, como si me conociera.

Abro la puerta de uno de los inodoros y voy a entrar cuando le escucho decir su nombre.

—Estrella, por favor, no es momento —dice Víctor.

Ambos me miran.

—Por mí no os cortéis —digo tratando de parecer segura mientras entro en el cubículo.

Escucho un portazo. Intento cerrar la puerta de mi inodoro, pero alguien me lo impide.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Víctor enfadado.

—¿Te he estropeado el polvo? Lo siento.

—¿Eso es lo que crees?

—No sé, dímelo tú.

—Estás muy equivocada.

—Tú también.

—¿A qué has venido?

—No te importa —intento cerrar la puerta, de pronto no quiero hablar con él, estoy molesta, celosa.

—Claro, esto es lo que te gusta, el lujo. Dónde hay dinero ahí estás tú ¿no? A ver qué pescas.

No puedo evitarlo y le doy un guantazo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Hasta ahora todo lo que tengo lo he conseguido por mí misma, no necesito a ningún hombre ¿quién te crees que soy? —le empujo y salgo del baño tan furiosa que si alguien se interpone en mi camino ahora mismo no sé de lo que sería capaz.

—Ana —Cristian aparece frente a mí.

No digo nada. Solo intento no derramar todas las lágrimas que ansían salir.

—¿Estás bien? —insiste y su masculina voz me transmite la serenidad que necesito en estos momentos.

Es como si un huracán hubiese pasado por mi vida y hubiese arrasado con todo. No, no estoy bien.

—Algo cansada, quizá sea mejor que me vaya.

—¿Tan pronto?

—Sí. Valeria se irá muy tarde —es pronunciar estas palabras y recordar que sin Valeria no puedo ir a ninguna parte, me estoy quedando en su casa.

—Anda, vamos a tomarnos la última y luego prometo que me voy contigo.

—Está bien —digo resignada.

Nos pedimos una copa y un chupito.

Estamos en la barra cuando las luces se atenúan y suena una canción lenta. Algunas parejas se animan y se adentran en el centro de la pista. Cristian alza su mano como propuesta para bailar juntos. Espera varios segundos, los que tardo en dejarme llevar.

Me agarra de la cintura y pega mi cuerpo al suyo. Lo suficiente como para que pueda percibir el olor de su piel, cálido como la brisa de un atardecer en verano.

Sus ojos observan mis labios.

—Me lo he pasado muy bien en tu compañía —confiesa sin dejar de balancear nuestros cuerpos, porque es él quien lleva las riendas de este baile.

—Yo también, ha sido una noche... llena de sorpresas.

—Ha sido una noche maravillosa —afirma.

Me sonrojo. Él se acerca tanto que sus labios rozan los míos. Le dejo besarme, no sé si por despecho o porque el nivel de alcohol que llevo en sangre ha anulado mi juicio.

En ese momento aparece Valeria.

—Ana, querida, te estaba buscando —interrumpe y su tono es un tanto... extraño.

—Ya me has encontrado —digo sonriente sin alejarme de Cristian.

—Necesito hablar contigo —asegura seria.

—Ahora no, estoy bailando.

—Lo siento, Cristian. Es importante —se disculpa con él y me agarra del brazo.

—¿Qué coño haces? —grita cuando llegamos a un lugar más apartado.

—Pasármelo bien, ¿no es eso lo que me dijiste que hiciera, amiga?

—Sí, pero no de este modo, Víctor te ha visto.

—Me da igual.

—Ah, ¿sí? Estás cometiendo un grave error, ¿crees que liándote con un compañero en esta fiesta donde solo hay gente de la empresa vas a solucionar algo?

—¡Que me da igual!, esa historia se ha terminado.

—Ana, si aunque sea una pequeña parte de ti sigue creyendo que esta historia se puede salvar, no sigas por el camino que vas. Por suerte con tanta gente nadie se habrá percatado de ese beso.

—Víctor sí lo ha hecho, según tú.

—Sí, porque estaba a mí lado. Estábamos hablando.

—¿Hablando de qué?

—De Estrella.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha contado lo que sucedió. Al parecer ella estaba con él solo por interés, para que la hicieran fija. Él tiene muchos contactos en la empresa y tan pronto la hicieron fija lo dejo, para colmo estaba liada con un director de banco.

—¿En serio?

—Sí, y justo le estaba intentando explicar que tú no eres así, cuando has permitido que Cristian te besara.

—La he cagado —rompo a llorar.

—Sí y mucho.

—Tengo que hablar con él. Después de lo que acaba de ver no creo que sea buena idea.

Cristian llega y reparte bebidas. Me seco las lágrimas con disimulo.

—Yo estoy bien, gracias. Vuelvo enseguida —digo mientras me esfumo entre la multitud.

—¡Ana! —grita Valeria.

La ignoro y busco a Víctor en la sala. Al cabo de un rato me doy por vencida y me apoyo en una columna. Siento que estoy algo mareada y que mi cuerpo pesa demasiado.

—¿Estás bien? —Víctor me agarra por la cintura antes de que me caiga al suelo.

—Justo a ti te estaba buscando —sonríó y me pierdo en su mirada.

—¿Estás borracha?

—Un poco —confieso.

—Vamos, te llevaré a casa, no quiero que te vean así.

—¿Te avergüenzas de mí?

—No, solo que no quiero que mañana seas el tema de cotilleo. ¡Vamos!

—No puedo ir a casa.

—¿Por qué?

—Porque ya no tengo casa, sí, soy pobre y no tengo casa. Mis padres murieron en un incendio cuando era una niña, estoy sola, pero ¿sabes qué? No estaba contigo por interés —siento que me pesa el cuerpo.

—No estás sola, tienes a tu tía —obvia mi confesión.

—Esa vieja es una bruja, lo único que ha hecho es amargarme la vida. Me he ido de la casa.

—¿Dónde te estás quedando, entonces?

—En casa de Valeria —siento que la lengua se me traba al hablar.

—Vamos a buscar a tu amiga.

—No necesito que cuides de mí. Sé cuidarme sola.

—¿Por eso te comes la boca con el primero que se te cruza por el camino?

—Eso no es verdad, Cristian al menos no ve en mí un monstruo.

—Yo no veo un monstruo, solo sé que me has engañado, ¿por qué?

—Yo no te he engañado.

—Sí que lo has hecho, me hiciste creer que vivías en el barrio más caro de Madrid.

—¿Es eso no? No puedes salir con alguien cómo yo. Eso es lo que te pasa...

—Pero ¿qué dices? Claro que no, por quién me tomas.

—Yo no te mentí, fue solo una mala respuesta. Aquella noche apenas te conocía y Valeria estaba muy mal, no quería irme a solas contigo hasta mi casa y tampoco quería dejarla sola a ella en las condiciones en las que estaba, así que simplemente te dije que vivía en la zona.

—¿Y luego? Por qué has seguido mintiéndome, me has hecho que te recogiera y te llevará a ese bario. Por el amor de Dios, Ana ¿quién hace eso?

—Bueno sí, me daba vergüenza reconocer que vivo en la peor zona de Puente de Vallecas, pensaba decírtelo te lo juro —mis lágrimas afloran, aunque trato de contenerlas para no estropearme el maquillaje.

Él no dice nada.

—Lo siento —continuo y creo que es la primera vez en mi vida que pido perdón por algo.

—Vamos, buscaré a Valeria —dice sin más.

Siento que me falta el aire. Trato de contener mis lágrimas, aunque me cuesta la vida. Algo me presiona el pecho y siento un dolor tan grande que parece que me va a estallar el corazón.

Valeria llega justo en ese momento. Salimos del local. Solas. Hace rato que dejé de escucharla, se ha puesto muy pesadita y en estos momentos lo último que quiero es discutir con ella, entre otras cosas porque no tengo ningún otro sitio en el que quedarme.

Llegamos a su casa y me acuesto.

Por la mañana me levanto con un dolor de cabeza terrible. La resaca es tan fuerte que hasta el cantar de los pájaros me molesta.

Me levanto con cuidado de la cama, unas náuseas horribles me sorprenden y corro hacia el baño.

A pesar de la fatiga tan horrible que tengo no vomito. Miro mi móvil, son las dos de la tarde, ¡vaya horas!

Desde el baño escucho a mi amiga hablar por teléfono con su nuevo amor o al menos eso creo.

—Anoche me quedé con ganas —le confiesa ella.

...

—De qué va a ser...

...

—Ay, Raúl, pues de que me follaras —dice en un tono de voz más bajo. Apenas logro escucharla.

...

—Sí.

...

—Eso también. Calla que me estoy poniendo mala y Ana está en el baño.

...

—Esta tarde no sé si podré.

¿En serio estoy escuchando a mi amiga guarrear con su ligue a estas horas? No puede ser.

El resto del día transcurre tranquilo. Valeria y yo decidimos buscar pisos por internet. Ella me va a dejar el dinero que necesite para poder entrar hasta que cobre.

Al día siguiente visitamos tres pisos, pero solo uno de ellos me gusta y hay demasiadas personas interesadas en él.

—Tienes que llamar al dueño —asegura Valeria mientras tomamos asiento en una cafetería en Malasaña.

—No tiene sentido —digo resignada.

—Ay, Ana, de verdad. Deja el drama, pareces otra. ¿Dónde esta mi amiga? ¿Quién es esta impostora? ¡Que me devuelvan a mi amiga, por favor! —grita en medio de la cafetería y consigue sacarme una sonrisa, aunque la gente nos mira como si fuéramos dos locas.

—¿Qué le voy a decir si lo llamo?

—Cualquier cosa Ana, cualquier cosa. ¿No has visto como te miraba? Aprovechate de eso, sé amable, cercana, dile que estás muy interesada en el piso, que él te ha transmitido muy buenas vibras... En fin, tú eres la experta en eso.

—Está bien.

Mientras mi amiga pide dos cafés decido llamar al dueño del piso y poner en marcha todas mis tácticas de seducción. No es que el dueño del piso me interese, es un hombre casado de unos casi cincuenta años y bastante corriente, pero si ser “agradable” con él me va a facilitar las cosas para quedarme con el piso, por qué no aprovecharlo.

Después de más de media hora hablando con el señor, me confirma que el piso es mío y que nos reuniremos mañana en el piso para firmar el contrato del alquiler y pagar el primer mes y otro de fianza.

—Deja ese café, ya no lo quiero, vamos a pedirnos dos *gin-tonics* —le digo a mi amiga tras colgar el teléfono.

—¿Qué?

—Que tenemos que celebrar que ya tengo piso —grito.

—¿En serio? ¡Ole! —Se levanta y nos abrazamos.

La gente nos mira, pero rápido continúan con los suyos. Es lo bueno de Madrid, que nadie presta demasiada atención al entorno.

El piso es perfecto para mí sola, es un pequeño ático en el barrio de La Latina, cuenta con una habitación un mini salón con cocina integrada y un baño. Además, el edificio tiene ascensor, porque no me imagino subiendo a un noveno con las maletas.

La decoración es algo ridícula, una mezcla entre moderno y *vintage*, yo creo que el dueño ha ido sustituyendo piezas según ha sido necesario. El sofá por ejemplo es de diseño, bastante cómodo, la mesa por el contrario es vieja y horrible. La cocina está totalmente reformada, al igual que el baño. La cama es de matrimonio, sencilla sin cabecero. Para empezar está bastante bien, poco a poco lo iré personalizando más.

Nos reunimos con el dueño para firmar el contrato, Valeria me acompaña, por supuesto.

Durante una hora y media aguantamos al señor y le escuchamos limitándonos a sonreír y a asentir con la cabeza. Ninguna de las dos le damos tema de conversación. En cuanto se va salimos al supermercado y compramos algo de comida y una botella de vino espumoso.

Esa noche le pido a Valeria que me acompañe, no quiero estar sola.

Al día siguiente trasladamos todas las cosas de su casa a la mía y acomodamos todo. Aunque el piso está limpio yo decido darle mi toque de desinfección personal, soy así.

Ordeno los armarios, en un lado cuelgo las camisas y los pantalones, y el otro lo reservo únicamente para los vestidos, de momento está algo vacío, pero lo llenaré con el tiempo. Me vendrá bien renovar el armario y dejar atrás todos mis trapos. Lo que más pena me ha dado es tener que dejar en casa de mi tía mi colección de zapatos, apenas pude llevarme unos cuantos de pares.

Los siguientes días los paso en chándal organizando mi nueva casa.

El viernes por la tarde quedo con Cristian para ir a la galería. Valeria me ha obligado a quedar con él porque decía que estaba cansada de verme como una ermitaña en chándal.

—Estás hermosa —confiesa Cristian con una sonrisa de oreja a oreja cuando me ve.

Me acerco a él y le doy dos besos. Percibo su aroma, huele a perfume caro. Sus manos rozan mi cintura y de pronto me doy cuenta de que nuestros cuerpos están demasiado cerca. Doy un paso atrás para alejarme con tan mala suerte que meto el tacón en una alcantarilla y me caigo sobre su cuerpo. Nuestras bocas casi chocan.

—Si querías besarme no tenías que fingir que te caías —bromea.

—Ja, ja, ja. ¡Qué gracioso!

—Parece que sí, porque te estás riendo.

Después de mi pequeño accidente entramos en la exposición. Nos reciben con una copa de champan. Me niego a creer que esto le ha costado solo sesenta euros, apuesto a que ha pagado mucho más, parece un *tour* privado, apenas somos seis parejas.

La casa cuenta con tres plantas y está repleta de pequeñas joyas del arte. Fotografías y cuadros, tanto de figuras humanas como de animales, inundan las paredes de las dos primeras plantas.

La tercera planta cuenta con una gran biblioteca. De las paredes cuelgan algunos cuadros de flores. Hay una cinta roja que nos separa casi dos metros de la enorme estantería, para que no podamos tocar nada. Sin lugar a duda un paraíso para los aficionados de la literatura y también de los objetos de diseño exclusivo.

De no ser por galerías como esta, que surgieron en el corazón del elegante barrio en el que vive mi amiga Valeria, donde algunos coleccionistas privados de la aristocracia y la alta burguesía abrieron las puertas de sus mansiones al mundo,

nombres fundamentales del arte contemporáneo español serían hoy auténticos desconocidos.

Después de la vista damos un paseo por el centro. Cristian es el tipo hombre del que cualquier mujer se enamoraría en la primera cita. Con él el tiempo pasa volando, te hace reír y lo más importante, te hace sentir que eres el centro de lo universo, pero yo no estoy colgada por él, mi corazón está pillado y no sé cómo voy a hacer para sacarme a Víctor de la cabeza.

Vemos una heladería y no podemos evitar comprarnos un helado de pistacho.

—Estás muy callada.

—No quiero que se me derrita el helado. Tú también estás muy callado, ¿te pasa algo?

—No, es solo que me gusta disfrutar de tu compañía, me gusta observarte en silencio.

—¿Cómo si fuera uno de esos cuadros? —bromeo.

—Más o menos, solo para que a ti, tendría que explorarte durante horas hasta llegar a entenderte.

—¿Tan compleja soy?

—No, pero tu belleza es extraordinaria, sobrenatural.

En ese momento las manos comienzan a sudarme y siento que me sonrojo.

—Tienes un poco de helado aquí —roza la comisura de mis labios con su pulgar.

Su cuerpo y el mío vuelven a estar demasiado cerca. Su boca también.

—No puedo —digo alejándome justo en el instante en el que sus labios iban a posarse sobre los míos.

—Lo siento —se disculpa.

—No, lo siento yo. Es culpa mía, debí decírtelo antes, estoy... enamorada.

¿Enamorada? ¿Qué he dicho? ¿Cómo que enamorada? ¿Estoy enamorada de Víctor?

—Que rápido te has enamorado de mí, no sabía que despertaba ese tipo de sentimientos en tan poco tiempo —bromea, aunque su sonrisa es un tanto forzada.

—Yo...

—No te preocupes, no tienes que explicarme nada. Lo entiendo, es solo que el beso de la otra noche me confundió.

—No te voy a mentir, eres un hombre muy atractivo, cualquier mujer se sentiría afortunada de que te fijaras en ella.

Su semblante se torna triste. Miro hacia abajo avergonzada.

—Tranquila, podemos ser amigos, no quiero que me dejes de llamar por esto.

—No lo haré —prometo mientras le regalo una sonrisa.

Cuando llego a casa me quito los tacones y me sirvo una copa de vino espumoso. Pongo algo de música en Spotify. Rosalia ha sacado nuevo tema. Le doy volumen y me dejo llevar por el ritmo de esta melodía. La letra me define.

Canto.

Salto.

Rio.

Lloro.

Muevo mi pelo.

Salto de nuevo.

¡Zas! Me golpeo con la columna que separa la cocina del salón.

Dejo el baile y me voy al baño, necesito una ducha. Me quito la ropa y la dejo caer al suelo.

El agua caliente recorre mi cuerpo. Mis manos envueltas en jabón se deslizan por mi cuerpo, abro las piernas y el recuerdo de su boca en mi entrepierna me enciende.

Cierro los ojos. ¡Víctor! Su barba rozando mi clítoris, su mirada clavada en mí, mis gemidos... ¡Qué calor!

El resto no hace falta que lo cuente, todas sabemos cómo acaba esto.

El sábado Valeria me invita a ir a un desfile de moda de un diseñador muy famoso. Ella va con su nuevo novio, sí, al parecer Raúl y ella ya son novios. Para no ir yo sola con la parejita decido invitar a Cristian, quien no muestra mucho entusiasmo con la idea, pero acepta, supongo que con tal de estar conmigo cualquier plan le parece bien.

Me esmero con el maquillaje, quiero estar radiante, aquello debe estar repleto de mujeres guapas. No quiero sentirme menos. Opto por un maquillaje intenso, pero elegante.

Me hago un ahumado con tonos que marcan el contraste con el color natural de mis ojos. Empleo quince minutos solo para hacerme el delineado, pero es que un buen delineado es la clave para agrandar el ojo y resaltar la mirada.

Me rizo las pestañas y aplico tres capas de mascara voluminizadora, no se puede escatimar con la mascara de pestañas, con razón me dura tan poco.

Para finalizar me pongo mi labial rojo mate sensual, mi favorito para este tipo de ocasiones. El pelo me lo dejo suelto, con ondas, ya tendré tiempo de llevarlo recogido cuando tenga que seguir las restricciones de mi nuevo trabajo.

Valeria me ha dejado un impresionante vestido negro, largo hasta los pies, del mismo diseñador al que vamos a ver. Al parecer a este tipo de desfiles hay que ir con alguna prenda del diseñador que expone su colección, es como una norma de cortesía. Es un vestido de etiqueta rigurosa, con escote asimétrico, drapeado por el centro, desde el pecho hasta la cinturilla, y con falda de vuelo.

A las siete me recoge Cristian, quien se baja para abrirme la puerta de su coche como si fuese una princesa. Sus ojos me lo dicen todo.

—No me habías dicho que tú fueses a desfilas —dice sin apartar la mirada de mí.

—¡Qué bobo! —sonrío como una niña.

—Señorita —me coge la mano y me la besa como si estuviésemos en una película.

—¿Qué haces loco? —pregunto sin poder evitar soltar una carcajada.

—Es que no sé si esto real. Me parece tan perfecto que creo que estoy en Disney.

Veinte minutos más tarde, tras un largo, pero no incómodo silencio, llegamos a IFEMA, lugar en el que se celebra el desfile. En la puerta nos esperan Valeria y Raúl.

El lugar está decorado con una exquisitez sublime, una luz tenue y dorada lo inunda todo. Una pasarela de cristal, de la que surgen destellos azulados, preside la estancia. El borde de la pasarela está decorado con unas luces blancas.

Cortinas de raso, envueltas en pequeñas luces ocultan la presión a la que deben estar sometidas las modelos en este preciso instante.

Una camarera pasa junto a nosotros ofreciendo champán. Cogemos una copa y brindamos los cuatro.

El techo está repleto de focos y aparatos que de momento permanecen apagados. También cuelgan tres grandes lámparas repletas de cientos de lágrimas de cristal.

Buscamos el cartelito con el nombre de mi amiga y tomamos asiento en unas sofisticadas sillas negras que hay junto a la pasarela, en la primera fila, Valeria me

cuenta que la “First Row” está destinada a editores de revistas de moda, otros diseñadores, periodistas, celebrities, bloggers, egobloggers, fashionistas, it girls y, por supuesto, para gente muy cercana del diseñador, como ella.

Comienza a sonar una música difícil de definir, parece House, pero también Dance. En el centro del telón que separa los bastidores de la pasarela aparece en una pantalla gigante el nombre del diseñador al compás de la música. Le sigue un video de él hablando de la colección y de su inspiración que básicamente es la belleza femenina y el poder de una mujer segura de sí misma, independiente y exitosa. Me encanta todo lo que dice, despierta mi atención y los dos minutos que dura el video se me hacen demasiado cortos.

Todo se torna negro y el público se queda en silencio durante unos segundos y acto seguido la pasarela se convierte en un auténtico concierto de música, luces y mujeres hermosísima caminando sobre esta.

Toda la ambientación combina a la perfección, aunque el protagonismo lo adquieren sin duda los impactantes diseños que lucen estas diosas.

Valeria y yo nos pasamos el desfile haciendo fotos y comentando los espectaculares modelitos.

Al terminar el desfile voy al baño con Valeria. Cristian y Raúl nos esperan en la salida. Se me corta la respiración cuando veo salir a Víctor del baño de caballeros. Él me mira de arriba abajo y abajo y quedo extasiada bajo el brillo de su mirada.

—Voy entrando —dice Valeria que se percató de la situación.

¿Pero qué hace aquí? ¿Ha venido solo? No puede ser. Yo pensé que este tipo de casualidades solo se daban en las películas, no aquí, en una ciudad como Madrid. ¿No hay otro sitio al que ir un sábado?

—Ana —dice Víctor por fin.

—Víctor —susurro nerviosa. Me pone como una moto.

Se acerca un poco más a mí y su cercanía hace que mi respiración se agite.

—Estás... preciosa.

—Gracias.

—Yo... bueno aprovecho que te veo para pedirte disculpas por lo que sucedió en la fiesta de cumpleaños de tu amigo.

—No te preocupes, yo también te debo una disculpa, fui un grosero.

Me mira. Le miro. Sus ojos se clavan en mis labios.

—¿Con quién has venido? —pregunto directa.

—Con...

—Ya estoy, amor —le interrumpe una chica rubia que sale del baño.

¿Amor? ¿Ha dicho amor? No me lo puedo creer.

—Bueno, disfrutad de la noche —corro hacia el baño apresurada y dejo a Víctor con la palabra en la boca.

—¿Estás bien? —pregunta Valeria al verme entrar con la cara descompuesta.

—No, no estoy bien. ¿Has visto esa rubia despampanante que acaba de salir del baño?

—Sí, como para no verla.

—Pues venía con Víctor y le ha llamado amor.

—¿En serio? Ese sí que no pierde el tiempo.

El mundo se me echa encima. Me repito una y otra vez que Víctor y yo no tenemos nada ni lo tendremos. Fue solo sexo.

Cuando Cristian, que no sospecha nada de lo que ha ocurrido en el baño, me deja en la puerta de mi nueva casa, me despido y subo corriendo.

No puedo evitarlo y como una niña tonta me pongo a llorar. ¿Seré estúpida? Este tío es un mujeriego y no me extraña, con ese cuerpo y esa cara, puede tener a la mujer que quiera.

En algún momento de la noche me quedo dormida. Por la mañana me llega un mensaje que anuncia cambios en mi programación. La reviso y veo que me han programado un vuelo para ese mismo día a Cancún y voy a estar allí una semana. Comienzo a saltar de alegría.

Preparo la maleta con ilusión, meto todos los bikinis que tengo y llamo a Valeria para contárselo.

—¿Cómo? ¿Una semana en Cancún? No te puedo creer.

—Créeme.

—Pero qué raro que te lo hayan programado con tan poca antelación, eso es que alguien de la tripulación se ha dado de baja y nadie se da de baja para ir a un vuelo de una semana en Cancún a no ser que se esté muriendo.

—Ya, pues alguien se está muriendo.

—¿Con qué técnicos vas? —pregunta refiriéndose a los pilotos.

—No sé, no lo he mirado. Voy a ver. No, no, no. Víctor —digo sin dar crédito al ver su chequeo lobo.

—Sí, parece que alguien se está muriendo, pero por verte.

—¿Qué?

—Lo que escuchas, que no es casualidad que en ese vuelo vaya Víctor y que te lo hayan programado así a última hora.

—¿Quieres decir que él tiene algo que ver con ese cambio?

—Por supuesto.

—Pero ¿por qué iba a querer él viajar conmigo si ya está con otra?

—No lo sé, lo descubrirás en esta semana.

—Ay, no. Ya se me han quitado las ganas de ir. Es que no estoy disfrutando de mi nuevo trabajo por su culpa.

—No disfrutas porque no te da la gana. Tu pasa de él y listo.

A las siete ya estoy perfectamente uniformada y en la sala de *briefing* de la compañía. La sobrecarga del vuelo, Juana, nos da las instrucciones del servicio a bordo y hacemos un repaso de los principales procedimientos de emergencia. Nos recuerda la importancia de revisar los baños cada media hora y los paseos confort por la cabina.

Acto seguido entra el comandante, Víctor, y el segundo oficial, Jesús. No me pasan desapercibidas las miradas que le echan algunas de mis compañeras. No me extraña, ese uniforme, con esos cuatro galones dorados en su chaqueta, despiertan demasiado interés, aunque a decir verdad no sé si está mejor así vestido o al desnudo. Por un momento me imagino su miembro duro dentro de mí y...

—Ana, qué suerte tenerte en este vuelo, al resto creo que no os conozco. Bueno, contigo sí he volado, María José, ¿no? —dice Víctor.

—Sí —responde ella tímida.

Yo me limito a forzar una sonrisa.

Nos informa de la duración del vuelo, nueve horas, y la meteorología. Al parecer va a ser un vuelo lleno de turbulencias, según ha informado Víctor. Recordamos también el código de emergencia y el de operación normal para abrir la puerta de *cockpit*.

Terminamos la reunión y nos recogen para llevarnos a la puerta del avión.

Antes de subir siento una energía sensacional, en esta ocasión sé que pase lo que pase, cuando vuelva podré estar en paz en mi nueva casa, sin nadie que me amargue.

Voy a ser lo más profesional posible e intentaré hablar con Víctor lo justo.

Quiero hacer honor a esta profesión. Ser tripulante de cabina debe ser sinónimo de elegancia, profesionalidad, cordialidad, educación, resistencia, sobre todo al cansancio y al cambio de horario, pasión, y optimismo.

Hace muchos años las azafatas éramos vistas como mujeres frágiles, mujeres atractivas vestida de forma elegante, por suerte esa imagen fue cambiando y se nos llegó a considerar lo que somos: mujeres fuertes, independientes, atrevidas, mujeres seguras, en definitiva mujeres perfectas. Aunque siento que con el tiempo esa imagen se ha ido denigrando nuevamente con la llegada de las compañías de bajo coste, aún llevo poco tiempo para juzgar la situación, pero por lo que he vivido en los primeros vuelos y lo que he podido comentar al respecto con Cristian o Valeria esa es la sensación que percibo.

La gente debería tener presente que si algo sucede somos su salvación, en caso de una emergencia a bordo somos quienes sabemos los procedimientos de seguridad, quienes hemos sido entrenadas para ello. En caso de que algún pasajero necesite asistencia medica tendremos que hacer uso de nuestra formación en primeros auxilios. En caso de que no hablen nuestro idioma somos quienes le vamos a traducir,

porque para eso hemos tenido que demostrar que somos competentes en otras lenguas, aunque confieso que en esta última competencia yo no soy la mejor. No son pocas las facetas de mi trabajo.

Termino con todas las tareas pre-vuelo y doy mi ok para el despegue.

Instantes después el comandante informa que entramos en pista y estamos listos para el despegue. Escuchar su voz me desconcentra, no obstante trato de hacer el *Silent review* sin distraerme.

Cuando por fin estamos en el aire dejo que mi imaginación vuele junto a la aeronave.

Terminamos con el servicio y cuando estoy de vuelta al *galley* trasero, un niño impertinente que ya me ha molestado varias veces durante el servicio me exige:

—¡Quiero otra bandeja!

Le fulmino con la mirada sin que su madre me vea.

—Pero con el postre y todo —continúa el niño.

—Ahora cuando termine reviso si ha quedado algo —respondo muy sonriente.

—Pero si ya habéis terminado —insiste.

—No, no hemos terminado, ahora tengo que ver los pasajeros que dormían cuando hemos repartido en servicio —continuo sonriente y controlando mi carácter.

Sin más sigo con el carro hasta llegar al final del avión. No me da tiempo a abrir la cortina del *galley* cuando el niño me está tirando de la falda pidiéndome la bandeja con malas formas. Me da tanto coraje su actitud que, aunque me han sobrado, le digo que no tengo más.

—Lo siento, cariño, no me han sobrado.

Al rato veo a mi compañero con una bandeja de comida y le pregunto que adónde va.

—A llevársela a un niño gordo y pesado que no para de pedirme.

No puede ser. Yo hasta el moño del niño le digo a mi compañero que ni se le ocurra dársela, que no ha parado de molestarme durante todo el servicio y no me da la gana de que se salga con la suya. Mi compañero se ríe y cómplice deja la bandeja en el carro de nuevo.

A la media hora, cuando terminamos de comer estoy con mi compañero en el *galley* y vuelve a aparecer el susodicho.

—¡Quiero un muffin! O no, mejor dos. ¡Y una chocolatina!

Esto es el colmo, pero ¿dónde está la cámara oculta? Este niño quién se cree con estos malos modales.

Mi compañero le va a dar la chocolatina cuando le paro la mano.

—No, ni se te ocurra —le digo a mi compañero delante del niño.

Me agacho frente al niño y muy serio me dirijo a él.

—Es la tercera vez que me pides las cosas así y a mí no me falta el respeto nadie, menos un niño. Si tus padres no te lo han enseñado, las cosas se piden por favor y sin exigencias, tanto a mí como a mis compañeros.

El niño se va, enfadado y sin decir nada, a su asiento.

Una compañera llega y me informa de que Juana, la sobrecargo, quiere hablar conmigo. Me asusto y pienso que es algo relacionado con el dichoso niño.

—¿Querías verme? —pregunto algo nerviosa cuando llego a la parte delantera del avión.

—Sí, siéntate, por favor —dice indicando al trasportín.

—Verás, Ana. No sé si te has leído el manual de uniformidad, pero no puedes llevar ese tono de coloretes, es demasiado rosado, tampoco la sombra de ojos tan oscura.

—Vaya, lo siento muchísimo —digo sorprendida—. Este es uno de los tonos que viene sugerido en el propio manual, de hecho es de una de las marcas sugeridas, puedo mostrárselo.

—No hace falta, trata de utilizar otro entonces en tu piel se ve demasiado oscuro. Será imbécil esta tía envidiosa.

—Sí, por supuesto. Gracias.

—Por esta vez lo voy a dejar pasar y no te voy a hacer un informe negativo.

¿Perdona? ¿Un informe por esto? Pero si estoy utilizando el que viene en el manual estúpida.

Me limito a sonreír.

—Antes de irte pasa por cabina de mando por si necesitan algo —indica.

—Por supuesto —sonrío e indignada voy a cabina de mando.

Estoy tan nerviosa que me he olvidado el código de acceso, miro hacia atrás y me aseguro de que la sobrecargo no me esté mirando, si descubre que me he olvidado el código de acceso a *cockpit*, podrían incluso despedirme.

De pronto, escucho que la puerta se desbloquea sola, empujo y entro. Sonrío y me encuentro con la sonrisa de Víctor, quien me indica que tome asiento.

—¿Qué tal? —me pregunta el segundo cuando terminan de hablar por radio.

—Bien, venía para ver si necesitabais algo.

—Sí, voy a aprovechar para prepararme un café.

—Puedo preparártelo yo —le indico.

—No te preocupes, así estiro las piernas y aprovecho para ir al baño.

Jesús sale y Víctor me mira serio.

—Gracias por abrirme —le indico.

—¿Se te olvidó el código?

—Sí, es que estaba muy nerviosa

—Eso es una falta muy grave —dice serio y me asusto, al fin y al cabo él es la máxima autoridad en el avión.

—No volverá a suceder —aseguro.

—Estoy de broma —ríe—. ¿Por qué estás nerviosa?

—Estoy teniendo un vuelo movidito.

—Pues aún no han llegado las turbulencias —asegura—. ¿Qué es lo que te ha pasado?

—La sobrecarga me acaba de llamar la atención, porque dice que mi maquillaje no se ajusta al manual.

—Si estás perfecta, eres la que mejor maquillada va de toda la tripulación.

—Ella no piensa igual. Lo peor es que todo lo que uso es lo que viene en el manual, incluso compre los tonos de las marcas recomendadas, a pesar de ser más caros.

—¿Se lo has dicho?

—Claro que se lo he dicho. Encima parece que me estaba salvando la vida, porque dice que por esta vez lo va a dejar pasar y no me hará ningún informe.

—Esa vieja es una amargada. Te tiene envidia. Si te sigue molestando, dímelo.

Me limito a asentir con la cabeza.

—Por cierto, ayer...

—No tienes que darme explicaciones —le corto.

—No iba a dártelas, solo quería decirte que fue de muy mal gusto que te fueras así sin despedirte.

Pero ¡tendrás poca vergüenza!

—Tenía prisa y no quería hacer esperar a tu...

—Hermana. Se quedó un tanto sorprendida por tu actitud, le había hablado de ti y quería presentártela.

¿Perdón? Vamos por partes. ¿Qué era su hermana? ¿Esa rubia despampanante y buenorra era su hermana? ¿Le ha hablado de mí? ¿Iba a presentármela? Menuda imagen se llevaría.

—Eh..., yo pensé...

—¿Que era un ligue? —interrumpe seguro.

—Sí —confieso avergonzada, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Te crees que porque tú ya estés con otro yo también voy a hacerlo.

—Yo no estoy con nadie —afirmo molesta.

—¿No? ¿Entonces qué tienes con Cristian?

—No tengo por qué responder a eso.

—Así que mis sospechas son ciertas, estás con él.

—No estoy con él.

—Ah, ¿no? Y ¿por qué te besas con él y te acompaña a todas partes últimamente? O ¿crees que ayer no lo vi cuando salí?

—Eso no es asunto tuyo.

—Veo que no pierdes el tiempo.

—¿Vas a seguir ofendiéndome? ¿No has tenido bastante con todas las cosas horribles que me has dicho ya?

—No sabía que pasaras página tan rápido —continúa.

—¿Pasar página? ¿De qué?

—De lo nuestro.

—No sabía que había un lo nuestro.

—Ahora ya lo sabes.

Por un momento dudo en preguntarle si él ha tenido algo que ver con que yo esté hoy en este vuelo, pero justo en ese momento el segundo oficial entra con un compañero.

—Víctor ya te puedes ir al descanso, se queda conmigo María José.

—Sí, ahora voy —dice Víctor.

—Bueno, yo me marchó ya —me levanto y sin decir nada más salgo.

Escucho que Víctor sale detrás. Me dispongo a continuar cuando alguien me agarra de la mano y me mete en la crew rest de los pilotos.

—¿Qué haces, Víctor? Me asustaste.

No sé si es que el amor se vive con una intensidad diferente a 30 000 pies de altura o es que este hombre me hace perder los sentidos con su cercanía, la cuestión es que lo tengo frente a mí, demasiado cerca, en un cuarto cerrado y con una cama. Estoy hipóxica perdida.

Una parte de mí quiere salir de aquí corriendo, la otra en cambio se muere por besarle.

—Necesito besarte —dice con un tono de voz ronco y sexy.

—¿Ahora? —preguntó como una estúpida.

Él sonríe ante mi pregunta.

—Esto no está bien —continuo al ver que su boca está cada vez más cerca de la mía.

Acorta los centímetros que nos separan y posa sus labios sobre los míos. Me besa con pasión, pega mi espalda a la puerta, lo que provoca un ruido que capta la atención de la sobrecarga que pasa por allí en ese momento.

—¿Todo bien? —pregunta Juana al otro lado.

—Sí, Juana estoy preparando la crew rest para irme a descansar. Avisa para que me despierten dentro de dos horas —dice Víctor.

—Perfecto.

Ambos reímos en silencio como si fuéramos dos adolescentes.

—Tengo que irme Víctor si me descubren aquí me muero.

—Está bien, te dejo marchar, pero tenemos algo pendiente.

Salgo rápido y me meto en el baño. Me coloco bien el moño y salgo. De pronto me encuentro con Juana.

—¡Qué susto me has dado! —confieso aterrada.

—No hace falta que me tengas miedo, mujer —bromea como si tuviese gracia algo de lo que dice.

—Te estaba buscando.

—¿Sí? Dime —las piernas me tiemblan.

—¿En dos horas podrías despertar a Víctor de su descanso? —Obviamente es una pregunta retórica.

—¿Yo?

—Sí, tú. Ni que te fuera a morder —dice al ver mi cara.

Si yo fuera tú no estaría tan segura de eso.

—Claro, no te preocupes.

Me dirijo a la parte trasera del avión y un pasajero me llama.

—Dígame, señor.

—¿Me podría dar un paracetamol? Es se me están hinchando los tobillos y estoy preocupado. No sé de qué puede ser.

—No se preocupe, eso es normal a esta altura y más cuando va usted de pasajero que tiene que permanecer sentado tanto tiempo, se suele llamar “síndrome del turista”. De un paseo por el avión —le indico amablemente.

—Gracias.

Las siguientes dos horas se me hacen eternas, tanto así que no consigo aguantar y voy a despertar a Víctor media hora antes de que termine su descanso.

Entro con sumo cuidado en la crew rest y me percató de que Víctor está despierto.

—¿Ya es la hora?

—No —confieso.

—Y ¿qué haces aquí? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ver si descansas.

—Pues ya ves que no, no podía dormir.

—¿Por?

—Alguien me ha quitado el sueño.

—¡Vaya!

—Ven —ordena.

Me acerco y me besa sin avisar. Me sienta en la cama a su lado. No hablamos. Solo nos miramos, aunque por muy poco tiempo, pronto comienza a besarme con una sensualidad irresistible. Me desabrocha la camisa del uniforme y me baja un tirante del sujetado, luego el otro. Mete su mano por debajo de mi falda y frota sus dedos por mis braguitas. Estremezco y le muerdo el cuello.

Necesito tenerlo dentro de mí. Le desabrocho el pantalón y saco su viril miembro. Lo masajeo. Él comienza a jugar con mis pezones, los roza con su lengua y los succiona. Estoy tan excitada que voy a gemir. No sé si podré ser tan silenciosa como las circunstancias requieren.

Se separa de mí.

—Eres hermosa, princesa —dice con una voz morbosa.

Siento que mojo mis braguitas, me las quito y pongo su miembro en mi entrada.

—¿Por qué vas tan deprisa? ¿Tantas ganas tenías de mí? —dice divertido.

Esa seguridad suya tan chulesca y arrogante me mata, pero sé que solo está provocándome y hoy no me apetece entrar en su juego, prefiero que él entre en el mío.

—Tenemos veinte minutos, tú decides que quieres hacer con ellos —respondo mordiéndome el labio vanidosa.

Me agarra con fuerza por la cintura y me empuja hacia sí. Tras ello se detiene y me mira.

—¿Tienes condones?

—No.

—Yo tampoco —dice preocupado.

—No me he acostado con nadie desde que estuve contigo —confieso, pues sé que es lo que lleva rato deseando escuchar.

—Ni, yo.

Sin avisar me la clava entera y no puedo evitar soltar un gemido de dolor y placer. Él me tapa la boca con su mano y comienza a follarme con intensidad.

—No sabes cómo te he echado de menos —dice mientras entra y sale sin contención.

No duramos demasiado y nos corremos casi al mismo tiempo.

Después de esto apenas cruzamos palabra. Él se incorpora a su puesto y yo al mío, por suerte el vuelo está siendo tranquilo y nadie me ha echado en falta.

Llega la hora del desayuno y salimos de nuevo con el servicio. Veo al niño maleducado un par de filas más adelante. Me mira raro y no se separa de sus padres.

Cuando llego le pregunto qué quiere de beber y resulta que se agarra al padre como si me tuviese miedo. Tiene los ojos llorosos, parece que ha estado llorando, aunque dudo que sea por lo que le dije antes.

—¿Qué le has hecho a mi hijo que lleva todo el vuelo asustado? —dice el padre muy serio.

—¿Yo? —Esbozo una sonrisa angelical—. Solo le dije que nos pidiera las cosas por favor.

Mi compañero está al otro lado del carro, detrás del niño y sus padres y no para de reírse, porque él estaba cuando hablé con el niño. Trato de contener la risa y me agacho para hablar con el mocoso. Finjo ser la mujer más cariñosa del mundo.

—Pequeño, no tienes que estar triste, no es para ponerse así cielo, no te he dicho nada malo solo que tienes que pedir las cosas siempre por favor, ¿verdad que sí papi? —digo mirando a su padre con una mirada penetrante.

—Claro hijo, hazle caso a la azafata, lleva razón.

Odio que me llamen azafata.

—Toma, ¿quieres otra bandeja? Me han sobrado —digo falsa.

—Fuera, ¡vete! —grita el niño.

El padre le regaña por sus modales y yo me limito a lanzarle una mirada cómplice y angelical.

Cuando el avión aterriza en el aeropuerto de Cancún procedemos al desembarque de pasajeros y una vez revisado el avión y realizado el *security search* pasamos por aduana. Un minibús nos espera en el exterior y nos lleva al hotel, que está a unos cuarenta minutos.

Es media tarde y apenas el sol comienza a ponerse, aún no me puedo creer que esté en México. Por la venta vislumbro un paisaje que denota escasez. Me lo imaginaba diferente. Pero en cuanto llego al hotel mi visión cambia, el complejo, en primera línea de playa, cuenta con pequeñas villas de lujo. Miro con asombro la recepción, quedo deslumbrada.

Nos entregan las llaves de las habitaciones e intento ver en cuál se aloja Víctor, aunque no consigo ver la lista, pero no me preocupa, estoy segura de que él se encargará de memorizar en qué habitación estoy yo.

Tras recoger la llave, un carrito como de golf nos recoge y nos lleva a nuestras respectivas habitaciones. Víctor se sube al mismo carrito que yo.

Algunos compañeros proponen ir a la piscina ahora a tomar unas cervezas, eso sí, después de quitarnos el uniforme, tenemos prohibido beber con él puesto.

Víctor me mira como si estuviese esperando mi respuesta para responder él.

—Me parece bien, yo también me apunto —digo al fin.

—Y yo —prosigue Víctor.

El conductor me deja en mi habitación y continua el recorrido con Víctor y otra compañera eso me da una pista de donde puede estar su habitación.

Entro en la villa y tanto lujo me embelesa. Cuenta con una pequeña parcela individual y con vistas a un estanque. El vestíbulo es pequeño, pero cuenta con una imponente escalera que lleva a una terraza donde hay un *jacuzzi* desde donde se puede ver al fondo la playa.

La habitación es una *suite* con cama king size y baño con ducha efecto lluvia, todo un lujo fuera de mi alcance. Saco mi móvil y hago un video de toda la villa para enviárselo a Valeria.

Me quito la ropa y me tiro en la cama. No me puedo creer que esto sea real, parece un sueño. Tanto lujo para mí sola y todo gracias a mi trabajo.

Me pego una ducha, me pongo uno de los muchos vestiditos veraniegos que me he traído y voy dando un paseo a la piscina infinita del hotel, en primera línea de playa. Víctor y otros compañeros de la tripulación ya están allí.

—¿Qué desea tomar? —pregunta el camarero una vez que he tomado asiento junto a mis compañeros.

—Un *gin-tonic*, por favor.

—Si que empezamos fuerte, Ana —dice María José.

—Sí —sonríó.

La velada transcurre entre risas, insinuaciones y algún que otro roce, pues Víctor se ha sentado a mi lado sin ningún reparo, en cuanto dos compañeras se han ido al restaurante a cenar.

Confieso que me encuentro algo achispada, llevo dos *gin-tonics* y no estoy acostumbrada a beber sin comer nada.

—Yo tengo un poco de hambre —digo para ver quién se anima a ir al restaurante.

—Yo también —dice Víctor.

—Y yo —comenta otra compañera.

Al final nos levantamos todos y vamos juntos a cenar.

Durante la cena apenas hablo con Víctor, está demasiado lejos.

Cuando termino de comer me levanto de la mesa y me despido de los compañeros.

—Pero ¿dónde vas tan pronto? —pregunta un compañero.

—Quédate a tomar algo —insiste María José.

—Estoy cansada. Mañana, tenemos una semana por delante —digo mientras cojo mi bolso y para irme.

—¡Espera, Ana! Yo también me voy ya —dice Víctor.

En ese momento siento que me pongo roja como un tomate. ¿Cómo ha podido ser tan poco discreto? Siento que los compañeros me miran, estoy segura de que sospechan algo.

Víctor se acerca hasta donde yo me encuentro.

—¿Vamos? —pregunta tras percatarse de mi parálisis.

—Sí.

Caminamos en silencio hasta salir del restaurante.

—¿Cómo se te ocurre decir que nos vamos juntos delante de todos? —pregunto sorprendida.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque ahora todo el mundo va a sospechar.

—Anda ya, es lo más normal del mundo que unos compañeros se vayan con otros. Nadie va a sospechar nada. A parte ¿qué es exactamente lo que te preocupa que sospechen?

—Pues lo que tenemos.

—Y ¿qué tenemos? —pregunta descarado.

Me mira con esa mirada suya tan penetrante. Parece muy interesado en mi respuesta.

—Buena pregunta.

—Lo sé, por eso quiero saber la respuesta.

—Pues, la verdad, no sé la respuesta.

—Ven, acompáñame que yo voy a darte la respuesta —dice con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios.

—¿Qué? Pero...

—Shh —pone su índice sobre mis labios y me coge de la mano y me lleva hasta su villa que se encuentra en primera línea de playa.

Saca la tarjeta del bolsillo de su pantalón y abre la puerta. Me mira y sonrío. Me pone mucho.

—Adelante —me invita a pasar con un caballeroso gesto.

Entro y me quedo trastornada ante tanta exquisitez. Si mi villa me pareció ostentosa y sofisticada esta es surrealista, mire donde mire solo veo exhibición. La entrada principal es completamente de cristal, con vistas panorámicas a la bahía. Cuenta con sala de estar, con una zona de bar equipada con varios tipos de bebidas, entre las que distingo una botella de Moët. La habitación principal es una *suite* con baño italiano separado por cristales.

—Ven —Víctor me coge de la mano y me lleva a la terraza.

—Guau —no puedo disimular mi asombro.

La terraza es enorme, cuenta con una enorme cascada de piedra y un *jacuzzi* tan grande que podría pasar perfectamente por una piscina.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Víctor.

—Me da igual —digo casi sin poder salir de mi asombro.

—¿Champan?

—Sí, champan está bien.

No puedo dejar de contemplar la escena. Nunca me había imaginado en una situación así. Todo cuanto me rodea parece sacado de una película.

La iluminación nocturna junto al sonido del mar me envuelven en un estado de seducción del que resulta difícil salir.

—Toma —Víctor me ofrece una copa y me sirve un poco de champan de la botella de Moët & Chandon que acaba de abrir.

—Pero Víctor esto debe costar una fortuna.

—La ocasión lo merece.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, lo que quieras —dice mientras me sirve.

—El hecho de que yo esté aquí no es casualidad ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —sonrío.

—Me refiero a que me programasen este vuelo a última hora.

—No, no es casualidad —dice descarado.

—Me parece muy mal que interfieras así en mi trabajo —digo queriendo parecer indignada.

—Lo siento, no podía resistirlo, cuando te vi en el desfile me di cuenta de que necesitaba verte y estar contigo a solas.

—¿Y esto fue lo mejor que se te ocurrió?

—Sí, ¿no te parece una idea magnífica?

No contesto.

—No te hagas la dura, me deseas tanto como yo a ti —dice descarado.

—¡Serás creído!

Brindamos y, con los ojos vidriosos por el momento, le doy un sorbo a mi copa.

—Voy a preparar el Jacuzzi.

Cuando regresa retira la copa de mi mano y la deja sobre una mesa. Luego me besa despacio. Se aparta y comienza a desnudarme. Me sorprende su control, su lentitud, parece que quiere disfrutar del proceso.

Me deja completamente desnuda frente a él, veo el deseo en sus ojos. Intento quitarle los botones de la camisa, pero él con una sonrisa me aparta la mano. Quiere permanecer así vestido.

Pasa sus dedos por mi cuerpo y se detiene en mi entrepierna. Me roza y noto como me arde la vagina. Él continúa de pie, frente a mí contemplándome con deleite como si yo fuese una obra de arte. Su cara seria me excita.

—Estás muy húmeda —susurra.

Uno de sus dedos se introduce en mi interior. Separo mis labios, pero evito gemir. Quiero ponérselo difícil. Saca su dedo de mí y lo lleva hasta mi boca. Me roza en los labios y percibo el sabor de mi propio sexo. Introduce un dedo en mi boca, luego otro. Y otro más. Me hace abrir las piernas un poco más, luego saca sus dedos de mi boca y los lleva hasta mi entrepierna, me introduce uno y luego otro. En esta ocasión no puedo evitar gemir de placer.

Me agarra el pelo con fuerza y tira hacia atrás. Me besa con pasión mientras sus dedos entran y salen de mí.

Creo que voy a explotar, ¿cómo puedo estar tan excitada con tan poco?

—Eso es, déjate llevar —dice al ver como mis gemidos se vuelven cada vez más intensos.

Noto la humedad en mi vagina, mi cuerpo se tensa y llego al orgasmo.

Me da un beso, tras ello le da un sorbo a mi copa de champan.

—Creo que el *jacuzzi* ya está listo —dice.

—Voy un segundo al baño —digo confundida por lo que acaba de suceder.

Es la primera vez que un hombre me hace llegar al orgasmo de esta forma. Estoy completamente desnuda y con la entrepierna chorreando. Me miro al espejo y respiro. Este hombre me vuelve loca.

Cuando regreso a la terraza me percató de que ha puesto música y que se está desnudando. Observo como se quita la ropa y deja al descubierto su trabajado cuerpo. Creo que vuelvo a estar húmeda.

Me agarra de la mano y me ayuda a entrar, luego entra él. El agua está calentita y el burbujeo me relaja. Permanezco unos minutos en silencio disfrutando de la melodía del mar, del hilo musical que ameniza el momento al son del burbujeo.

—No decías que ibas a darme la respuesta... —Rompo con el momento al recordar la conversación que nos ha traído a su habitación.

—No seas impaciente, en ello estamos —asegura.

Me vuelve loca.

—Tengo miedo —confieso.

—¿Miedo?

—Sí, apenas nos conocemos, solo tenemos buen sexo y yo... bueno, yo nunca he sentido esto que siento por nadie.

—Esto no es solo sexo —dice acercándose y poniéndose frente a mí—. Y sí que sé de ti lo suficiente.

—Hasta hace unos días pensabas que era una arribista que solo quería tu dinero.

—Sí, es cierto, pero cada vez que te miro a los ojos, tu mirada me dice que estoy equivocado.

Le beso.

—¿Y qué sabes de mí entonces? A ver...

—Sé que eres una mujer hermosa, por la que cualquier hombre moriría, que destilas elegancia por cada poro de tu piel, que tienes 26 años, que te gusta el vino espumoso, el arte, las cosas buenas, sé lo que dicen tus tatuajes, sé que te gusta la tarta de manzana, los hombres que te hacen sentir especial, sé que has tenido una vida complicada, que te da miedo el fuego, sé dónde vives...

—No, ya no —le interrumpo.

—Ah, es verdad ¿sigues en casa de Valeria?

—No, ya encontré un apartamento en el barrio de La Latina —sonrío.

—También sé que, aunque te aterroriza reconocerlo porque quieres ser una mujer independiente, te encantaría estar con un hombre como yo.

—Mira que eres creído.

—Sé que te gustan las fresas, que te encanta que te hagan la cucharita mientras duermes, que por las mañanas tienes que cepillarte los dientes antes de darme un beso de buenos días. No está mal ¿no?

—La verdad es que no, nada mal.

—Mañana quiero llevarte a un sitio.

—¿Adónde?

—He alquilado un coche y quiero ir contigo al Chichén Itzá y a algún cenote natural.

—Eso está en Yucatán, ¿no? Es una de las siete maravillas del mundo.

—Sí, veo que has estado curioseando.

—No exactamente, me lo han dicho los compañeros durante el vuelo.

—¿Qué más te han recomendado visitar?

—Poco más, la verdad.

—No te preocupes, yo te voy a enseñar todo México. ¿Qué digo México? El mundo entero si tú quieres.

—No hace falta que me prometas la luna para camelarme, ya me tienes loca —confieso.

—¿Sí? Qué sorpresa, no sabía que me resultaría tan fácil —juguetea con mi boca.

Me enfado conmigo misma por ser tan facilona con él.

Comienza a besarme el cuello y caigo rendida ante él. Me da la vuelta y me tumba boca abajo en el borde del *jacuzzi*, solo mis piernas están sumergidas. Noto su erección rozar mi trasero. Espero que no quiera penetrármelo, hace años que no práctico sexo anal y ahora mismo, después de la cena, no me parece una buena idea. Estoy a punto de protestar cuando noto como coloca su miembro en mi vagina. Desliza sus manos por mis caderas y asciende hasta mis pechos, los masajea al tiempo que su miembro se abre paso.

—Me encanta la suavidad de tu cuerpo —susurra en mi oído.

Me gira la cara y acerca sus labios a los míos. Tras ello, se introduce en mí, gimo en su boca y él empuja hasta el fondo.

Con su mano comienza a masajear mi clítoris mientras me penetra con fuerza. Mi pulso se acelera. No voy a aguantar, estoy cardíaca.

—¡Voy a estallar! —consigo decir entre gemidos.

—Hazlo —susurra mientras me penetra con más fuerza.

Gimo... grito... grito...

Siento que me va a partir.

—¿Te gusta que te folle así?

—Mucho.

Me corro.

Él se detiene, no ha terminado aún.

—Quiero más —confieso sin apartar la mirada de sus ojos.

—Tranquila, nena. Que voy a darte mucho más.

Por la mañana me despierto muy temprano, sin necesidad de despertador, debe ser por la diferencia horaria. Me siento agotada, apenas hemos dormido unas cuantas horas.

Sonrío al recordar todas las cosas que hicimos anoche. Me giro hacia él y contemplo como duerme. Parece un angelito.

Le doy un beso en los labios y me sonríe con los ojos aún cerrados.

—Vaya, ¡qué buenos días! —dice.

Sonrío.

—¿Te apetece pasar el resto del día conmigo? —pregunta como si no supiese la respuesta.

—Por supuesto que sí —vuelvo a besarle.

—Si vuelves a hacer eso, no te dejaré salir de esta cama en todo el día.

—Entonces será mejor que me vaya ahora —digo entre risas mientras me levanto de la cama y voy directa al baño, pues sé que lo ha dicho muy en serio.

Desayunamos juntos en la terraza del restaurante del hotel disfrutando de las impresionantes vistas. Por suerte no hay ningún compañero en el restaurante que nos vea juntos. No suele estar bien visto que una tripulante esté desayunando sola con el comandante, da mucho de que hablar.

Pedimos la cuenta y antes de que nos la traigan llega Juana, quien sin ningún reparo se acerca a nuestra mesa.

—Veo que habéis despertado pronto —dice muy sonriente.

—Sí —respondemos Víctor y yo al unísono.

—¿Habéis descansado?

Su pregunta me deja un poco descolocada. Víctor responde con la misma picaresca que ella.

—Lo suficiente Juana, lo suficiente.

—Me alegro.

—Qué aproveche el desayuno —digo tímida.

—Gracias.

Víctor me mira y se ríe.

—¿Se habrá dado cuenta? —pregunto asustada.

—¿De qué?

—¿Otra vez con eso?, pues de esto —digo señalándonos con el dedo.

—Creo que sí.

—¿Qué?

—Tranquila, Ana, no tiene pruebas de nada, no se atreverá a crear un chisme, créeme.

Salimos del hotel y un señor con muy malas pintas nos está esperando para entregarle el coche de alquiler a Víctor. Antes de darle las llaves del vehículo le hace firmar un contrato y le dice que tenga cuidado que algunas zonas del país son peligrosas.

—Lo sé, no se preocupe —asegura Víctor.

—Sí, me preocupa porque el coche que lleva es muy llamativo.

El señor se va y nos montamos en el coche.

—¿No era mejor un coche más discreto? —le pregunto.

—Tranquila, conozco este país, llevo años viniendo.

Eso me deja más tranquila. Arranca y yo pongo la radio. Suenan canciones mexicanas, sintonizo una emisora donde suena una canción de reggaetón y comienzo a mover los hombros.

—No sabía que te gustara este tipo de música —Víctor me mira con incredulidad.

—Ya te dije que hay muchas cosas de mí que aún no sabes.

—No te pega —asegura.

—¿Por qué?

—No sé, con lo fina que eres...

—Vengo de barrio, eso no se puede ocultar —bromeo.

Él se ríe y posa su mano sobre mi muslo. El día se presenta increíble.

Es difícil explicar qué se siente cuando una está enamorada, pero si me quedaba alguna duda, en este preciso instante acaba de disiparse, no solo por ese cosquilleo que me recorre por dentro cada vez que me toca o cada vez que quiero decir algo, sino porque cuando estoy con él hasta el silencio parece una dulce melodía.

Él sabe cómo hacerme sentir bien, con él siento que puedo ser yo misma, sin máscaras.

Durante el resto del viaje mi corazón salta de felicidad.

—Por aquí —le indico al ver una señal que anuncia el acceso.

—Por ahí siempre hay colas, para evitarlas entramos por otro sitio.

Aparcamos el coche en una explanada.

El recinto arqueológico es enorme. Al llegar, tras pagar la entrada, nos entregan un mapa.

Compramos una botella de agua, pues se prevé un día caluroso. Paseamos entre las ruinas y llegamos a una calle repleta de puestos con souvenirs, parece una especie de mercadillo. Los vendedores están casi por todos los senderos del recinto acechándonos para que les compremos algo.

Me detengo en un puesto y me fijo en un colgante de plata con una piedra preciosa que parece un rubí. Mil pesos me pide el vendedor, casi cincuenta euros, vaya. Para mi economía demasiado caro, para la de Víctor, que insiste en regalármelo, es una baratija.

—Venga, vámonos —le pido.

—¿Por qué eres así? Déjame regalártelo.

—Señorita, no sea tan desagradecida y acepte el regalo —dice el vendedor que lo único que quiere es sacarle los mil pesos a Víctor.

—Está bien.

Víctor coge el colgante, me gira de espaldas a él, me retira el pelo hacia un lado y me lo coloca. Me doy la vuelta y me toco la pequeña piedra con una mano.

—¿Me queda bien? —sonrío.

—Estás hermosa —me besa.

Durante las dos primeras horas de visita, Víctor me cuenta historias del lugar. Luego llegamos por fin a la Pirámide de Kukulcán o El Castillo, la estructura más importante y conocida de Chichén Itzá.

—¿No podemos subir? —pregunto al ver la inmensa pirámide.

—No, hasta 2006 sí se podía subir y ver los grabados, pero después de que una mujer cayese por la escalera y muriese lo prohibieron.

—Vaya, por culpa de una torpe tenemos que pagar todos.

—No digas eso, Ana.

—¿Por qué? Es la verdad, seguro que la mujer iba despistada, pendiente de las fotos.

—Igual la mujer era mayor.

—Si era mayor debe saber sus limitaciones.

—No me gusta cuando te pones así.

—¿Así cómo? —pregunto sorprendida por su tono serio.

—Tan frívola.

—Ay, de verdad.

Continuo caminando enfadada.

—¿Sabes? Me encanta cuando te enfadas —dice mientras me agarra de la cintura por detrás.

—No estoy enfadada —aseguro.

—Sí que lo estás.

Víctor me hace cien mil fotos hasta que salgo bien en una. Tras ello, continuamos caminando y muy cerca nos encontramos con el Grupo de las Mil Columnas, en el que se puede ver una impresionante terraza, repleta de columnas, de ahí el nombre de la estructura.

Llegamos a la zona de restaurante y en un pequeño jardín veo una manguera para regar las plantas. Tengo tanto calor que no se me ocurre otra cosa que refrescarme un poco el cuello, con tan mala suerte que cuando abro el grifo, el agua sale por todos sitios menos por donde preveía.

Me pongo empapada y lo peor es que también mojo a Víctor. El señor comandante tiene el semblante tan serio que parece mi abuelo.

—¡Qué haces! —grita.

—Solo quería refrescarme un poco —digo con cara angelical.

—¿Refrescarte? ¿Tú ves normal esto? Me han mojado.

—Ay, qué dramático, no te pega nada, si apenas te han salpicado unas gotas.
En ese mismo instante cojo la manguera y apunto hacia él. Lo pongo chorreando.
Su cara es un poema.
¡Qué miedo!

Viene rápido hacia mí y mi instinto me dice que corra. Así que eso es justo lo que hago, suelto la manguera y salgo corriendo.

—¡Anaaaaaaaaaaaa! —grita.

No puedo parar de reírme, aunque me preocupa el lío en el que me acabo de meter.

Víctor, que está mucho más en forma que yo me alcanza y caemos al suelo. Se tira encima de mí y me agarra las dos manos.

—Si no me sueltas voy a gritar y no sabes lo mal visto que está aquí el maltrato —le reto.

—¿Sabes que te voy a castigar por esto verdad?

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Y en qué castigo está pensando el señor?

—En uno muy duro y muy poco benévolo.

—No sabía que le gustase a usted ser tan dominante.

—Esta noche lo vas a ver.

—Estoy deseando.

—¿Sabes que estás loca?

—Sí, lo sé.

Me besa. La gente que pasa nos mira.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —susurra entre mis labios.

Sus palabras me producen una sobredosis de serotonina y dopamina, y unas recónditas palabras salen de mi boca.

—Te quiero —confieso.

¿Qué? Pero ¿qué he dicho? ¿Cómo se me ocurre? No puede ser que haya pronunciado en voz alta estas dos palabras.

¡Tierra trágame!

Él no dice nada, solo me da cientos de besos ardientes.

Me levanto avergonzada por la situación, como si la loca que llevo dentro se hubiese calmado. Me pongo de pie y me sacudo el pelo que está completamente lleno de arena. Miro con asco mi melena que se ha convertido en un barrizal.

Víctor se ríe.

—No tiene gracia —aseguro.

—¿Ahora no tiene gracia? Pues ahora para mí sí.

Entre risas caminamos de nuevo a la zona de restaurantes, entro en el aseo e intento arreglar el destrozo de mi pelo. La ropa la doy por perdida.

Con estas pintas nos tomamos una cerveza y comemos algo.

Después de comer me lleva a un cenote cercano. Se trata de una especie de piscina natural poco transitada. Ahí podemos bañarnos y quitarnos todo el barrizal. No puedo dejar de pensar en las palabras que he pronunciado. Él no ha hecho alusión a estas y yo he hecho como si nunca las hubiese dicho.

Pasamos una tarde increíble en el agua. Tras el baño nos tumbamos al sol y me siento en el paraíso junto a él. Como si por fin tuviera todo lo que necesito para ser feliz. Es esa sensación de estar en el lugar en el que quieres estar y con la persona con la que deseas. Ahora mismo no necesito nada más.

Por la noche, cuando llegamos al hotel estoy agotada. Víctor me pide que vaya a su suit, pero le digo que necesito ir primero a mi habitación, ducharme, estar sola... Esto último solo lo pienso, pero necesito unos minutos conmigo misma para reflexionar sobre lo que le he dicho hoy. Aún no me olvido de esas dos palabras imprudentes que han salido de mi boca.

Llego a mi habitación, me quito la ropa y me meto directa en la ducha, bajo el agua me llevo media hora y otra media arreglándome el pelo y todo para nada, porque con esta humedad en cuando salga por la puerta adiós a mis maravillosas ondas.

A las nueve y veinte salgo de mi habitación y pido un carrito para que me lleve a la suit de Víctor, hemos quedado allí, él no ha querido que vayamos al restaurante para que podamos estar solos y ha pedido *room service*.

Cuando llega el carrito veo que hay una persona montada en él. Juana.

—¿Adónde va señorita? —pregunta el conductor.

Permanezco en silencio unos segundos.

Pienso...

Pienso...

No puedo decirle que me lleve a la suit de Víctor.

—Al restaurante, por favor —acierto a decir.

—Buenas noches, Ana.

—Hola, Juana.

—¿Qué tal el día, querida?

—Muy bien.

—No te he visto por el hotel.

—He salido a una excursión.

—¿Sola?

—No.

—Ah, ¿con Víctor?

Dudo si responder o no, pero nada impide hacer excursiones con los tripulantes de vuelo.

—Sí —sonríó y trato de disimular mi incomodidad.

Ella permanece en silencio. Cuando llegamos al restaurante, antes de bajarme del carrito le digo al conductor que tenemos que regresar, que he olvidado algo en mi habitación.

—Ten cuidado, Ana. No eres la primera que llega a la compañía y cree que va a comerse el mundo —dice Juana mientras se baja del carro.

—¿Perdón? —digo totalmente desconcertada.

—Llevo muchos años aquí, querida. He visto a muchas chicas renunciar al restaurante para disfrutar del *room service* en la suit de Víctor.

—No sé de que me hablas.

—Tranquila, no es de mi incumbencia, solo quiero evitarte sorpresas.

El conductor pone en marcha el carrito y ella se aleja caminando hacia el restaurante.

Los ojos comienzan a escocerme. Trato de contener mis lágrimas, no quiero arruinar el maquillaje.

—Mejor déjeme en la suit 101, por favor —le indico al conductor.

El carrito para en la puerta de la villa de Víctor y se aleja. Dudo durante unos minutos si llamar o irme. Llamo.

Víctor abre la puerta y me mira de arriba abajo.

—¿Qué? ¿Parezco otra a que sí? —digo chulesca mientras entro en su habitación y evito que se dé cuenta de mi decepción.

La cena ya está servida sobre la mesa, él me retira la silla para que me siente.

Conforme avanza la cena mi decepción se convierte en enfado, no con él, sino conmigo misma, por ser tan ilusa, por pensar que era diferente. Al final es como todos, solo le gusto por mi físico, solo quiere sexo.

Siento que me ha estado utilizando para hacer sus viajes de trabajo más amenos. Ha hecho que me programasen este vuelo solo para tener una compañía asegurada durante toda la semana.

¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Cómo he podido enamorarme de él?

—¿Estás bien? Te noto muy callada.

—Sí —miento—. Es solo que en el aire todo se intensifica.

—Ahora no estamos en el aire.

—Ya, pero entiéndeme, me refiero a la profesión en general.

—Sí, eso es cierto. El hecho de estar tanto tiempo con la misma persona y en un entorno distinto al habitual... ¿Estás segura de que está todo bien? Te noto rara.

—¿Con cuántas chicas has repetido esta escena? —pregunto descarada.

—¿Qué escena?

—Esto —señalo con el dedo la mesa y la habitación.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Es de mala educación responder a una pregunta con otra.

Silencio.

—No lo sé —confiesa.

—Han sido tantas que has perdido la cuenta ¿verdad? Al fin y al cabo debe ser complicado renunciar a este ritmo de vida, puedes compartir cada semana un hotel distinto en cualquier parte del mundo con una mujer distinta.

—No estoy entendiendo nada —parece abrumado. Veo el desconcierto en sus ojos.

—Da igual, mejor me voy —digo mientras me levanto.

Él parece estar en *shock*. Cojo mi bolso y me dispongo a irme. Antes de que consiga abrir la puerta de su habitación me agarra del brazo, me gira hacia sí y me besa, lo hace con tanta intensidad que su lengua me roza la campanilla. Me empuja contra la pared y mi cuerpo y mente me traicionan.

Le beso y me dejo llevar. Su olor me excita.

—Ana, no tienes ni idea de cuanto te deseo.

—¿Solo es eso verdad? Para ti soy solo sexo —afirmo apenada.

—No, ¿por qué dices eso?

—No tienes que mentirme, voy a terminar esto que acabamos de empezar antes de irme de todos modos.

—Nunca te he mentido. Esto que tenemos no es solo sexo.

Le beso. Sus manos me agarran de la cintura. Noto su erección en mi entrepierna. Le desnudo con ansia, luego me desnudo yo sin esperar que él lo haga. Necesito que me haga suya. Me lleva hasta el sofá, me abre las piernas y directamente me penetra.

Me muerde el cuello, mientras lleva su mano derecha a mi hinchado clítoris y lo pellizca. Me retuerzo de placer.

Grito.

Un ardor me recorre el cuerpo y siento que exploto y él conmigo.

Víctor cae rendido a mi lado, pero yo, con el corazón aún acelerado me levanto, recojo mi ropa del suelo y la poca dignidad que me queda y comienzo a vestirme.

Él me observa sin decir nada, parece desconcertado.

—¿Te gustó? —pregunto cuando termino de colocarme el vestido.

—Mucho.

—Me alegro, porque será el último.

—¿Qué? Pero ¿qué pasa, Ana? —Se levanta del sofá y se acerca a mí.

Tenerle tan cerca y desnudo me lo complica todo. Pero debo irme, esto ha llegado demasiado lejos.

—Lo que oyes, me he cansado de ser una de tus putas de viaje —digo sin poder controlarme.

—Ana, ¿qué estás diciendo?

—¿Acaso me crees tan ingenua como para creerme que soy la única?

—No, pero... Si es por lo que me has dicho hoy...

—No te atrevas a repetir esas palabras —le interrumpo—. No volverán a salir de mi boca.

—Pues es una pena, porque me ha encantado escucharlas —confiesa apenado.

Permanezco en silencio sin saber qué decir. Solo quiero irme, pero algo me lo impide.

—No sé por qué te pones así, pero quiero que sepas que por supuesto antes de ti ha habido otras mujeres, pero con ninguna he sentido esto que siento contigo.

Voy a romper en un llanto inconsolable, tengo que irme cuanto antes.

—Eso no es suficiente. Buenas noches, Víctor.

Sin esperar su respuesta abro la puerta y salgo de su habitación. Me llevo las manos a la boca y rompo a llorar. Camino por el sendero con la esperanza de que aparezca un carrito que me lleve a mi habitación, pero después de cinco minutos no pasa, así que decido quitarme los tacones y caminar descalza.

No puedo explicar lo que siento. El nivel de confusión es extremo. Llego a la habitación y decido llamar a Valeria, en España son las seis de la tarde. Me conecto al *wifi* y la llamo.

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo va tu viaje por el caribe? —exclama Valeria ilusionada por mi llamada.

—Bueno...

—Uy, ese tono... ¿Qué sucede?

—Es Víctor.

—¿Qué te ha dicho ahora?

—Más bien he sido yo la que ha dicho algo que no debía. Hoy hemos pasado el día juntos y no sé por qué le he dicho “Te quiero”.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ya lo sé, soy una imbécil, pero es lo que sentía y el momento ha sido muy... especial. Estábamos en el suelo, empapados, porque le había mojado con una manguera y no sé simplemente lo sentí y me dejé llevar.

—Y ¿qué te dijo él?

—Nada.

—Ahora entiendo que estés así.

—No estoy así solo por eso, es que para colmo, cuando iba a su habitación me he encontrado con la sobrecarga del vuelo y parece que ella sabía muy bien adónde iba. Además se ha tomado el atrevimiento de advertirme que es un mujeriego y que en cada destacamento hace lo mismo.

—¿En serio se ha tomado el atrevimiento de decirte eso?

—Sí.

—¿Se lo has contado a Víctor?

—¿Para qué?

—Ya. A ver, es normal, Ana. Él es un hombre guapo, soltero... puede hacer con su vida lo que le plazca y es normal que quiera disfrutar del sexo con chicas.

—Sí, tienes razón, pero yo no quiero ser una más. No quiero ser un juego, una diversión o un pasatiempo. Me he enamorado, Valeria —rompo a llorar.

—Ay, amiga. Tranquila. Lo que tienes que hacer es hablarlo con él, decirle esto que me estás diciendo a mí y que sea él quién decida si quiere algo serio o no.

—¿Y darle el gusto a que me rechace? Me niego.

—¿No dices que lo quieres? Pues demuéstalo dejando tu orgullo a un lado.

Por la mañana me despierto sobresaltada. Miro el reloj. Las siete y treinta y ocho.

Me levanto y me preparo para ir al restaurante a desayunar. A las ocho ya estoy casi lista, pero justo en este momento alguien llama a la puerta de mi habitación. Abro y me encuentro con la cara sonriente de Víctor. Pienso en cerrar la puerta otra vez.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —digo algo confundida.

—¿Cómo has dormido?

—Bien.

¿Qué hace aquí y tan amable después de lo que le dije anoche?

—¿No me vas a invitar a pasar?

—Sí, sí. Perdón, pasa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a proponerte algo. ¿Qué plan tienes para hoy?

—No tengo planes, pero quiero ser clara contigo.

—Creo que ayer ya lo fuiste —afirma con una sonrisa.

Al menos alguien se toma bien todo esto.

—No, no lo fui. Mira Víctor yo no quiero ser una más, no quiero ser tu diversión, por mi parte esto se ha terminado.

—¡Qué drástica! No sabía que tenías este humor por las mañanas —bromea.

—No estoy para bromas.

Se acerca y la cercanía de su cuerpo me calma.

—Ana, para mí tú eres muy especial, no vuelvas a decir que eres una más porque nunca has sido ni serás una más —me besa.

Aunque sus palabras no son exactamente las que quiero escuchar, en ese momento suenan succulentas para mis oídos y me resultan suficientes para continuar cediendo a sus deseos.

—¿Qué plan tenías en mente? —pregunto con una sonrisa.

—¿Para ahora o para el resto del día? —dice pícaro.

—Para el resto del día, golfo —digo separándome de él unos centímetros.

—Quiero llevarte a un lugar.

—¿Qué lugar?

—A El Cielo.

—¡Qué bonito!

—Así se llama el arrecife al que quiero llevarte.

Vale, acabo de quedar como una tonta.

—Suenas bien.

Desayunamos y cogemos su coche hasta Playa del Carmen. Ahí cogemos un *ferry* que nos lleva al puerto de Cozumel, donde nos espera un joven que nos lleva hasta un lujoso Yate.

—Pensé que sería una excursión turística —digo sorprendida.

—Ni de broma, fui una vez y nunca más. Francisco será nuestro guía y nos llevará a los mejores arrecifes, sin turistas.

—¡Qué maravilla!

Durante el trayecto me tumbo sobre la cubierta del yate y disfruto de los rayos de sol. Le pido a Víctor algo de beber y me ofrece agua y jugo, dice que no podemos beber alcohol antes de hacer snorkel por seguridad. Lo entiendo y sin rechistar bebo agua, aunque me apetece una copa.

Llegamos a un lugar en mitad de la nada, solo se ve una pequeña isla al fondo.

—¿Es aquí? —pregunto extrañada.

—Sí. Ponte esto —dice Víctor mientras me entrega unas gafas y un tubo.

—Yo nunca he hecho esto.

—Tranquila, es muy sencillo. Solo debes respirar por la boca a través de este tubo e intentar mantenerlo en la superficie para que no entre agua. ¡Vamos! —me indica Víctor para que salte al agua.

Lo pienso y me da un poco de miedo, pero cierro los ojos y con el corazón a mil por hora me lanzo al agua.

Tan pronto me sumerjo intento relajarme y mantenerme a flote.

En el fondo se advierte una gran vegetación, la vida aquí abajo pasa a cámara lenta. Ahora mismo experimento una sensación de libertad increíble. Miro a mi lado y veo que Víctor está junto a mí.

Me da un pequeño toque en el brazo para que mire al otro lado. Una tortuga gigante. ¡Qué preciosidad! Nunca antes he visto nada igual. Tengo la sensación de haber descubierto una vida diferente.

El agua es tan cristalina que todo se percibe con una nitidez increíble. Hay tantos colores, tantas plantas y tantos peces... me seduce ver como nadan a sus anchas.

Alucinada contemplo como una manta pasa por delante de nosotros. No tengo palabras para describir lo que mis ojos ven.

Me encanta ver como algunos peces nadan en solitario y no se asustan con nuestra presencia, otros, en cambio, nadan juntos y se esconden entre la vegetación al vernos.

Después de un largo periodo de paz y de disfrutar de la serenidad del lugar saco la cabeza del agua y me quito las gafas.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Víctor.

—Increíble, es fascinante ver la vida que hay en el mar. Me encanta. Muchas gracias, Víctor. Gracias por este momento y por este viaje en general.

Entre besos, ahogadillas y risas regresamos al yate. Francisco nos lleva a una isla paradisiaca. Víctor abre por fin la botella de champan. Disfrutamos de aquel radiante sol y de las vistas.

Cuando llegamos a la isla, Francisco para el motor y Víctor me invita a que nos demos un baño. Acepto.

Desde el agua escuchamos el hilo musical que procede del lujoso yate. El champan comienza a hacer su efecto, me encuentro algo achispada.

Víctor me coge en volandas. Entrelazo mis piernas a su cuerpo y le beso.

—Quiero hacerte feliz.

Su confesión me coge por sorpresa.

—Ya lo haces —confieso.

—No quiero que sufras por mi culpa. Me duele verte sufrir.

—No es tu culpa, es culpa mía. Tú eres perfecto —confieso.

—No lo soy, nadie lo somos.

—Tú para mí sí lo eres —afirmo.

—Eres preciosa, quiero que seas mía.

No sé qué decir.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —digo tras un largo silencio—. Después de este trabajo, claro —añado.

Él sonríe.

—Entonces no vuelvas a decirme que lo nuestro se terminó y que te vas a alejar de mí.

—Lo intentaré —sonrío, le abrazo y, entre lágrimas, le beso.

El resto del día mi mundo se vuelve de color de rosas. Vivo en un mundo perfecto.

Por la tarde regresamos al muelle y cogemos el *ferry* nuevamente a Playa del Carmen. Antes de coger el coche para regresar damos un paseo por Playa del Carmen. Veo una heladería y se me antoja un helado. Le compro otro a Víctor.

—¿Sabes? Nunca me habían comprado un helado sin preguntarme antes el sabor —afirma.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunto.

—Creo que bueno. Estoy muy malacostumbrado.

—¿Por qué lo dices?

—Estoy acostumbrado a ser yo quién elija todo, a ser yo quien decida cuándo, qué y con quién. Al final se acaba convirtiendo casi en una adicción.

—No me sorprende.

—Pero es algo que acaba aburriendo y, aunque no lo creas, prefiero este momento.

—¿Y de mí no te aburrirás?

—Tú eres una caja de sorpresas, dudo que pudiera aburrirme de ti.

—¿Y cuando se acabe la pasión?

—La pasión no se acaba si se mantiene, es como el fuego, mientras uno siga echando leña la llama continua prendida.

Reflexiono su postura y confieso que me gusta.

Después del paseo cogemos el coche para regresar. Yo estoy algo agotada y apenas hablo. Ha anochecido y la carretera está muy tranquila. Escucho un pitido y le

pregunto a Víctor.

—¿Qué ha sido eso?

—La gasolina, estamos en reserva.

—Y ¿dónde hay una gasolinera?

—No sé, pero no creo que lleguemos al hotel en reserva.

—¿Por qué no hemos echado gasolina antes?

—No me he acordado.

—Mira ahí hay un cartel que indica que en esa dirección hay una gasolinera.

—No me quiero desviar de las carreteras que conozco —dice Víctor.

—¿Prefieres que nos quedemos tirados entonces?

No responde y me hace caso. Continuamos un tiempo por la carretera, vemos un cartel que anuncia un municipio llamado Puerto Morelos.

De momento no vemos gasolinera por ningún lado. La carretera es oscura y solitaria. Comienzo a estar asustada, porque percibo el nerviosismo de Víctor. Trato de no hablar para no ponerlo nervioso.

Vamos a ochenta kilómetros por hora para no gastar demasiado combustible, sin embargo al cabo de un rato el coche comienza a dar jalones hasta que Víctor para a un lado de la carretera.

Nos acabamos de quedar tirados en mitad de la nada. El coche ya no arranca.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto al con su móvil.

—Lo primero llamar a la policía.

—¿A la policía? —pregunto sorprendida—. ¿No será mejor llamar a una grúa?

—Sí, también, pero no es seguro que estemos aquí.

Su respuesta me inquieta más de lo que ya estoy.

El sonido de los cuatro intermitentes me taladra el cerebro.

Permanezco en silencio mientras él busca números de teléfono en internet. Conectar los datos le va a costar una fortuna. Me toco el pelo nerviosa.

Apenas pasan coches. Todo está oscuro.

De pronto escucho un frenazo y veo a dos tipos bajarse de un coche, uno saca una pistola, me pongo muy nerviosa.

—¡Bajen del coche! —El tipo de la pistola golpea con esta en el cristal de la ventanilla de Víctor.

—Haz lo que te dicen —susurra Víctor.

Bajo del coche y comienzo a llorar.

—No me hagan nada por favor —suplico.

Barajo la posibilidad de salir corriendo. Miro a ambos lados, la calle está oscura, no hay ni un alma, si corro y me pierdo en el bosque incluso aunque disparen si no me ven no podrán matarme. Pero no puedo dejar solo a Víctor, no puedo irme sin él.

—¡Los móviles! —grita uno de los hombres.

Le entrego mi móvil y Víctor, que está al otro lado del coche, hace lo mismo. Veo como le quitan la cartera y lo empujan hasta donde yo me encuentro. El tipo me

apunta a mí con la pistola, mientras el otro registra el interior de nuestro coche. Cogen mi bolso.

Uno de ellos se acerca a mí y comienzo a temblar. Estoy aterrada.

—¿Qué es esto que tenemos aquí? —dice uno de los delincuentes.

—¡Déjala! —dice Víctor.

—Tú cállate —le apunta con la pistola en la cabeza.

—No, por favor —suplico.

Se acerca y me toca la cara con sus asquerosas manos. Desciende hasta mi cuello. Me muero del asco.

—¡Vámonos! —le grita el otro.

En ese momento siento un tirón del cuello. Me arranca el colgante que Víctor me regaló.

—No, ese colgante no por favor, no tiene ningún valor económico —digo mientras se lo intento arrebatar de las manos.

En ese momento el tipo me empuja y pierdo el equilibrio. Siento que caigo y me golpeo en la cabeza fuertemente con algo. Todo se torna negro.

Oscuridad.

Silencio.

Oscuridad.

Una luz blanca.

Una esfera repleta de luz.

Oscuridad.

Ruidos.

Murmullos.

Víctor.

Abro los ojos y una luz blanca me deja ciega. No sé dónde estoy. Me siento confundida, aterrada. Todo está nublado.

—¿Ana? —Su voz me transmite paz.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el hospital, mi amor.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? Uno de los asaltantes te empujó y te golpeaste fuerte contra un muro que había en la carretera. Has sufrido una lesión cerebral traumática.

—¿Por qué no puedo ver bien?

—Doctor, doctor. Ha despertado —escucho a Víctor gritar.

Me duele mucho la cabeza.

—Mi amor, no sabes lo preocupado que estaba —Víctor me besa en la frente y comienza a llorar, lo sé porque sus lágrimas caen sobre mi rostro.

¿Por qué llora? ¿Por qué me llama mi amor? ¿Por qué no puedo ver bien?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto confundida.

—Unas horas. Ya está aquí el doctor.

—Hola, Ana. Soy el Doctor Mendoza,

—Doctor, ¿por qué no puedo verle con claridad?

—Es normal, has sufrido una lesión cerebral y es posible que surjan algunas complicaciones durante las próximas horas, pero no se preocupe el hecho de que esté consciente ya es una buena noticia.

—Yo quiero ver, doctor. ¡Quiero ver! No quiero quedarme así —me altero y comienzo a llorar.

—Le vamos a administrar un calmante para que descanse.

—Yo no quiero calmante, yo quiero ver bien, quiero ver —grito.

—Ana, tranquila, estoy aquí. Todo va a salir bien. Estamos en la mejor clínica de México.

Agarro la mano de Víctor.

—Víctor, prométeme que voy a volver a ver.

Su silencio me inquieta, pero cada vez me noto más débil. Los ojos se me cierran y entro en un profundo sueño.

Todo está oscuro, pero esta oscuridad es diferente, ahora sé que estoy soñando.

Un inmenso prado de rosas rojas se abre paso frente a mí, en el centro se encuentra Víctor y en su mano lleva un colgante que brilla mucho. Corro hacia él, aunque todo sucede a cámara lenta. Cuando llego me muestra el colgante. Es un rubí precioso. Me lo coloca y entonces él desaparece. Me percaté de que todas las rosas del prado se han marchitado, pero el rubí ahora brilla más que antes. Al fondo veo un

lago, camino hacia él, pero cuando llego el agua se esfuma y solo veo una tierra muerta y agrietada, pero el rubí brilla aún más si es posible. Con cuidado me quito el colgante que Víctor me ha regalado y lo contemplo con detenimiento. Es tan hermoso, pero de qué me sirve si no lo tengo a él. Rompo a llorar.

Cuando despierto vuelvo a sentirme confundida, aunque algo menos. Poco a poco comienzo a ver con nitidez. Giro la cabeza y veo a Víctor sentado en un sillón. Está dormido. Lleva la misma ropa que el día del incidente.

Tengo la sensación de que han pasado meses.

Quiero despertarlo, pero prefiero que descanse debe estar agotado. Contemplo todo a mi alrededor. La habitación parece bastante confortable. Este hospital debe costar una fortuna.

Al cabo de un rato siento que me acaricia la mano, apuesto a que cree que sigo dormida.

—Estoy despierta.

Víctor se pone en pie de un salto.

—Mi amor, por qué no me has dicho que habías despertado.

—¿Por qué me llamas mi amor? —sonrío

—Porque lo eres, no sabes lo preocupado que me tienes —me da un beso en los labios—. ¿Puedes...?

No se atreve a terminar la pregunta.

—¿Ver las pintas que llevas? Sí, puedo —bromeo.

A él se le saltan las lágrimas, nunca lo he visto tan emotivo.

—Voy a buscar al médico —vuelve a besarme en los labios.

Contemplo con detalle todo cuanto me rodea y me siento bien al descubrir que vuelvo a ver con normalidad. Al cabo de un rato llega el doctor.

—¿Qué tal se encuentra? —pregunta.

—La verdad que mucho mejor, ya puedo ver con normalidad. ¿Cuándo podré irme?

—No tan rápido, señorita. Tendremos que tenerla aquí al menos un par de días en observación. El golpe que ha sufrido ha sido fuerte y queremos asegurarnos de que no ha sufrido ningún daño grave. Esta tarde le haremos un escáner.

El doctor se va y me quedo a solas con Víctor.

—¿Cómo llamaste para que nos recogieran si se llevaron nuestros móviles? —pregunto.

—Un buen hombre paró y nos trajo a este hospital.

—¿Tú crees que esto lo cubra el seguro de la empresa?

—No te preocupes ahora por eso, por dios.

—Claro que me preocupo, yo no puedo permitirme un hospital tan caro y tampoco quiero que me echen de la aerolínea.

—No te van a echar y por el hospital ni te preocupes, yo mismo correré con los gastos.

—No, yo no quiero...

—¡Cálmate! —interrumpe—. No quiero que perdamos tiempo hablando de esas tonterías.

—¿De qué quieres que hablemos entonces?

—De ti.

—¿De mí?

—Sí, quiero saber cómo te sientes ¿estás enfadada conmigo?

—¿Contigo? ¿Por qué iba a estar enfadada contigo?

—Por no haber sabido defenderte y permitir que te pasara esto —se lleva las manos a la cabeza.

—Víctor, por favor. Tenían una pistola, ¿qué querías morir de un balazo por protegerme?

—Debería haberlo hecho.

—Anda no digas tonterías. Esto no es una película. Creo que deberías descansar.

—Ana, con todo esto me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida, no quiero volver a separarme de ti jamás. Si te pasa algo me muero.

No digo nada. Sus palabras me dejan abducida.

—Cuando me dijiste “te quiero”, no supe qué decir, porque mi amor por ti es tan grande que me bloqueé al saber que tú sentías lo mismo —sus ojos se humedecen.

—Víctor, ahora no creo que sea el mejor momento de hablar de esto, estás confundido por lo que ha pasado y estás confundiendo lo que sientes con la culpa y la lastima.

—¿Lastima?

—Sí, de verme aquí, así.

—Ana, sé muy bien lo que siento.

—Entonces, los sentimientos seguirán ahí cuando todo esto pase. Ya hablaremos entonces.

Me duele ser tan dura con él en este momento, pero no quiero ilusionarme, no quiero que la situación le confunda. Si realmente está enamorado de mí, seguirá estándolo cuando todo vuelve a la normalidad.

—Dime que puedo hacer para hacerte sentir mejor.

—Podrías ir a ducharte y descansar un poco.

—No pienso dejarte sola.

—¿Y qué vas a estar así dos días?

—Sí hace falta sí.

—Anda no seas tonto, ve al hotel, informa a la compañía de lo que ha pasado, trata de solventar todo, el tema de tu pasaporte, la licencia de vuelo... Yo voy a estar bien.

—Vale, pero volveré hoy mismo, no voy a dejarte sola esta noche.

Me besa y se va.

El resto del día me muero del aburrimiento, no puedo dejar de pensar en el susto, en lo que ha sucedido, en todas las fotos que tenía en mi móvil y que he perdido, todos mis contactos, la documentación... Por momentos siento que me voy a volver loca.

Por suerte la televisión no es de pago, así que me paso la tarde viendo un programa americano de pijas con mucho dinero que se dedican a enseñar sus mansiones.

A eso de las nueve llega Víctor, aunque viene con ropa limpia y oliendo a su perfume tiene la misma o peor cara que cuando se fue. Parece triste y cansado.

—¿Cómo ha ido el día, mi amor? —pregunta después de regalarme un corto beso en los labios.

—Creo que mejor que el tuyo —sonrío y paso mi mano por su rostro. Él se frota como un gatito. Me gusta verlo así tan tierno, aunque por otra parte me rompe el corazón porque sé que está agobiado.

—Ya está todo arreglado. He notificado a la aerolínea y nos enviarán una licencia de vuelo provisional, también he denunciado el robo y tengo que ir mañana a la embajada con el justificante de la denuncia para que me den otro pasaporte.

—Por suerte yo dejé el mío en el hotel. Y ¿qué pasa con el vuelo?

—¿El nuestro?

—Sí.

—Nada, pueden volver con un tripulante menos y van a mandar de España a otro piloto.

—¿A otro piloto? ¿Por qué?

—No pienso volar sin ti.

—No puedes hacer eso.

—Ya lo he hecho, le pagué al médico para que hiciera un informe como que he sufrido un *shock* y necesito reposo.

—¿Por qué haces eso?

—Porque es la única forma de no operar el vuelo de regreso a España y quedarme aquí contigo.

Le aprieto la mano con fuerzas.

—Gracias —consigo decir.

—No tienes que dárme las.

Al día siguiente, por la mañana Víctor se va a la embajada después de desayunar conmigo en la habitación del hospital.

Estoy cansada de estar aquí metida, me encuentro estupendamente, quiero irme ya.

Al mediodía llega el médico y me entrega todos los resultados. Todo perfecto, salvo un pequeño detalle. Estoy embarazada de tres semanas.

Sí, me he quedado muerta cuando el médico me lo ha comunicado, por suerte Víctor no estaba presente. No sé cómo va a reaccionar, necesito tiempo para asimilarlo y para pensar cómo voy a decirle que estoy embarazada y que estoy cien por cien segura que es de él.

Nunca he tenido instinto maternal, nunca me he planteado tener un hijo, ni siquiera me gustan los niños, sin embargo ahora mismo siento una especie de felicidad extraña. ¿Le hará ilusión a Víctor ser padre? Me da la sensación de que le gustan los niños y que nada le haría más feliz que ser padre. Tengo que pensar muy bien cuándo y cómo voy a decírselo. Lo mejor será esperar unos días, esperar a salir del hospital y que todo esto que nos acontece pase. Ahora está demasiado nervioso con todo lo ocurrido y el papeleo.

Sobre las cuatro de la tarde Víctor regresa al hospital. Trae una bolsa negra y dorada en la mano. Parece algo caro. Me da un beso y me la entrega.

—Te he traído un regalo.

—¿Un regalo? No tenías que molestarte.

Abro la bolsa con ilusión y saco de su interior una cajita. La abro con delicadeza y veo un precioso colgante de oro blanco del que cuelga un intenso rubí, de color rojo, combinado con diamantes.

—¿Te gusta? —pregunta Víctor que me observa con deleite.

—Es el colgante más bello que he visto nunca.

—¿Quieres ponértelo?

—Sí. Por supuesto.

—No sabía si era buena idea después de lo que ha pasado.

—Lo que ha pasado no va a paralizarme.

Se acerca, me aparta el pelo hacia un lado y siento lo mismo que cuando me regalo el colgante que me robaron y por el que hoy estoy en el hospital.

Le abrazo y siento el impulso de contarle lo que he descubierto hoy, pero tengo que ser paciente. No puedo precipitarme, no quiero darle semejante noticia en este lugar.

—¿Ha pasado el médico a verte?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

Me pongo nerviosa y me siento en la cama.

—¿Pasa algo? ¿Está todo bien? —pregunta inquieto.

—Sí, sí. No hay nada de que preocuparse. Si no hay ningún contratiempo, mañana mismo puedo irme.

—¡Qué gran noticia!

Por la noche nos traen la cena, en este hospital se come mejor que un restaurante, aunque Víctor no opina lo mismo, su exquisito paladar le impide disfrutar del menú.

Nada más acabar la cena Víctor saca una botella de vino que ha comprado y sirve en dos copas.

—¿Por qué brindamos? —pregunto confundida.

—Porque mañana va a ser un gran día —afirma.

—¿Mañana?

—Sí, mañana sales de aquí.

—Ah.

De pronto recuerdo que estoy embarazada y que el alcohol no es buena idea para el bebe.

—¿Por qué no bebes? ¿No te gusta este vino? Tiene un toque espumoso como a ti te gustan.

—No es eso es que... No me apetece beber alcohol.

—Anda pruébalo al menos —insiste.

Sonrío y me mojo un poco los labios.

—Umm, qué bueno, pero de verdad no me apetece beber, tengo el estómago algo revuelto —miento.

—Es que está comida es horrible.

Esa noche Víctor duerme en mi cama, junto a mí. Por la mañana me despierto mucho antes que él. Voy al baño y trato de hacer el menor ruido posible. Ha tenido unos días duros, merece descansar.

Cuando salgo del baño me lo encuentro en la puerta.

—¡Qué susto! —grito.

—Susto el mío al ver la cama vacía.

—¿Dónde te creías que me iba a ir? —bromeo.

—No lo sé, pero no quiero estar lejos de ti ni un segundo.

—¡Qué mimoso estás! Me encanta —sonrío y le beso.

—Tengo que salir ahora y no podré volver a recogerte.

—¿Cómo? ¿No podrás recogerme?

—No, pero en cuanto te den el alta un chofer estará esperándote.

—Me da un poco de miedo viajar en coche sola con un hombre.

—Tranquila, mi amor, he pagado una fortuna. Este tío trabaja como seguridad privada y lleva un arma. No te va a pasar nada. Te lo prometo.

—Está bien, pero ¿tú dónde vas?

—Tengo que solucionar unas cosas en la embajada.

Desayunamos juntos y a eso de las diez llega una chica a la habitación. Víctor se levanta y la saluda. El corazón me da un vuelco y me imagino todo tipo de historias.

—Te presento a Kate Misak —dice Víctor que se levanta de inmediato a recibirla.

—Hola —digo en tono seco.

—Encantada —dice la tipa que parece una *top model* recién salida de una pasarela.

—Ella es la estilista de muchas famosas aquí en México.

—¿Y qué hace aquí? —pregunto confusa.

—Ha venido a peinarte y maquillarte. Con lo presumida que tú eres, no creo que quisieras salir con esa bata de hospital.

—¡Qué chistoso! —sonrío y disimulo la ilusión que me hace este detalle por su parte—. ¿Y eso? —pregunto señalando al porta-trajes que lleva la chica en la mano.

—Es un vestido para ti, lo ha elegido Víctor —dice Kate.

—¿Un vestido? ¡Qué detalle!

—Bueno yo os dejo que tengo que salir. Te dejo en buenas manos, mi amor —Víctor me da un beso en la boca—. Gracias por todo Kate, estamos en contacto.

—¿Puedo ver el vestido? —pregunto tan pronto Víctor se va.

—Claro, aunque no es un vestido. En realidad son dos piezas —saca las prendas del porta-trajes con sumo cuidado.

La parte de arriba es un crop top de seda, con escote en V, muy pronunciado, tirantes finos y con detalles de encaje de blonda.

La falda es crep, larga y plisada, abrocha en el lateral izquierdo con cremallera invisible.

Ambas prendas en blanco.

—¿Voy a una fiesta ibicenca? —digo entre risas al ver las prendas.

Kate se encoje de hombros.

—Bueno comencemos con el pelo, ¿te parece?

—Genial.

Me siento en una silla y ella saca todo su equipo.

—Estoy pensando que no tengo zapatos para el modelito —digo mientras Kate me peina.

—Justo aquí al lado hay una zapatería que tiene unos modelos hermosos.

—El problema es que no tengo dinero, me robaron el bolso y no tengo tarjeta ni nada.

—Ah, por eso no te preocupes, yo te lo dejo y luego ajusto cuentas con Víctor.

—Muchas gracias, de verdad.

Durante una hora y media me relajo y ella se encarga de mi pelo y del maquillaje, siempre me ha gustado maquillarme yo misma, sin embargo saber que estás en las manos de una profesional y dejar que resalte tu belleza resulta muy placentero.

Cuanto Kate termina de maquillarme me ayuda a colocarme el crop top para no estropearme el peinado, me ha dejado el pelo suelto con ondas y me ha recogido dos

mechones de la parte frontal y los ha atado atrás, dándole un toque muy romántico al peinado.

Me pongo la falda y cuando me miro al espejo quedo fascinada, parezco una modelo de revista.

—¡Qué pasada de maquillaje! —Pienso en voz alta.

—¿Te gusta?

—Me flipa, si parezco otra. Haces magia con esas manos.

—No exageres, tú eres muy bonita. Ha sido muy sencillo maquillarte a ti.

—El peinado me encanta.

—Es que para el modelito que llevas lo mejor es ese estilo de semirecogidos. Y el colgante que llevas queda impresionante.

—Es un rubí entre diamantes.

—Precioso, perfecto para el *look*.

En ese instante entra el médico.

—¿Ana?

—Sí, soy yo, Doctor. ¿A qué parezco otra? —digo girando sobre mí.

—Parece que te fueras a casar.

—Ojalá. Bueno dígame que me trae buenas noticias, que me quiero ir ya.

—Sí, aquí tienes los informes del alta. Es usted libre.

Me despido del Doctor, recojo las pocas pertenencias que tengo y bajo con Kate. El chofer me está esperando. Dejamos las cosas en el coche y Kate me acompaña a la zapatería.

Me compro unos zapatos de tacón descubiertos en rosa palo.

—Vamos, que el chofer te deje donde te venga bien —le digo a Kate.

—No, no. Vas a llegar tarde. Tienes que irte.

—Tarde a ¿dónde?

—Adónde quiera que vayas —sonríe—. No te preocupes por mí, regreso en taxi.

Nos despedimos y me monto en el coche. Lo primero que hago es preguntarle al chofer adónde me lleva.

—Al aeropuerto —responde.

—¿Al aeropuerto?

Cuarenta minutos más tarde llego al aeropuerto, pero a una zona diferente, parece un aeródromo. Me bajo del coche y el chofer me acompaña a la entrada. Ahí me despido de él.

Paso unos controles de seguridad y un señor me acompaña por mitad de la pista. Todo el mundo parece estar avisado de mi llegada, todo el mundo parece saber dónde voy, todos menos yo.

Camino por la pista y me siento rara, sin bolso, sin teléfono móvil, sin gafas de sol...

El hombre que me acompaña me indica con la mano hacia un impresionante *jet* privado, en color blanco y gris.

Me acerco temerosa, veo a un piloto esperándome para subir. Camino unos metros más y me percató de que ese piloto es Víctor.

Quiero salir corriendo hacia él, pero no quiero caerme con estos tacones nuevos que aún no manejo bien.

Llego hasta él. Sonrío. Él alza su mano y me ayuda a subir.

—Amor, bienvenida a bordo.

Me agarro a su mano y subo por la pequeña escalera. Él entra detrás de mí. El interior es inmenso, hay varios asientos y un sofá, todo tapizado en piel de color beis.

—Estás espectacular. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

—¿Qué estás tramando? —pregunto sin poder ocultar mi sonrisa y mi felicidad. Porque me encanta el misterio, me encanta que me sorprendan y más si es de esta forma.

—La llevo a un lugar secreto.

—Uy, cuánto misterio.

—Ahora si me lo permite tengo que poner en marcha este aparato.

—¿Qué aparato? —pregunto pícara.

—No me provoques, que no podré parar.

—¿Y quién quiere que pares?

—Tenemos que salir ya o perderemos el *slot*.

Se refiere al espacio o intervalo vacante en el aire para llevar a cabo la operación de despegue.

—Te voy a dejar ir solo porque quiero llegar ya donde quiera que sea que me lleves.

—Ahí tienes fresas, fruta, champan, todo lo que quieras —dice indicándome a una barra que hay frente al sofá.

Antes de que se meta en la cabina le doy un beso. Me sirvo una copa de champan y pronto recuerdo que no puedo beber, que estoy embarazada y que se lo tengo que

decir cuanto antes.

Pasan unos minutos y no despegamos, así que decido ir a la cabina.

—¿Puedo despegar aquí contigo?

—Claro, mi amor. Donde tú quieras.

Me siento y permanezco en silencio observando con detenimiento todo lo que hace con los mandos y controles. Nunca he despegado en cabina. Todo se ve tan moderno. Hay tantos botones...

Trato de no hablar para no desconcentrar a Víctor y que se equivoque en algo.

Durante el despegue me pongo muy nerviosa, porque el aparato tiembla más de lo que suelen hacerlo los aviones comerciales.

—¡Te quiero! —grita Víctor al son del rugido de los motores.

—¿Qué? —grito como una tonta. Le he escuchado perfectamente es solo que me sorprende y al mismo tiempo me asusta que me confiese eso justo en este momento en el que mi nivel de adrenalina está por las nubes.

—¡¡¡Que te quiero!!! —vuelve a gritar, pero esta vez más fuerte y con una sonrisa de oreja a oreja.

Siento que el corazón me va a estallar. Quiero llorar de emoción, pero me contengo para no estropear el gran trabajo de Kate.

Pronto estamos en el aire, la aeronave (y mis sentimientos) se estabilizan y vuelvo a sentirme como en casa.

Volar se ha convertido en parte de mi día a día, como coger el metro en Madrid, es algo a lo que en muy poco tiempo me he acostumbrado, pero esto es muy diferente, es una experiencia única, saber que somos solos él y yo, sobrevolando el mundo...

Media hora más tarde veo que nos aproximamos a una isla. El mar se ve increíble, todo turquesa. Las pequeñas embarcaciones se ven como hormigas.

Cuando llegamos me siento en el sofá a esperar a que Víctor termine con la operación. Cuando sale de la cabina me levanto para salir del *jet*, pero entonces él se para frente a mí y pone una rodilla en el suelo. Tras ello, mete su mano en el interior de la chaqueta y saca del bolsillo una cajita pequeña.

No, no, no puede ser lo que me estoy imaginando.

—¿Ana Suárez, aceptaría usted casarse con este pobre, loco, enamorado?

Abre la caja y un anillo de oro blanco con un diamante enorme me deslumbra.

Me llevo las manos a la boca y dos lágrimas afloran sin que me dé tiempo a detenerlas.

—Sí, sí quiero —digo ilusionada.

Él, nervioso, saca el anillo de la caja y me lo pone. Se levanta y me besa. Juro que es el beso más emotivo que he sentido en toda mi vida. Es como si en mi interior

hubiese estallado un centenar de globos de confetis y todo se hubiese teñido de color y felicidad.

Víctor me suelta, coge la botella de champan y sirve un poquito en dos copas.

—Hay que brindar —dice.

—Sí.

Brindamos y le doy un pequeño sorbo. Por un poquito no va a pasar nada, pero pensar en el bebe me recuerda que tengo que decírselo, que este es el momento.

—Este es el momento más feliz de toda mi vida —confiesa emotivo.

—¿Por qué ahora? —pregunto extrañada por su proposición.

—¿Por qué no? La vida es breve, no quiero esperar más, no necesito esperar un día más para saber que no quiero volver a separarme de ti jamás.

Le beso. Es tan guapo...

—¿Dónde vamos ahora?

—Sorpresa —dice.

Me ayuda a bajar del *Jet*.

—Eso sí, los tacones tendrás que quitártelos, te va a resultar difícil caminar así por la playa.

—Está bien me descalzo cuando lleguemos.

—Está aquí al lado.

Comienzo a ponerme nerviosa por la sorpresa y de nuevo me asalta la tentación de confesarle que estoy embarazada.

—Víctor, yo también te tengo una sorpresa.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde está? —pregunta risueño mirando a todos lados.

—Aquí —digo tocándome la barriga—. Estoy embarazada de tres semanas.

Silencio.

Víctor se pone blanco.

Víctor entra en *shock*.

Le ayudo a que se siente en las escaleras del *Jet*.

—¿Me estás diciendo que voy a ser padre? —pregunta cuando sale de su asombro.

—Sí.

—¿Pero cómo? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Me enteré ayer, me lo dijo el Doctor.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No sé, tenía miedo, no sabía cómo hacerlo, no sabía si te haría ilusión.

—¿Ilusión? Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. ¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre! —comienza a gritar y saltar como un crío en mitad de la pista.

Me agarra por la cintura y gira sobre sí conmigo en volandas.

—¡Víctor! ¡Cuidado! —grito.

—Ay, sí, sí, perdón ¿estás bien?

—Síiiii.

—Hace un momento te he dicho que este era el momento más feliz de toda mi vida, pues ahora es este mismo instante. Dios, ojalá pudiera trasmitirte lo que estoy sintiendo.

—Tu cara te delata —digo entre risas.

—Bueno ¿y mi sorpresa? —pregunto.

—Vamos, nos está esperando.

Salimos del aeropuerto y caminamos unos diez minutos hasta la playa. Al llegar no doy crédito. En mitad de esta playa paradisíaca hay una enorme jaima blanca con su característico acabado en punta y un conjunto de telas en blanco que le dan un acabado de cine junto con toda una camada de cojines, sillas y flores blancas.

Al fondo puedo ver a Valeria junto a Raúl, también veo a la chica rubia que vi en el desfile, es la hermana de Víctor.

Esto no es una fiesta ibicenca aunque lo parezca, esto es una boda. No me puedo creer que haya organizado todo esto en tan solo dos días, cómo lo ha hecho para comprarle los billetes y traerles hasta aquí.

Tengo que contener las lágrimas nuevamente porque nunca nadie había hecho algo así por mí.

—No llores, mi amor —dice Víctor.

—Lo estoy intentando —sonrío—. ¿Cómo lo has hecho?

—Una larga historia, pero ya te la contaré, tenemos toda la vida por delante. Mejor no hagamos esperar a los invitados.

Me quito los tacones y me quedo descalza. Lucho por contener mis lágrimas, pero estas no cesan.

—Mi amor, no llores.

—Es que nunca nadie había hecho algo así por mí.

—Eso es porque nunca nadie te ha amado tanto como yo.

—Yo pensaba que tu no...

—¿Que no te amaba?

—¿Cómo sabías que te iba a decir que sí?

—Jamás se me pasó por la cabeza que me dijeras que no.

—Mira que eres creído, eh. ¿Y por qué estabas tan seguro de que te diría que sí?

—Porque desde que te tiré el café encima y trataste de matarme con la mirada supe que era la mujer de mi vida.

Víctor me agarra por la cintura, me acerca a él y me besa. Nada importa ya.

Epílogo

(2 años después)

Son nuestras primeras vacaciones en familia, hemos venido una semana a una villa en Formentera. Creo que son las mejores vacaciones de mi vida, solo contemplar esta escena ya me hace feliz.

Él construye un castillo de arena, ella, cautivada, le observa con detenimiento.

Salgo del agua y me acerco a ellos.

Todo es muy tierno hasta que Alba saca el genio de su madre y le da un manotazo al castillo. Víctor se lleva las manos a la cabeza y finge llorar. Mi hija gatea sobre la arena y le da un abrazo.

—Víctor, te he dicho mil veces que no le hagas eso a la niña, ella sufre, aunque tú no lo creas.

—Mi amor, pero si ha sido ella, mira lo que ha hecho con el castillo que con tanto amor le había construido —la coge en brazo y se la come a besos.

No sé quien es peor de los dos.

Me tumbo en la hamaca para secarme. Cierro los ojos y me relajo. Percibo una sombra y abro los ojos, me encuentro con la carita de Alba, es tan hermosa, pero claro, qué voy a decir yo que soy su madre.

Víctor la lleva cogida en brazos.

—Vamos a jugar con mami —me tira un puñado de arena en la barriga con el coraje que me da eso cuando estoy recién salida del agua.

Mi hija hace lo mismo. Ambos comienzan a tirarme arena. No me queda más que unirme a esta guerra antes de meterme de nuevo en el agua.

Víctor me agarra por la cintura y consigue tirarme al suelo. Se tira sobre mí y me besa.

—Alba, noo —grito cuando veo a mi hija tirarme un puñado de arena en la cara.

Espero que no herede mis celos.

Y aquí, perdida en este paraíso, me doy cuenta de que no necesito nada más para ser plenamente feliz.

Nota de la autora

Quiero darte las gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado mi primera novela corta déjame un comentario en Amazon y recomiéndala a otros lectores que creas que podrían disfrutarla, así sabré que merece la pena seguir escribiendo para ti.

Recuerda que las estrellas son consideradas:

5 * Te ha encantado

4 * Ha estado bien

3 * Indiferente

2 * Historia mala

1 * Infumable, pésima

¡Gracias por el comentario! Ayuda muchísimo.